¡OPERACIÓN MERENGUE!



GWEN SIORA

¡OPERACIÓN MERENGUE!

Gwen Siora

Sello: Independently published

Título: OPERACIÓN MERENGUE
Gwen Siora © 2025

Cubierta: Guiomar Baldó Serrano
@sikanda.con.k
Corrección y maquetación: Sandra García.
@correccionessandrag

Reservados todos los derechos. No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio (electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros) sin autorización previa y por escrito de los titulares del copyright. La infracción de dichos derechos puede constituir un delito contra la propiedad intelectual. El copyright estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del copyright al no reproducir, escanear ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso.

A quienes se atrevieron a cruzar el espejo y caminar hacia lo desconocido.

A quienes eligieron el amor como brújula, aun sin mapa ni permiso.

A quienes dijeron «sí» aunque todo alrededor temblara, confiando solo en el fuego del corazón.

A mi madre, que me enseñó la ternura hecha fortaleza.

A mi padre, que me sostuvo con silencios que decían más que mil palabras.

A mis amigas y amigos, por ser refugio, incluso cuando no sabía pedirlo.

Y a ti, mi pequeño gran milagro, que llegaste a encender la vida cuando parecía apagada y me enseñaste que, después del vértigo, también florece la esperanza.

Este libro está tejido con deseo, con decisión y con ternura.

Gracias por abrir sus páginas y caminar conmigo este viaje.

PRÓLOGO

Aún me siento mareada. Todo a mi alrededor se mueve con una lentitud espesa, como si el mundo flotara bajo el agua. El aire parece más denso de lo normal, como si respirar exigiera un esfuerzo consciente. Estoy sentada en una silla, las manos frías sobre el regazo, intentando que no se note el leve temblor que sacude mis dedos.

Frente a mí, el médico me observa. Permanece de pie, con los brazos cruzados sobre el pecho y una pierna ligeramente adelantada. Tiene una postura aparentemente relajada, como ensayada, pero hay algo en su expresión que no encaja del todo. Una tensión sutil en la mandíbula, un gesto fugaz en la frente, como si supiera que está a punto de decir algo que va a cambiarlo todo. Se apoya en el borde de la mesa con una naturalidad que pretende darme espacio... o tal vez tiempo.

—¿Puede dejarnos a solas un momento? —le pide a mi padre, con voz serena pero firme.

Mi padre me mira, con esa mezcla de inquietud y contención que solo los padres dominan. Sus ojos buscan los míos, esperando una señal, y yo asiento levemente. No porque entienda, sino porque no tengo energía para otra cosa. Él sale sin protestar, cerrando la puerta tras de sí con un sigilo casi reverente, como si el aire dentro de la consulta pudiera romperse.

El silencio que queda es espeso, casi incómodo. El médico da un par de pasos, se sienta frente a mí y guarda unos segundos de pausa antes de hablar. Tiene esa mirada profesional, entrenada para leer entre líneas, para escuchar más allá de lo que se dice. Pero yo

todavía estoy atrapada en las horas anteriores, intentando reconstruir lo que me trajo hasta aquí.

El desvanecimiento. La respiración agitada. El vértigo que me dobló las piernas en plena jornada laboral, obligándome a sentarme en el suelo mientras todo se volvía confuso, como un zumbido lejano. Después, la ambulancia. El frío de la silla de ruedas...

Un ataque de ansiedad, dijeron. Una bajada de tensión provocada por el estrés, por algo que venía gestándose en silencio hasta que el cuerpo no pudo sostenerlo más.

Una llamada de atención.

Un límite.

Y entonces supe que debía retroceder un paso y mirar atrás. Pero para entender cómo llegué a este punto, primero tenéis que conocerme.

Me llamo Jennifer, aunque la mayoría de la gente me llama Jenny o, con confianza, Jenn. Solo mi madre insiste en pronunciar mi nombre completo, y eso nunca fue buena señal. Ya sabéis, ese tono de «Jennifer…» que lleva consigo una advertencia velada, como si bastara con pronunciar las tres sílabas para que una se enderezara de golpe. Si habéis tenido una madre así, me entenderéis perfectamente.

Hace un par de años, mi vida dio un giro tan brusco que aún me pregunto cómo no salí volando en la curva. Vivía con el que era mi pareja en ese entonces, en un municipio distinto al de mi infancia, con trabajo estable, rutinas compartidas, y esa sensación de que todo iba en la dirección correcta… hasta que dejó de ir.

Todo comenzó cuando él empezó a decir, con frases sueltas, casi como quien no quiere la cosa, que no tenía claro si quería ser padre. Yo, por el contrario, lo sabía desde siempre. Desde bien joven tuve la certeza, casi visceral, de que sería madre algún día. No era un capricho, ni un sueño vago. Era una verdad interna, una especie de brújula que siempre me señaló en esa dirección.

Pero él… comenzó a agobiarse. A decir que no lo tenía claro, que quizás en un futuro cambiara de opinión, pero que no quería que yo me quedara esperando esa posibilidad incierta. Al principio, intenté comprenderlo. Le escuché, le di espacio, me di tiempo. Pero algo dentro de mí ya había empezado a romperse. Porque cuando tus certezas se encuentran con las dudas del otro, por mucho que quieras negociar, lo único que haces es erosionarte.

A partir de ahí, todo fue cuesta abajo. Discusiones que no terminaban de aclarar nada, silencios que pesaban más que cualquier palabra, y una sensación constante de que algo ya no encajaba. Finalmente, fui yo quien tomó la decisión. No porque me sintiera más fuerte, sino porque entendí que, si no lo hacía, me iba a perder a mí misma. Él no parecía tener el valor de terminar lo que ya estaba roto, y esa falta de honestidad le llevó a actuar de formas… poco correctas. No entraré en detalles, no hace falta. Creo que se entiende cuando digo que hay cosas que, aunque no duelan en el cuerpo, se sienten como una puñalada en el alma.

Así que hice las maletas. Volví a casa de mis padres al ritmo de *Desamortil* y *El gusto es mío* de Arnau Griso. Cambié de aire, de cama, de paisaje. Y también de trabajo. Por suerte, nunca he tenido problema para mantenerme activa laboralmente. Soy de esas personas que no pueden quedarse quietas demasiado tiempo, así que en cuanto volví, me puse en marcha. Encontré un empleo cerca de casa, y aunque nada era como antes, empecé a reconstruirme, poco a poco, desde los cimientos.

Obviamente, nada fue fácil. No lo fue emocionalmente, ni mucho menos a nivel práctico. Intentar reconstruir tu vida cuando sientes que todo se ha derrumbado ya es bastante complicado… pero lo que nadie podía prever era que el mundo entero también iba a venirse abajo. Porque apenas unos meses después de mi regreso, llegó algo que cambiaría nuestras vidas para siempre: una pandemia global.

El COVID-19 irrumpió en nuestras rutinas como una tormenta silenciosa, invisible y despiadada. De un día para otro, nos vimos encerrados en nuestras casas, con las calles vacías y el miedo

ocupando los rincones. Todo se detuvo. La vida, el trabajo, los abrazos, las certezas. La realidad se convirtió en una espera constante: de noticias, de vacunas, de poder volver a salir sin miedo. Las semanas se convirtieron en meses. Lo que empezó como algo temporal se volvió una nueva forma de vivir.

Y aunque se habló mucho de la «nueva normalidad», la verdad es que no había nada normal en ello. Fue como si el mundo se sacudiera de tal forma que nada ni nadie quedara indemne. El impacto fue brutal. Muchas personas perdieron a sus seres queridos, de forma repentina, sin despedidas, sin tiempo para asimilar el vacío. Murieron jóvenes, adultos, personas sanas. Fue una gran catástrofe, una herida colectiva que, aún hoy, sigue doliendo en muchas casas. Todavía hay ausencias que se sientan a la mesa. Nombres que no volvieron a pronunciarse igual.

Los balcones se convirtieron en ventanas al mundo. Aplausos a las ocho, recetas nuevas, videollamadas eternas. Se hablaba mucho, pero también se callaba más. Cada uno lidiando con sus propios silencios, con la incertidumbre que se colaba por cada rendija. El encierro no era solo físico, también emocional. La música fue nuestro refugio, *Resistiré* sonaba en las radios, la televisión y por todas las redes sociales. Y ahí, en ese espacio tan limitado e intenso, me vi a mí misma enfrentándome a una verdad que venía esquivando desde hacía tiempo.

Para mí, como para tantos, también fue un tiempo de pausa forzada, de silencio incómodo, de preguntas sin respuestas. Encerrada entre cuatro paredes, con mis pensamientos como única compañía constante, tuve que enfrentarme de verdad a todo lo que estaba postergando. Las frustraciones, la tristeza, las decisiones inconclusas, la vida que quería y que no estaba viviendo. La incertidumbre pesaba, sí, pero también revelaba. Y entre todo ese remolino, había algo que se mantenía firme, inamovible: el deseo de ser madre.

Puede que suene extraño, pero en medio de aquella oscuridad global, mi deseo de dar vida se hizo más fuerte. Tal vez porque

entendí, como nunca antes, lo frágil que es la existencia. O porque, cuando todo se tambalea, una se agarra con más fuerza a lo que de verdad importa. La maternidad ya no era una idea lejana, ni un plan a esperar en compañía. Era una decisión que me rondaba cada vez con más nitidez… como una semilla que por fin encuentra el momento de germinar, justo cuando el mundo parece detenerse.

El deseo estaba ahí, latiendo en silencio desde hacía tiempo, como una melodía de fondo que nunca se detiene del todo. A veces suave, apenas perceptible, otras veces vibrando con más fuerza, como si intentara abrirse paso a través del ruido cotidiano. Pero no fue una revelación repentina frente al espejo. No hubo una escena de película con una epifanía brillante y lágrimas cayendo al suelo. No. Fue más bien un camino que se fue dibujando paso a paso, palabra a palabra, conversación a conversación… hasta que un día, en medio del caos, simplemente supe que había llegado el momento.

Durante ese periodo extraño, entre mascarillas y gel hidroalcohólico, cuando el mundo se volvió pequeño y las casas se transformaron en refugios y jaulas a la vez, las charlas con una de mis amigas se volvieron más intensas, más íntimas. Ella también se lo había planteado: ser madre en solitario. Lo hablábamos casi con pudor al principio, como quien dice algo demasiado grande en voz baja. Una confesión entre sorbos de café virtual y silencios compartidos. Pero, poco a poco, fuimos quitándole el miedo a la idea y dándole forma con datos, con experiencias, con realidades.

Ella ya había caminado un tramo del camino por su cuenta. Y fue ella quien me habló de la posibilidad de hacerlo a través de la Seguridad Social. Me explicó el proceso con una naturalidad que me dio paz: los pasos, la espera, las pruebas médicas previas, los plazos… Y lo más importante: me hizo ver que no estaba sola. Que no era una locura, ni una rareza. Que había mujeres como nosotras —con dudas, con miedos, pero también con coraje— tomando las riendas de su deseo sin necesidad de que la vida se lo pusiera «en bandeja». Y no puedo mentir: el saber que era un proceso accesible, sin el coste inasumible que tienen muchas clínicas privadas, fue una

gran tranquilidad. De repente, el deseo no parecía un lujo inalcanzable. Era real. Posible.

También tuve la enorme suerte de contar con el apoyo de mi familia. No hubo juicios, ni miradas torcidas, ni discursos de «¿estás segura?». Solo amor. Amor del bueno, del que te sostiene cuando flaqueas. Del que no necesita entenderlo todo para acompañarte. Mi madre, con su intuición silenciosa, lo supo casi antes de que se lo dijera. Mi padre, con esa forma tan suya de preocuparse desde el respeto, simplemente dijo: «Si eso es lo que tú quieres, aquí estaremos». Y aunque sus miedos existieran —porque cómo no—, nunca me los impusieron. Al contrario, me ofrecieron su confianza. Y eso fue, sin duda, otro empujón hacia adelante.

Pero, aun así, no terminaba de dar el paso. Tal vez por respeto al deseo mismo, por esa sensación de estar cruzando hacia algo que lo cambia todo. Quizá por miedo a abrir la puerta y no poder cerrarla después. A veces, el amor por uno mismo también da vértigo.

Y fue entonces cuando llegó ese día. El día que mi cuerpo dijo basta.

El trabajo, el estrés, el cansancio acumulado… todo se derrumbó de golpe. No fue un gran drama al estilo de las novelas, sino una rendición silenciosa. Una mañana cualquiera, sentí que el suelo se me deshacía bajo los pies. El mundo se volvió borroso, lejano. Una bajada de tensión, un mareo súbito, el corazón desbocado. El aire se volvió espeso, como si no llegara nunca a llenarme los pulmones. Y ahí estaba, de nuevo, el miedo. No a caerme, no a desmayarme… sino al hecho de no haberme escuchado antes.

Recuerdo con nitidez el momento en que me sentaron en esa silla. Las luces de la sala parecían demasiado blancas, casi ofensivas. Todo a mi alrededor se movía con la lentitud borrosa de los sueños. Mi padre me sostenía por el brazo, firme pero suave, como si temiera que me rompiera en cualquier instante. Yo estaba ahí… y no. Como si mi cuerpo estuviera anclado al suelo, pero mi mente flotara por encima, observando todo desde una extraña distancia.

Mi cuerpo, ese compañero silencioso que tantas veces ignoré, había dicho: hasta aquí. Ya no podía seguir acumulando silencios, postergando deseos, soportando exigencias ajenas, fingiendo que todo estaba bien cuando dentro de mí crecía una marea que pedía salir. Fue un colapso, sí. Pero también fue una especie de renacer. No una derrota, sino una rendición. Me rendí, sí… pero no ante el cansancio. Me rendí ante la verdad que llevaba tiempo susurrándome, cada vez más alto, cada vez más claro.

Y entonces, como una puerta que se entreabre sola cuando ya no tienes fuerzas para empujarla, lo vi claro.

No era una idea alocada. No era un capricho. No era una locura fruto del encierro, ni una reacción desesperada al caos del mundo. Era un deseo profundo, antiguo, genuino. Un deseo que me pertenecía. Que había estado conmigo desde siempre, aunque a veces se disfrazara de planes aplazados o de excusas cómodas. Esa claridad no llegó con fuegos artificiales ni con un discurso interior iluminador. Llegó como llegan las cosas verdaderas: en silencio, sin pedir permiso, ocupando su lugar.

Ahí, con las manos temblorosas apoyadas sobre las rodillas y la garganta aún cerrada por la angustia, supe que no podía seguir esperando. No por una pareja que no llegaba. No por la aprobación de nadie. No por el momento perfecto, porque ese, había aprendido ya, no existe.

Respiré hondo, o lo intenté. Cerré los ojos un instante. Y me dije, sin decirlo en voz alta, pero con una certeza que me ancló de nuevo al cuerpo: *es ahora*. Porque a veces, el cuerpo decide lo que la mente aún no se atreve a pronunciar.

Y en ese instante, entre el vértigo y el alivio, sentí que por fin empezaba de nuevo.

CAPÍTULO 1

El día había empezado con una calma engañosa. Una de esas mañanas de primavera en las que el sol entra sin pedir permiso por la rendija de la persiana, pintando de dorado todo lo que toca. No hacía frío ni calor. Ni una nube. Ni un sobresalto. Solo esa serenidad que, a veces, esconde un desequilibrio silencioso.

La alarma sonó a la hora de siempre, y yo la apagué con ese gesto automático que no necesita ni abrir los ojos. Me levanté como cada día, con el cuerpo aún a medio convencer. Caminé arrastrando los pies hasta la cocina, encendí la luz con un gesto mecánico y me serví mi desayuno de siempre: un cuenco de leche con cereales. Nunca fui muy amiga del café. Ni el sabor, ni el olor me conquistaron jamás, aunque lo tomo de vez en cuando, no es algo que mi paladar disfrute.

Me vestí con calma, preparé la mochila, revisé mentalmente la ruta y salí de casa. Tocaba hacer el trayecto con los chicos desde Móstoles hasta el centro en Madrid. Era una rutina que conocía bien, como si cada parada estuviera marcada no solo en el mapa, sino en mi piel. Saludar a cada uno, asegurarnos de que estuvieran bien, mirar por el retrovisor buscando señales invisibles de cómo venían ese día. No eran niños, ya no. Eran adolescentes y jóvenes adultos con diversidad funcional, y acompañarlos a diario era mucho más que una tarea. Algunos hablaban poco, otros lo decían todo con los ojos o con un gesto mínimo. Yo me sabía sus códigos. O eso pensaba.

Esa mañana, sin embargo, algo se sentía distinto en mí.

A medida que la furgoneta avanzaba, empecé a sentir una sensación extraña. Primero fue como un cosquilleo, una especie de niebla en la cabeza. Luego, una falta de energía que no tenía explicación. Pensé que era el madrugón, o el calor que empezaba a colarse por las ventanas. Pero pronto supe que era otra cosa. Todo se volvió más denso, como si mi cuerpo empezara a desincronizarse del resto del día. Me costaba enfocar. Me sentía liviana y pesada al mismo tiempo. Como si flotara dentro de mí misma.

Aguanté como pude el recorrido. Al llegar al centro, una vez que los chicos fueron entrando en sus aulas con la ayuda de los auxiliares, busqué a mi compañero para contarle lo que me estaba pasando.

—No tienes buena cara, Jenn. Baja a ver a la enfermera, anda. No te preocupes, yo me quedo con los chicos —dijo, con voz firme pero tranquila, como quitándole importancia para no preocuparme más, en ese tono entre la autoridad y el cuidado que me tranquilizó un poco.

Asentí. No tenía fuerzas para discutir.

Bajé las escaleras con cuidado, agarrándome a la barandilla. Todo me daba vueltas. La cabeza me pesaba como si estuviera sumergida bajo el agua. El pasillo se alargaba y mi cuerpo parecía ir por detrás de mis pasos. Cuando llegué, la enfermera estaba con uno de los chicos, dándole su medicación. Me senté a esperar, intentando que no se notara cuánto me temblaban las manos. Me miraba de reojo, pero no dijo nada hasta finalizar.

Cuando terminó, se plantó frente a mí con las cejas levemente fruncidas.

—¿Qué te pasa, Jenn? —preguntó, con esa mezcla de profesionalidad y calidez que siempre agradecí.

—No lo sé... —respondí, bajando la voz—. Me siento mareada. Todo me da vueltas. Y me siento muy floja, como si el cuerpo no me respondiera.

—Vamos a tomarte la tensión —dijo sin más, y buscó el tensiómetro.

Me arremangué la chaqueta con dificultad, colocó el manguito en el brazo con suavidad, y ambas nos quedamos en silencio mientras el aparato hacía su trabajo. El pitido al final me sobresaltó un poco. Ella miró la pantalla y luego me miró a mí.

—Tienes la tensión en nueve y medio, cariño. Esto es muy bajo, por eso estás tan mareada. Así no puedes quedarte trabajando, deberías irte a casa.

—Pero… vine en la ruta. No tengo cómo volver —le dije, sintiendo cómo el peso de todo caía de golpe sobre mis hombros.

Me miró un segundo y luego, con ese tono que no deja espacio para objeciones, añadió:

—Pues baja a cocina y que Merche te prepare un café bien cargado. Ya sé que no te gusta, pero ahora mismo lo necesitas. A ver si conseguimos subirte un poco la tensión mientras vemos cómo estás. Yo aviso a Antonio para que se quede con el grupo. No te preocupes por nada más ahora. Solo recupérate.

No me apetecía en absoluto, pero asentí. Me levanté despacio, notando cómo la sangre parecía no querer acompañarme en el movimiento. Cada paso se sentía como una pequeña batalla.

Bajé como pude, y la cocinera me preparó un café doble con azúcar y un chorrito de leche… sabía a rayos… pero me lo tomé a sorbos, obedeciendo más por inercia que por fe. Merche me lo había puesto entre las manos con esa mezcla de cariño y autoridad que no deja lugar a réplicas.

—No me gusta el café —comenté en voz baja, intentando sonreír.

—Ya, ya lo sé —respondió ella, mientras se cruzaba de brazos—. Pero no estamos para delicadezas, guapa. O te lo tomas o te desplomas. Cómete una tostada al menos, niña —me dijo—. No puedes estar con el estómago vacío.

Negué con la cabeza, incapaz de imaginarme comiendo algo sin devolverlo al instante. Me senté en una esquina de la cocina, y al

cabo de un rato, la enfermera volvió a buscarme con su tensiómetro en la mano.

—Vamos a volver a tomarte la tensión, a ver si el café ha hecho algo —me dijo, mientras se agachaba a recoger el esfigmomanómetro.

Yo asentí, sin muchas esperanzas. Me sentía aún más floja que antes, como si el mundo hubiera decidido girar un poco más rápido, y yo no pudiera seguirle el ritmo.

El aparato volvió a apretarme el brazo, y con cada pitido sentí que la fuerza se me escapaba. La lectura lo confirmó…

—Estás peor… —leyó ella, frunciendo el ceño—. Ahora está en ocho y medio…

—Jolín… —murmuré, llevándome la mano a la frente.

—Así no puedes seguir aquí. No es negociable. Te vas a casa —dijo, esta vez más firme, mientras se incorporaba.

Yo asentí, apenas. Sentía como si flotara en un sueño espeso. Mis manos empezaron a sudar sin motivo, el corazón me latía muy rápido y muy desordenado, como si alguien lo hubiera puesto a correr sin avisarme. De repente, los sonidos a mi alrededor se volvieron demasiado agudos. Las voces de mis compañeros que salían al descanso me atravesaban los oídos como cuchillas.

—¿Jenn, estás bien? —me preguntó Marta, asomándose por la puerta de la cocina con la frente arrugada.

—¿Te pasa algo? —añadió Roberto, casi al mismo tiempo.

No podía responder. Sentía que me miraban desde todas partes. Que preguntaban. Que esperaban algo de mí. Y yo… yo no podía ni sostener mi propio cuerpo.

Empecé a temblar. El pecho me oprimía, la respiración se volvió corta, rápida, descontrolada. Notaba la presión en la cabeza, como si fuera a estallar en cualquier momento. Las lágrimas me subieron sin permiso. Me tapé la cara con las manos.

—Está hiperventilando —dijo la enfermera en voz alta—. Jenn, mírame, respira conmigo. Inhala… exhala… —Se colocó de rodillas frente a mí—. Voy a avisar a dirección. Esto parece ya un ataque de ansiedad.

Y así lo hizo. Minutos después, la directora apareció en la puerta, móvil en mano, cara de preocupación, pero paso firme.

—Jenn, cariño —me dijo con tono suave—, he llamado a emergencias. Ya vienen de camino, pero también hemos conseguido localizar a tu padre.

Mi padre… Eso me tranquilizó un poco. Aunque seguía en su taxi, con clientes, había prometido venir lo antes posible.

La ambulancia llegó poco después. Los técnicos, jóvenes pero atentos, me hablaron con una profesionalidad amable.

—¿Tienes dolor en el pecho? ¿Te cuesta respirar? —preguntaron mientras uno de ellos me tomaba el pulso y me colocaba una tirita con el sensor del oxígeno en el dedo.

—No… bueno, sí… un poco, pero creo que es de los nervios —respondí, temblorosa.

—Tensión muy baja —dijo el otro, mirando la pantalla—. Y estás algo deshidratada. No creemos que sea nada grave, pero necesitas revisión médica.

En ese momento, mi padre entró por la puerta del centro, jadeando un poco. Traía la cara tensa, esa que pone cuando intenta parecer tranquilo y no lo consigue.

—¿Dónde está? —preguntó, y al verme, suspiró—. Ay, hija, qué susto me has dado.

Los técnicos le explicaron la situación con calma.

—No hace falta que la traslademos, pero llévela al médico cuanto antes. Que la valore, le hagan analítica, lo que necesiten. No la deje sola hoy, ¿de acuerdo?

Mi padre asintió con esa seriedad que se le activa cuando hay que actuar. Me ayudó a levantarme con cuidado, y salimos despacio

del edificio, mientras mis compañeros nos miraban desde lejos, con preocupación sincera y alguna que otra sonrisa de apoyo.

Y así, con la cabeza todavía embotada y las emociones al borde del colapso, llegué a esta consulta. Frente al médico, con la espalda pegada a una silla demasiado fría, el cuerpo tembloroso y una certeza que empieza a tomar forma dentro de mí.

Ese día, sin saberlo del todo, había empezado un cambio.

CAPÍTULO 2

Recuerdo el sonido de la puerta cerrándose a mi espalda, un clic suave que, sin embargo, retumbó en mi pecho como si sellara algo. Me senté con torpeza, como si mis piernas no fueran mías. La silla estaba fría, rígida. Mis manos temblaban sobre el regazo. Y por dentro, todo era un torbellino. El cansancio, el miedo, la confusión, una tristeza vieja. Y al fondo de todo eso… algo que aún no me atrevía a nombrar.

Frente a mí, el médico hojeaba mi historial. Sus dedos se movían con soltura por la pantalla, pero su atención no estaba del todo allí. Lo noté en la forma en que fruncía levemente el ceño, como si leyera entre líneas, buscando algo que no estaba escrito. Su expresión era serena, casi neutra, pero sus ojos se clavaban en mí de reojo, con ese tipo de mirada que uno recibe solo cuando alguien está verdaderamente escuchando. Incluso en el silencio.

—¿Desde cuándo te sientes así? —preguntó de pronto, sin dejar de mirar la pantalla, con una voz grave, tranquila, sin urgencia.

—No lo sé exactamente… —dije, y mi voz salió más baja de lo que había pensado.

Él asintió lentamente, esta vez sí apartó la vista de la pantalla y me miró de frente. Sus ojos eran oscuros, pacientes. No juzgaban.

—¿Y estás bajo mucho estrés últimamente?

La pregunta flotó un instante antes de llegarme del todo. Me moví ligeramente en la silla, incómoda. No por la pregunta en sí, sino por todo lo que escondía detrás. Sentí una risa seca queriendo escaparse, y se me escapó, aunque sonó más a un suspiro nervioso.

—¿Mucho estrés? —repetí, mirando hacia abajo, como si mis rodillas pudieran darme la respuesta correcta. Luego lo miré, medio sonriendo, medio cansada—. Solo trabajo, soledad, expectativas, dudas, miedo al futuro…

Hice una pausa, y respiré hondo. Mis manos seguían entrelazadas en el regazo, pero ahora se apretaban un poco más fuerte.

—Estoy empezando un proyecto de construcción… —añadí, más para mí que para él—. Estoy buscando una parcela. Quiero construir mi casa. Mi futura casa.

Él no dijo nada, pero su ceja se arqueó ligeramente. Seguía escuchando.

—Suena emocionante, lo sé. Y lo es. Pero también me está consumiendo. Comparar terrenos, hablar con arquitectos, ver números que no dejan de cambiar… Y todo eso mientras sigo intentando mantener una vida normal, como si pudiera con todo. Como si tuviera que poder con todo.

El médico no interrumpió. Solo bajó ligeramente la cabeza en un gesto de comprensión. A veces eso dice más que una frase entera.

—Así que sí… —añadí tras un segundo, más bajito—. Podría decirse que sí.

Asintió de nuevo, pero esta vez con un gesto más breve. Luego empezó a hacerme algunas preguntas más: si había dormido bien, si había comido algo, si había sentido mareos en otras ocasiones. Yo contestaba una tras otra, como si me sacara las respuestas del bolsillo. Pero dentro de mí, algo crujía. Cada vez que abría la boca sentía que una parte de mí se aflojaba un poco más. Como si hablar fuera una forma de abrir una puerta que había mantenido cerrada por demasiado tiempo.

Entonces hubo un silencio. Uno distinto. Más largo. Él bajó la mirada hacia la pantalla, pero no tecleó nada. Solo respiró hondo, una vez. Y cuando volvió a hablar, su voz era tan suave que por un momento dudé si lo había dicho en voz alta.

—¿Estás embarazada?

La pregunta me atravesó. Como si el tiempo se encogiera de golpe. Lo miré, sin entender del todo. Mis ojos se clavaron en los suyos, buscando si había ironía, juicio, una trampa… pero no encontré nada de eso. Solo calma. Un interés genuino. Y algo más: una sospecha silenciosa de que esa palabra, embarazo, significaba mucho más para mí de lo que estaba dispuesta a admitir.

Tardé unos segundos en reaccionar. El corazón me latía en la garganta.

—No —respondí, con un hilo de voz. Luego parpadeé. Una pausa. Y después, sin pensar, lo dije—. Pero… quiero estarlo.

La frase salió sola. Ni yo la vi venir. Me sorprendió tanto como a él. Sentí que se hacía un silencio distinto, como si las paredes mismas contuvieran la respiración.

El médico me observó con una intensidad tranquila. No se movió de inmediato. Solo me sostuvo la mirada, y entonces lo vi: un gesto casi imperceptible en la comisura de sus labios, como si algo dentro de él también encajara. Asintió, leve.

Y ahí lo supe. No como una ocurrencia repentina, sino como una certeza que se hizo audible justo en el momento en que más vulnerable estaba. Ese día, sin saberlo del todo al empezar la mañana, había comenzado un cambio.

No uno cualquiera. Uno de esos que no necesitan fanfarrias ni pancartas, porque te atraviesan el cuerpo desde dentro. Como cuando algo encaja por fin en su sitio y ya no puedes mirar hacia otro lado.

La maternidad dejaba de ser una posibilidad lejana. Empezaba, poco a poco, a convertirse en una decisión. Una verdad interna. Una semilla que, aun sin tierra ni agua, ya sabía que quería crecer.

Y mientras me quedaba ahí sentada, en esa silla rígida, con los ojos ligeramente húmedos y el pecho un poco más abierto, entendí que no era solo una consulta médica. Era un umbral.

CAPÍTULO 3

—Bien —dijo, sin rodeos, con esa voz suya que parecía tejida entre años de experiencia y una paciencia aprendida—. Vamos a empezar por lo más básico: una derivación para reproducción asistida. A través de la seguridad social.

Tomó una hoja de un pequeño taco que tenía en la esquina del escritorio y, sin apresurarse, comenzó a escribir algo a mano. Mientras lo hacía, seguía hablando, y su tono se mantenía firme, pero sin rigidez. Cuidaba lo que decía, como quien sabe que nombrar estos pasos en voz alta es tan delicado como importante, como si el lenguaje fuera el primer suelo firme de este camino.

—Lo primero es una cita con ginecología. Desde allí te harán las pruebas necesarias y se iniciará el protocolo. Esta hoja es la solicitud para que te asignen fecha. Tienes que introducir el código en la aplicación —me señaló un pequeño recuadro impreso al margen derecho de la hoja—, y elegir la cita. O si lo prefieres, ellos te llamarán por teléfono. —Me miró brevemente, buscando en mis ojos no solo entendimiento, sino también algo de calma—. Puede que tarden un poco, pero lo harán.

Tomé el papel con manos aún algo temblorosas. No lo miré enseguida. Solo sentí su peso entre los dedos, como si llevara algo más que un trámite. Era, una posibilidad doblada en dos.

—¿Y el procedimiento? —pregunté con voz baja, casi para mí, como si temiera romper algo con la pregunta—. ¿Es muy largo? ¿Muy… complicado?

—No más que cualquier decisión importante —respondió él, con suavidad, inclinando un poco la cabeza hacia un lado, como quien

reconoce que la complejidad no siempre está en los hechos, sino en lo que significan—. Lleva tiempo, claro. Pruebas, análisis, ecografías, tiempos de espera… pero estás en edad fértil, y por lo que veo, no hay indicios de que haya complicaciones. El primer paso es mental y emocional: estar preparada. Lo demás se va ordenando.

Volvió a mirar la pantalla con detenimiento, como si cada línea del historial fuera una pieza más del puzle que estaba intentando ayudarme a armar. De pronto, frunció levemente el ceño, no por preocupación, sino porque algo llamó su atención.

—Por otro lado, por lo que veo aquí llevas un DIU —dijo, señalando con el dedo un punto en la pantalla—. Obviamente, deben darte cita para quitártelo.

Volví a asentir, en silencio. Todavía con mil preguntas amontonadas en el pecho, en la garganta, en la boca del estómago. Pero sin necesidad de hacerlas todas hoy. Algunas podían esperar. Otras, simplemente, no tenían respuesta todavía.

—También voy a mandarte algo suave para la ansiedad —dijo—. No es nada fuerte —aclaró de inmediato, como quien anticipa el miedo—, pero puede ayudarte a calmar el cuerpo un poco. Has llegado al límite, y el cuerpo necesita descansar para poder sostener lo que viene.

Me extendió la receta como si fuera un gesto de cuidado más que un acto médico. Con delicadeza. Como quien entrega una manta tibia a alguien que acaba de salir a la intemperie. Yo la tomé y la guardé junto al volante, casi con vergüenza, aunque también con alivio. Como si admitir que necesitaba ayuda fuera una rendición... pero una rendición dulce, consciente, necesaria.

—Tómate un par de días si puedes —añadió, con una ternura sin paternalismo—. Descansa. Come bien. Duerme. Haz algo que te devuelva un poco de espacio interior. No estás fallando por sentirte así. Estás viva, y eso a veces duele.

Me quedé callada, con los ojos un poco brillantes, pero sin lágrimas. Solo asentí. Porque en el fondo, necesitaba que alguien me

lo dijera. Que parar estaba bien. Que dejar de sostener el mundo por un rato no era una derrota. Era humano. Era justo.

Al abrir la puerta de la consulta, escuché otra vez ese *clic*. El mismo que al entrar. Pero ya no era un cierre. Era un paso. Una bisagra que giraba hacia algo nuevo. Hacia algo que, por fin, había empezado.

Mi padre estaba allí, sentado en la amplia sala de espera llena de luz. Cuando me vio salir, se levantó. Sin prisa, sin aspavientos. Se acomodó la chaqueta y se acercó con ese andar tranquilo que tiene, como si todo en su vida estuviera medido por un ritmo propio.

No preguntó nada. Yo le hice una pequeña seña con la cabeza, apenas un gesto, como si dijera «ya está» sin palabras, y empezamos a caminar.

Tenía en la mano los papeles doblados. El volante para ginecología, la receta para las pastillas, y algo más difícil de explicar: la certeza de que algo había comenzado. De verdad. Y aunque todavía me parecía casi temerario decirlo en voz alta, dentro de mí ya se movía una decisión. Pequeña, serena. Como una semilla en la tierra, antes incluso de germinar.

Subimos al coche sin decir mucho. Mi padre encendió el motor y puso la calefacción, aunque no hacía tanto frío. Supongo que fue una forma de cuidar. A su manera. Mientras el aire caliente empezaba a llenar el interior del coche, él me miró de reojo.

—¿Vamos a la farmacia ahora? —preguntó, como si ya supiera la respuesta.

—Sí —dije, y fue todo lo que salió.

El trayecto fue breve, pues el ambulatorio no queda lejos de la farmacia. Me quedé mirando por la ventana, viendo pasar los pocos edificios que se encuentran en el camino, los pasos de los transeúntes que tenían la urgencia de quien vive en piloto automático. Yo, en cambio, iba en cámara lenta. Como si mi cuerpo hubiera decidido no seguir el ritmo de afuera, sino el suyo propio.

Cuando llegamos, él se quedó en el coche. Me lo dijo sin decirlo, solo con una mirada, una leve inclinación de cabeza hacia el asiento: «Tú entra, yo te espero». Y agradecí ese gesto. No porque necesitara privacidad, sino porque me daba espacio.

El establecimiento estaba medio vacío. Una mujer mayor pagaba en una de las cajas y una pareja joven discutía en voz baja cerca del estante de vitaminas. Me acerqué al mostrador y entregué la receta. La farmacéutica la miró, tecleó algo en el ordenador y desapareció por el lateral derecho, donde se encontraba la entrada a la parte trasera de la farmacia. Al volver, traía una pequeña caja blanca entre las manos.

Pagué, agradecí, y volví al coche. Mi padre no preguntó nada, solo me abrió la puerta desde dentro con un gesto automático. Cuando me senté, me miró brevemente.

—¿Todo bien?

—Sí —respondí—. Me ha mandado esto para la ansiedad.

Él asintió. Nada más. No cuestionó. No opinó. Y eso, en ese momento, valía oro.

—¿Quieres ir a casa o prefieres parar a tomar algo?

Lo pensé por un segundo. Tenía hambre, pero más que eso, tenía un anhelo raro de algo tibio. De un vaso de leche con galletas, tal vez. De cosas simples, cosas que me gustan desde la infancia, cosas que, sin decirlo, gritan «estás a salvo».

—A casa —dije al final—. Quiero tumbarme un rato.

Él asintió de nuevo y puso rumbo sin volver a decir más.

Mientras conducía, pensé en la casa que estaba construyendo. O más bien, intentando construir. Aún no había encontrado el terreno adecuado —había visto varios, sí, pero todos tenían alguna pega—. Aun así, en mi cabeza el proyecto estaba prácticamente hecho. Lo veía con nitidez. Solo quedaba darle forma definitiva, ajustar detalles, calcular la luz natural que entraría por cada ventana. Los acabados los soñaba por las noches: madera clara en el suelo, paredes en tonos cálidos, tejidos que respiraran hogar.

Los muebles los tenía pensados desde hacía meses. Un sofá grande, mullido, donde poder acurrucarme con un libro o ver una película sin sentir el paso del tiempo. Una cocina abierta, con baldas a la vista y tarros de cristal ordenados por tamaño y contenido. Y una habitación más. Una puerta cerrada por ahora, pero llena de promesas. Con espacio suficiente para una cama, una estantería de cuentos, y un rincón para sentarme a leer bajito o simplemente mirar.

Cada habitación, cada rincón, hablaba de lo que quería para mí, y ahora, también, para quien pudiera llegar. Para ese alguien que aún no tenía rostro ni nombre —aunque he de confesaros que siempre valoré uno en especial—, pero sí un lugar reservado. Ya no era solo un sueño. Era una especie de mapa interior que poco a poco iba tomando forma afuera.

Pero ya no se trataba solo de paredes, ni de metros cuadrados ni de presupuestos —de eso ya sabía mucho, quizás demasiado—. Se trataba de algo más profundo, más sutil. Algo que no podía medirse con una cinta métrica ni presupuestarse en un Excel. Era el reflejo exacto de lo que se estaba empezando a levantar dentro de mí. Un espacio para otro. Un lugar para abrir la puerta a lo que todavía no había llegado, pero ya se sentía. Como ese movimiento invisible que precede a la vida, esa intuición que uno no sabe de dónde viene, pero reconoce al instante. Como si una parte de mí ya supiera el camino y solo estuviera esperando que el resto la alcanzara.

Y en medio de todo eso, me di cuenta: la casa no era solo un lugar físico. Era una declaración. La construcción de un refugio, sí, pero también de una promesa. Una promesa a mí misma, y quizá también, a ese futuro que empezaba a asomar sin hacer ruido.

Y aunque aún no supiera cómo ni cuándo, una parte de mí —esa parte que se mantenía serena en medio del torbellino— ya estaba lista.

Ahora debía dar el siguiente paso: pedir la cita con ginecología. Esperaba que no tardaran mucho. Pese a todo lo que os cuento, soy una persona poco paciente cuando me decido por algo. Y con algo

tan importante, tan profundamente maravilloso como esto… mi paciencia no aumentaba, por el contrario. Estaba deseando tener la cita, que me quitaran el DIU, llegar a casa, conectarme al ordenador y empezar a investigar más a fondo: sobre las pruebas, los tiempos de espera, las listas, y todo ese largo etcétera que se acumulaba en mi cabeza con la energía de quien empieza a soñar de verdad.

CAPÍTULO 4

Ese día descansé. Descansé de verdad. No solo me tumbé en la cama, sino que me permití caer, hundirme un poco en las sábanas, como si el colchón fuera una barca meciéndose en aguas tranquilas. Dormí como en aquellos tiempos lejanos, con el cuerpo rendido y la mente divagando entre sueños suaves, algunos casi infantiles, llenos de rostros que no conocía y nombres que aún no existían. Soñé con mil posibilidades. Futuros posibles. Algunos tan nítidos que al despertar me costó soltar la idea de que ya estaban ocurriendo en algún rincón paralelo del universo.

Al día siguiente, con el ánimo aún en estado de pausa, pedí la cita para ginecología. Me tocaba un hospital en concreto, por área, pero solicité el otro. El que conocía, el que ya me llevaba otras especialidades. Como si el cuerpo también eligiera dónde quiere ser acompañado.

Y me dieron fecha: finales de junio. Aquel mes parecía entonces muy lejos, como si aún pudiera esconderme un poco más antes de enfrentar el primer paso oficial. Ya no había vuelta atrás, pero tampoco prisas. Solo quedaba esperar. Y en esa espera, aprendí a no hablar demasiado.

No por superstición, o tal vez sí, pero más bien por ese instinto que a veces nos dice que hay cosas que se fraguan mejor en silencio. Como un bizcocho que se hunde si abres el horno antes de tiempo. No quería que se me cayera nada. Ni ilusiones, ni coraje. Así que no lo conté, o lo conté poco. A cuentagotas. Solo a quienes sabían escuchar sin emitir juicios ni lanzar pronósticos. A quienes entendían que algunas noticias, aunque felices, también pueden ser frágiles.

Una de esas personas fue ella. Mi amiga de siempre, esa con la que me entendía con una ceja levantada y media sonrisa. Cuando se lo conté, soltó un grito suave, más de emoción que de sorpresa. Me abrazó como si acabara de decirle que me iba a casar conmigo misma. Porque, en cierto modo, eso era.

Llegado el momento, insistió en acompañarme. Y no de esas maneras vagas de «si necesitas algo, me dices», sino real, comprometida, con conversación ligera para distraerme en el trayecto. Tantas eran sus ganas que al llegar al hospital parecía más emocionada que yo. Vestía su entusiasmo como si fuera una camiseta con mensaje feminista. Parecía que fuéramos pareja, y en cierto modo, lo éramos. Al menos esa mañana. Compañeras de paso. De camino.

Cuando nos llamaron y entramos a la consulta, había dos doctoras, una de ellas levantó la vista de su escritorio, sonrió apenas y saludó con tono sereno, acostumbrado a historias de todo tipo.

—Buenos días —dijo, ajustando ligeramente sus gafas—. ¿Qué le ocurre?

Tomé aire. A pesar de haber ensayado mentalmente aquella frase, me temblaron un poco las palabras al salir.

—Verá, en realidad… estoy aquí porque deseo ser madre. Soltera.

—¡Pero no está sola! —interrumpió mi amiga, casi como una exclamación festiva.

La doctora giró ligeramente la cabeza hacia ella y la observó con una sonrisa que contenía de todo un poco: comprensión, ternura, profesionalismo. No dijo nada durante un segundo, solo dejó que ese momento flotara en el aire, como una burbuja luminosa. Luego volvió a mirarme directamente, con el tipo de mirada que entiende lo que hay detrás de una decisión así. Que sabe que, a veces, una madre empieza por ser valiente para sí misma antes que para otro.

Nos acomodamos en las sillas frente al escritorio. Frente a nosotras, las dos doctoras compartían la mesa. Una, algo más mayor pero joven igual, llevaba la voz cantante. Seria, pero con una calidez

en la mirada que inspiraba confianza. La otra, más joven, permanecía en silencio por ahora, aunque su atención era nítida. Parecía tomar nota mental de todo, incluso de los silencios.

—Bueno, vamos a comenzar por lo básico —dijo la doctora principal mientras se giraba hacia la pantalla—. Te haré unas preguntas de rutina para completar tu historial médico. ¿Te parece bien?

Asentí con un gesto leve. Mi amiga, sentada a mi lado, me sonrió. Tenía las manos entrelazadas sobre el regazo, pero no dejaba de irradiar esa energía suya: cercana, entusiasta, como si este proceso fuera también suyo. Me dio fuerza.

—¿Fumas?

—No —respondí con voz tranquila, aunque me sentía un poco más tensa de lo que quería admitir.

—¿Y alcohol? ¿Consumes bebidas alcohólicas?

Negué con la cabeza.

La doctora asintió, sin dejar de escribir.

—Perfecto. Vamos con las cirugías. ¿Has pasado por quirófano en algún momento?

Tragué saliva. Esa parte siempre me pesaba un poco.

—Sí. Llevo cinco operaciones de cadera. Nací con anteversión femoral. Aún tengo problemas, y aunque en teoría necesitaría prótesis, los traumatólogos prefieren esperar... dicen que soy joven para eso, que es mejor aguantar hasta que sea absolutamente necesario.

Ambas levantaron la vista al mismo tiempo. No fue una mirada de alarma, sino de respeto. De esas que dicen «lo vemos, lo comprendemos».

—Cinco intervenciones… —repitió la doctora, bajando la vista para anotar—. Eso es importante. Lo tendremos muy presente, sobre todo para el manejo del estrés físico en el tratamiento.

—Sí —respondí en voz más baja—. Es algo con lo que convivo.

—¿Alergias?

—Al látex —dije de inmediato—. Y también a cualquier medicamento que lleve mentol. Me produce reacciones fuertes.

La doctora joven hizo un leve gesto de alerta y tomó nota con rapidez.

—Eso es muy importante. Tendremos que notificarlo en cada paso del protocolo —comentó, mirándome con seriedad amable.

—¿Tienes antecedentes familiares relevantes?

—Sí. Cáncer de mama por parte de mi madre —dije, con cierto nudo en la garganta—. Lo superó. Hace unos años.

La doctora principal se detuvo un momento en su escritura, como reconociendo el peso de esas palabras.

—Me alegro de que lo haya superado. También lo tendremos en cuenta. Para ciertos tratamientos hormonales, se valora mucho ese tipo de antecedentes.

Hizo una pausa. Respiré un poco más hondo.

—¿Método anticonceptivo actual?

—Llevo un DIU desde hace unos dos años.

—Bien. Tendremos que retirarlo antes de iniciar el proceso, pero eso se hará más adelante, cuando ya estemos listas para comenzar.

Entonces volvió a volverse hacia el ordenador. Tecleó con rapidez, revisando pantallas, cruzando datos, llenando formularios. Durante varios minutos solo se escuchó el sonido del teclado. Yo sentía como si el tiempo se dilatara.

La doctora joven se inclinó un poco hacia la pantalla. Algo no le cuadraba. Vi cómo fruncía el ceño, luego intercambió una mirada con su compañera. La mayor soltó un pequeño suspiro, casi imperceptible.

—Un momento... —dijo, con una voz más baja, casi hablando consigo misma.

Volvió a teclear. Reintentó. Cerró y abrió una ventana. Luego se giró hacia mí, con una expresión que ya anunciaba el problema.

—Verás... —empezó con suavidad—. He intentado completar el registro para darte cita para la siguiente consulta, pero el sistema no lo permite.

—¿Cómo que no lo permite? —pregunté, inclinándome hacia adelante.

—Tu hospital asignado por zona es otro, y los protocolos de reproducción asistida están limitados territorialmente. En teoría, existe la libre elección de hospital, sí, pero en estos casos concretos, por cuestiones de coordinación y seguimiento, el proceso debe hacerse únicamente en el hospital de referencia.

—Pero... —intenté protestar—. ¿No se supone que podía elegir? Ya me llevan aquí en otras especialidades. Pensé que sería más fácil continuar con todo centralizado…

—Lo entiendo —intervino la doctora joven, con voz conciliadora —. Es una limitación del sistema, no personal. Créeme que, si pudiéramos hacerlo desde aquí, lo haríamos.

Me quedé en silencio unos segundos. Noté cómo se me tensaba la mandíbula. Toda esa preparación emocional, todo ese pequeño logro de haber llegado hasta allí… ¿y tenía que empezar otra vez?

—¿Y ahora qué hago? —pregunté, en voz baja, con el desencanto filtrándose por cada sílaba.

—Tienes que volver a pedir cita, pero esta vez en el hospital que te corresponde —dijo la principal, con pesar genuino en la voz—. Allí te abrirán expediente, repetirán algunas cosas tal vez… pero es desde allí donde se gestionará el proceso.

Me quedé unos segundos sin moverme, sin hablar. Sentía que se me aflojaban las ganas. Como si me hubieran puesto un muro delante justo cuando ya había empezado a caminar.

Salimos de la consulta en silencio. Mi amiga me miró de reojo. Noté que buscaba mis ojos, pero yo solo miraba el suelo. Afuera, el

calor del verano ya empezaba a notarse, denso, como otro peso más.

—Bueno... —dijo finalmente—. Es un tropiezo, no el final. Lo vas a hacer igual. Solo es en otro sitio. En otro momento. Pero va a pasar.

La miré. Me sostuvo la mirada con una sonrisa decidida. Esa que siempre me devolvía algo de aire cuando yo misma no lo encontraba.

—Sí... —dije, casi con una risa resignada—. Pero ahora será en septiembre. Entre que pido la nueva cita y todo se reorganiza… ya se me fue el verano.

—Pues aprovéchalo —contestó ella con tono casi cómplice—. Reúne fuerzas. Disfruta. Que vas a necesitar toda esa energía cuando llegue el momento. Piensa que puede ser el último verano que estés «sola»—. Añadió sonriendo de forma genuina.

Y, por primera vez en esa mañana, me permití una pequeña sonrisa sincera. Una sonrisa que nacía desde un lugar profundo, ese que aún creía en las segundas oportunidades, incluso cuando el camino se torcía. En medio del pasillo blanco del hospital, entre el eco de pasos ajenos y el murmullo de otras vidas cruzando, ese gesto entre nosotras fue una tregua. Un recordatorio de que aún había camino, aunque fuera un poco más largo de lo previsto.

CAPÍTULO 5

Ese verano lo disfruté. Lo disfruté mucho. No como quien marca días en el calendario para no olvidarlos, sino como quien se deja habitar por cada instante. Fueron meses llenos de buenos y maravillosos momentos, compartidos con grandes personas, de esas que te devuelven a ti misma cuando más lo necesitas. Reímos sin horarios, caminamos sin destino, hablamos hasta que la voz se vuelve susurro.

Viajé, visité a mi familia que vive lejos de Madrid, con ese amor a distancia que no mengua, solo se transforma en abrazos más largos y miradas más hondas. Ellos me esperaban con la mesa puesta y los brazos abiertos. Sentí ese calor que solo se encuentra donde una es querida sin condiciones.

El norte me recibió como siempre: con su verde salvaje, su cielo cambiante, su forma tan suya de abrazarte con brisa y sal. Recorrí lugares que ya conocía y otros que me sorprendieron. Algunos días nos dejábamos llevar sin mapa, simplemente deteniéndonos cuando algo nos llamaba la atención.

En Luanco caminamos despacio por el paseo marítimo, bajo farolas bajas y cielo encapotado. El sonido de las olas golpeando contra las piedras, el olor a algas secas, a sal... todo se quedaba pegado a la piel.

También subimos al Faro de Cabo Peñas. No importó el viento que intentaba arrancarnos las chaquetas, ni las nubes que venían y se iban como si jugaran. Allí, el mundo parecía ponerse en pausa. El acantilado caía abrupto hacia un mar que rugía sin vergüenza, y yo me sentí diminuta, pero firme. Era imposible no pensar en todo lo

que vendría, en lo mucho que quería cuidar esa vida que aún no existía, pero que ya me acompañaba en pensamiento.

Lastres nos esperó como un pueblo de cuentos. Las calles empedradas bajaban serpenteantes entre casas encaladas con contraventanas de colores, y cada rincón parecía diseñado para quedarse un rato. Caminamos sin prisa, dejándonos llevar por la belleza de lo sencillo: una buganvilla en flor, un gato dormido en un portal, una mujer mayor sentada en una silla, viendo pasar la tarde.

Desde el Mirador del Fitu, en Luces, contemplamos ese paisaje que no se puede fotografiar sin traicionarlo. Las montañas se ondulaban hasta encontrarse con el mar, y entre medias, los prados jugaban con la niebla. El silencio allí no era vacío, era presencia. Respiré hondo. Sentí que todo eso también me pertenecía, aunque solo fuera por unas horas.

En Cangas de Onís paseamos entre turistas y nos sentamos junto al famoso puente romano, viendo el reflejo del arco en el agua como si fuera una postal antigua. Había música de fondo en la plaza, niños jugando, y una liviandad en el aire que se colaba bajo la piel.

Subimos también a Covadonga, primero a la Santa Cueva, donde el sonido del agua cayendo acompañaba a las velas encendidas en silencio. Después, a la basílica, que se alzaba majestuosa sobre las montañas como una promesa.

Y por supuesto, los Lagos de Covadonga nos regalaron su inmensidad. Subimos temprano, con una neblina suave que poco a poco se fue levantando, descubriendo los lagos como si se tratara de un secreto. Caminamos por senderos entre vacas tranquilas, con el sonido de las campanas lejanas marcando un ritmo sereno. Me senté en una roca, dejé que el viento me despeinara y cerré los ojos. Pensé en todo lo vivido, en todo lo que estaba por venir.

También hubo paseos por Gijón, ciudad vibrante y costera, llena de vida en cada esquina. Caminamos por la playa de San Lorenzo, el viento jugueteando con nuestras palabras. Recorrimos Cimavilla, con sus casas coloridas y sus cuestas que parecían hechas para

descubrirlas sin prisa. Y, sobre todo, hubo muchísima comida buena: platos que sabían a casa, a tierra, a mar.

Cada encuentro, cada sobremesa, cada brindis con agua o sidra —yo no bebo, nunca me ha hecho falta— era un regalo. Me sentí plena. Arropada. Y por momentos, incluso invencible.

Ese verano no fue solo una pausa: fue una siembra. Sembré recuerdos, afectos, momentos que aún ahora me alimentan. Y mientras el calendario avanzaba, yo me llenaba de algo más que sol y sal: me llenaba de fuerza.

Y así, con el alma templada por tanto amor recibido, llegó el momento de regresar. Volví a Madrid. No con tristeza, sino con esa mezcla dulce de nostalgia y propósito que solo se siente después de haber estado donde una se siente completa.

Volví tras muchas conversaciones familiares, de esas que se dan entre comidas y paseos. Conversaciones que no siempre son directas, pero sí profundas. Hablamos de la vida, del futuro, del miedo y la ilusión. Me escucharon. Me apoyaron. Me abrazaron con palabras que no siempre nombraban el tema, pero lo envolvían con una ternura infinita. Me hicieron sentir que, aunque el camino fuera mío, no lo recorrería sola.

Hubo promesas, también. Algunas pequeñas, como visitas más frecuentes, llamadas sin motivo. Otras más grandes: estar ahí, pase lo que pase. Sostenerme si flaqueaba. Celebrar si llegaba. Promesas envueltas en miradas firmes, en silencios que decían más que mil discursos.

Regresé a casa con el coche lleno —no de equipaje, sino de certezas—. Con el corazón latiendo distinto. Más fuerte. Más claro. Como si todos esos días en el norte hubieran despejado mi horizonte, y ahora pudiera mirar hacia adelante sin el velo del miedo.

Volví con grandes deseos, sí. Pero, sobre todo, con una decisión más firme que nunca. Era tiempo de seguir. De volver a pedir la nueva cita. De aceptar los tiempos del sistema, de la espera, del

cuerpo. Pero también era tiempo de confiar. Porque algo había cambiado en mí: ya no soñaba con futuros posibles. Ahora, sencillamente, los estaba construyendo.

Septiembre llegó con su aire fresco y esa luz dorada que empieza a inclinarse suavemente sobre los días. Llegó, como siempre, cargado de promesas invisibles, de comienzos sutiles pero firmes. Ese mes que parece tener un alma propia, distinta al resto: no es un cierre como diciembre, ni un estallido como mayo; septiembre es, sencillamente, una invitación. A empezar de nuevo. A reinventarse.

Y yo, que siempre he sentido ese cosquilleo de reinicio con el curso escolar, no fui la excepción. Septiembre me encontró barriendo no solo los rincones de la casa, sino también los del alma. Cambié ropa de verano por tejidos más cálidos, ordené estantes, saqué papeles viejos y, de algún modo, me deshice también de algunas dudas. Me dio por limpiar armarios, pero también pensamientos. Esa locura casi ritual que me da cada año —como si en septiembre se renovara el contrato con una misma— volvió a instalarse, y me dejé llevar. Nueva etapa, nuevo orden.

Este curso, además, traía consigo una novedad: nuevo centro escolar, nuevos pasillos, nuevos alumnos, nuevas miradas curiosas y nombres por aprender. Los primeros días fueron una mezcla de nervios y emoción. Me vi otra vez preparándolo todo con cuidado: la clase, los materiales, incluso la energía. Es curioso cómo el cuerpo responde, cómo uno se rearma cuando siente que algo empieza.

Y al mismo tiempo, seguía trabajando en la misma empresa. Mi jornada no terminaba cuando sonaba la última campana del colegio. Por las tardes, me esperaba la residencia de mayores. Allí, donde el tiempo parecía moverse a otro ritmo, también dejaba parte de mi energía y mucho de mi corazón. Era animadora, sí, pero también algo más: un puente entre la rutina y la alegría, entre los recuerdos y la risa. Coordinaba varias residencias y, como si eso no fuera suficiente, también me encargaba de la coordinación de actividades deportivas en Fuenlabrada. Un trabajo que requería logística,

creatividad y, sobre todo, pasión por el movimiento y por la gente. Días llenos, sí, pero también llenos de sentido.

Y entre tantas responsabilidades, también retomé algo que había dejado en pausa durante el mes de agosto: mis entrenamientos personales. Volver al ejercicio no era solo una cuestión física, era un reencuentro conmigo misma, con esa parte que a veces quedaba en segundo plano entre jornadas largas y obligaciones múltiples.

Volví con mi entrenador de siempre. Bueno, de siempre no solo en lo profesional. A él lo conocía desde que era un niño. Vecinos de toda la vida. Habíamos crecido en la misma calle. Lo vi pasar de chaval a adolescente, de adolescente a ese joven fuerte, que consiguió su vocación clara, y decidió convertir su pasión por el deporte en su profesión. Yo también había crecido, claro, y nuestras vidas, aunque distintas, se habían entrelazado en esa forma sutil pero firme.

Cuando retomamos los entrenamientos, todo fluyó como si no hubiera pasado el tiempo. Él ya sabía cómo hablarme, cómo motivarme sin presión, cómo reírse conmigo cuando yo exageraba con las agujetas o me quejaba de las últimas repeticiones. No solo era mi entrenador, era un amigo. Uno de esos que entienden sin muchas palabras, que saben leer el ánimo por cómo entras al gimnasio, por el tono de voz con el que saludas.

Compartíamos mucho más que rutinas o tablas. Compartíamos confesiones al ritmo de los estiramientos —esos que yo intentaba saltarme siempre—, risas sinceras mientras descansábamos entre series, reflexiones inesperadas en medio del entrenamiento. A veces, cuando la música bajaba un poco —nuestra música de Mulán, de Disney, Dragon Ball…— hablábamos de la vida, de los cambios, de los miedos, de todo eso que también necesita espacio para moverse, como el cuerpo. Era bonito sentir que había un lugar, aunque fuera una hora al día —a veces más teniendo en cuenta lo que duraban nuestras conversaciones—, donde podía ser simplemente yo, sin expectativas, sin máscaras, sin tener que explicar demasiado.

Él también escuchaba con atención cuando le hablaba del proceso que había iniciado, del deseo de ser madre, de la espera que a veces me parecía eterna. Me animaba, sin grandilocuencias, con esa seguridad suya, firme pero cálida.

La conexión con él no se limitó a nuestros encuentros de entrenamiento, ya que cuando empecé a coordinar las actividades deportivas de Fuenlabrada, no lo dudé ni un segundo: le propuse que se uniera al equipo de trabajo. Sabía que era el perfil perfecto —profesional, comprometido, con esa energía que contagia sin ser avasalladora—, y, además, me encantaba la idea de tener cerca a alguien que ya conocía tan bien.

Aceptó encantado, y no tardó en convertirse en una pieza fundamental dentro del polideportivo. Su presencia aportaba equilibrio, compromiso y esa cercanía que solo se cultiva con los años. Sin embargo, con el cambio de horarios —ambos trabajando por las mañanas—, nuestra rutina también se transformó. Ya no entrenábamos juntos como antes, en aquellos espacios que se habían vuelto casi rituales. Aun así, encontré una nueva forma de sostener ese hábito que tanto me nutría: comencé a acudir por las tardes a la sala de musculación, donde me recibió su compañero, otro de los monitores del centro.

Fue una transición suave, casi natural, como si todo fluyera hacia donde debía. Con él, desde el primer momento, nació una relación de compañerismo auténtico. Ya no era solo yo, la coordinadora, y él, el monitor: entre tablas de ejercicios, charlas improvisadas y risas compartidas, empezamos a construir una amistad sincera. Era él quien me diseñaba las rutinas, adaptadas a mis días, a mis emociones, a mis ganas. Y con el tiempo, esa confianza fue creciendo hasta abrir espacio a conversaciones más profundas.

Un día, sin saber bien por qué, le hablé de mi deseo de ser madre. De ese anhelo que se me había instalado en el pecho con una mezcla de urgencia y ternura. Me escuchó con atención, sin juicio, con esa mirada limpia de quien sabe sostener silencios. Y su reacción fue tan natural, tan respetuosa, que supe que había

encontrado otro apoyo inesperado en ese camino incierto, pero esperanzador.

En más de una ocasión, se nos unía mi compañera de la residencia. Ella, con su carácter peculiar, esa mezcla de ternura y genio, no siempre llegaba con la mejor disposición. Pero bastaba una broma, una mirada cómplice o un comentario al paso para que su sonrisa se asomara, tímida al principio, pero genuina. Yo, sin proponérmelo del todo, intentaba contagiarle esa energía que a mí también me sostenía. Nos habíamos hecho equipo, sin planearlo, sin etiquetas. Solo eso: tres personas compartiendo un espacio, un esfuerzo y, en el fondo, un mismo anhelo de sentirse bien. Físicamente, sí, pero también en lo emocional, en lo cotidiano.

Lo nuestro era un pequeño ritual hecho de mancuernas, estiramientos y conversaciones en medio de las repeticiones. A veces hablábamos mucho, a veces nada. Había días de risas espontáneas y otros en los que solo necesitábamos estar. Había algo profundamente sanador en ese trío improvisado: cada uno aportaba lo suyo, y en esa combinación imperfecta, surgía una fuerza inesperada.

El polideportivo se convirtió, sin darme cuenta, en mucho más que un lugar de trabajo o un espacio para entrenar. Se volvió mi punto de anclaje, un rincón donde podía respirar hondo sin explicar tanto, donde las rutinas del cuerpo ayudaban a ordenar también las del alma. Allí descargaba no solo el cansancio, sino también la incertidumbre, el miedo, incluso la impaciencia. Porque en ese momento de mi vida, mientras todo parecía estar en proceso —el deseo, la espera, los pasos hacia la maternidad—, yo también necesitaba un sitio donde sostenerme.

Y eso era aquel lugar: una extensión silenciosa de mi proyecto de vida. No solo el de la casa soñada, ni siquiera solo el de traer a un hijo al mundo, sino ese otro proyecto invisible que nadie ve desde fuera: el de reconstruirme a mí misma con paciencia, amor y constancia. Día a día, serie a serie, en medio de las confidencias y las bromas, yo también me estaba levantando.

Y entre todas esas cosas nuevas y retomadas, lo primero que hice, casi con la urgencia de quien necesita volver a enraizarse, fue solicitar la nueva cita en el hospital que me correspondía. Me la dieron para finales de octubre. No era lo inmediato que yo habría deseado —porque cuando el corazón se decide, quiere saltarse todos los tiempos—, pero era un paso.

Me apunté la fecha con trazo firme en la agenda. Y por dentro, algo se asentó. Ahora sí. Esta vez, en el sitio correcto. Esta vez, sin desvíos. Ya quedaba menos.

CAPÍTULO 6

Hay momentos que, sin previo aviso, se convierten en bisagras. A veces, no son más que una cita médica, un pasillo largo, una sala blanca y un nombre que aparece en la pantalla anunciando: «Consulta 3». Un cambio en la rutina del cuerpo. Pero basta que ese cuerpo lleve tiempo esperando, anhelando, o temiendo, para que todo lo que sucede ahí dentro se grabe como algo trascendental.

Acudí al hospital con una mezcla extraña en el pecho. No era miedo, exactamente. Era ese tipo de nerviosismo que solo aparece cuando sabes que algo importante está a punto de comenzar, y que ya no hay vuelta atrás. Llevaba días mentalizándome para iniciar este nuevo tramo del camino, pero no imaginaba que el primer paso físico llegaría tan de golpe, sin ceremonias. No imaginaba que ese día daría el primer paso real, en mi proceso de ser madre. O al menos, no de forma tan concreta.

Entré en la consulta. Me recibió un doctor de edad avanzada, con bata blanca impecable, y expresión seria. No fue especialmente amable, pero tampoco frío. Más bien práctico. De esos que no pierden tiempo con introducciones innecesarias, ni con sonrisas de cortesía. Me indicó con un gesto sobrio que tomara asiento. A su lado, un chico joven, de rostro fresco y ojos atentos, me saludó con una calidez que contrastaba profundamente con la actitud del doctor. Su presencia suavizaba el ambiente.

—Buenos días —dijo el doctor, sin levantar mucho la mirada—. Vamos a revisar algunos datos primero.

Comenzaron las preguntas de rutina: ¿Fumas? ¿Bebes alcohol? ¿Tomas alguna medicación habitual? Respondí con claridad, aunque

sabía que cada una de esas preguntas abría pequeñas ventanas a lo que había detrás.

—Hoy vamos a retirarte el DIU —expuso el doctor, sin preámbulos.

Me quedé inmóvil un segundo. No me lo esperaba. Aquel paso, que creí que daríamos más adelante, se materializaba de pronto, sin advertencia. No estaba mentalmente preparada. Tampoco físicamente. La última vez, sentí un dolor agudo y desagradable. El recuerdo me hizo apretar la mandíbula.

—¿Ahora? —pregunté, con un nudo en el estómago.

—Sí, es lo habitual —dijo él, sin rodeos—. Cuanto antes lo retiremos, antes podrán iniciarse las siguientes pruebas.

No, sí, hasta ahí estábamos de acuerdo, pero estaba claro que él no sabía cuán desagradable podía ser eso…

Como él no era el que tenía un pincho metálico dentro del cuerpo del que debía tirar con un hilo para sacarlo.

Ni idea de lo que se siente cuando alguien se acerca con guantes, una linterna y toda la intención de localizar ese diminuto hilo como si fuera una búsqueda del tesoro.

Y ahí estaba yo, en una posición poco digna, intentando respirar con dignidad mientras pensaba: «Bueno, por lo menos no estoy pagando por esto».

Él lo explicaba con toda la tranquilidad del mundo, como quien habla de sacar una astilla. Y yo solo podía pensar que, si las astillas dolieran en el útero, otro gallo cantaría.

—Notarás una pequeña molestia —dijo con la voz más neutra del planeta.

«¿Una molestia?», le respondí en mi cabeza. «Si esto es una molestia, no quiero saber lo que usted llama dolor».

El chico joven, el que estaba de prácticas, me miraba desde un lado intentando poner cara de «todo está bien».

Y sí, supongo que todo estaba bien… excepto mi dignidad, que en ese momento se había quedado a tomar un té en la sala de espera.

Por suerte, el proceso fue rápido. Pero no por eso menos incómodo.

Cuando terminó, respiré como quien acaba una maratón. Y él, tan pancho, me dijo con la misma serenidad que si me hubiera quitado una tirita:

—Ya está.

Ya está, sí. Claro. Fácil decirlo cuando no te acaban de sacar una pieza metálica de tu interior.

Me levanté despacio, con ese cuidado que solo se tiene después de un trauma menor pero significativo, y me limité a pensar que, de alguna manera, eso también formaba parte del camino.

Me estaba abrochando el pantalón aún con cierta torpeza, cuando escuché la voz del doctor, algo seca, sin apenas inflexión:

—Bueno, lo siguiente será hacerte una prueba de embarazo y una analítica completa.

Me giré un poco hacia él, extrañada, como si no hubiera escuchado bien.

—¿Prueba de embarazo...? —repetí, casi con un hilo de voz, sin poder evitar que se me escapara una sonrisa tensa, nerviosa.

—Sí, es lo habitual —añadió, sin levantar mucho la vista de su pantalla—. Protocolo antes de continuar con cualquier otro paso.

Entonces intervino el chico joven que lo acompañaba, el estudiante en prácticas. Me miró con una expresión más cálida, cómplice, como si leyera en mi rostro todas las preguntas no formuladas.

—Es parte del procedimiento inicial —dijo con una voz suave, pausada—. Sé que suena raro si aún no se ha iniciado nada, pero lo hacemos por seguridad, para descartar antes de otras pruebas.

Le agradecí con la mirada. Su tono, su forma de explicarlo, me devolvieron algo de calma. Noté cómo respiraba más tranquila.

—Vale... claro —respondí, asintiendo despacio mientras me terminaba de vestir—. Supongo que aún no me acostumbro a la idea de que esto ya está pasando.

El chico sonrió con gentileza, y fue entonces cuando el doctor volvió a intervenir.

—También hay que hacerte una histerosalpingografía —dijo con tono más técnico que humano.

«¿Una hister qué?».

—Es una prueba radiológica —añadió, mientras el chico joven de prácticas asentía a su lado—. Nos permite comprobar si las trompas de Falopio están permeables, es decir, si no están obstruidas, y cómo está la cavidad uterina...

Yo escuchaba con atención, aunque las palabras técnicas me costaban un poco de digerir.

—¿Y cómo se hace? —pregunté, sin querer sonar demasiado aprensiva.

—Introducimos un contraste a través del cuello del útero y, mediante rayos X, vamos viendo en tiempo real cómo se desplaza por el útero y las trompas. Es una prueba un poco incómoda, no vamos a engañarte —añadió—, pero es rápida, y muy útil para conocer cómo está tu aparato reproductor por dentro.

Este hombre estaba claro que el umbral del dolor y la incomodidad lo tenía en un nivel muy, muy elevado… o directamente, en otro planeta.

Porque hablaba del tema con una tranquilidad pasmosa, como quien explica cómo pelar una naranja.

—¿Duele? —me atreví a preguntar, sin saber muy bien a quién dirigía la pregunta.

El doctor dudó un segundo.

—Depende de cada persona. Algunas mujeres sienten solo una molestia leve, como una regla fuerte. En otros casos puede ser más doloroso, especialmente si hay algún tipo de obstrucción. Pero es breve, y estarás acompañada todo el tiempo —respondió el doctor, aún sin mirarme directamente.

El chico joven intervino entonces, con una voz suave y cálida que me tranquilizó más de lo que esperaba:

—También puedes tomar un analgésico una hora antes, para que sea más llevadero. Y si en algún momento necesitas parar o avisarnos, puedes hacerlo sin problema. Es como una regla fuerte durante unos minutos —aclaró el chico con más empatía—. Lo importante es que vengas en los días adecuados del ciclo, te lo explicarán en la hoja.

Él sí me miraba a los ojos. Y esa pequeña diferencia, en medio de una situación tan íntima, marcaba una gran distancia entre los dos profesionales.

El doctor imprimió los papeles con las indicaciones. Me los tendió casi con rutina. Yo los tomé con cuidado, como si pesaran más de lo que en realidad eran. Leí de reojo: «analítica hormonal completa», «test de embarazo en sangre», «histerosalpingografía». Tres pasos. Tres hitos. Tres puertas que había que cruzar.

Mientras guardaba los papeles en el bolso, volví a mirar al chico. Él me dedicó otra pequeña sonrisa, como diciéndome «ánimo, vas bien». Y por un segundo sentí que no estaba tan sola.

—Suerte —me dijo al despedirse—. Espero que vaya todo muy bien.

—Gracias… de verdad —respondí, sincera.

Salí de la consulta con el corazón algo más encogido, como si el aire pesara distinto dentro del pecho. Había algo de vértigo, sí, pero también una quietud que no había sentido hasta ese instante. Una especie de silencio interior que no dolía, sino que aclaraba.

Tenía instrucciones concretas, pasos numerados, fechas marcadas en el calendario, citas que ya no eran abstractas, sino

reales, propias, mías. La maternidad dejaba de ser un deseo flotante y se convertía, aunque aún lejana, en una meta que se empezaba a construir desde lo tangible.

Sentí, por primera vez en mucho tiempo, que algo se movía en la dirección correcta. Y aunque el futuro seguía incierto, también estaba lleno de un tipo de esperanza que no grita, pero sostiene. La que se parece más a una promesa que a un sueño. Aún me temblaban las piernas, sí, pero sabía que acababa de cruzar una línea invisible.

CAPÍTULO 7

Dicen que todo lo que uno deja atrás vuelve si realmente le pertenece. Y quizás no era solo la música, ni los pasos, ni el ambiente… Tal vez era algo más profundo. Algo que, sin saberlo, me estaba esperando para darme una pequeña sacudida de vida. Así fue como volví a bailar.

Todo empezó tiempo atrás, cuando Tamy —mi querida amiga Tamara— me pidió que la ayudara. Ella impartía clases de salsa y bachata, y necesitaba chicas para poder formar parejas. Me lo pidió casi como un favor, «solo hasta que se apunten más, venga que será divertido». Fui sin expectativas, convencida de que aquello no era para mí. Siempre me consideré una persona arrítmica, de las que disfrutan viendo a otros bailar, pero que nunca se animan a intentarlo. Me fascinaba la forma en que el cuerpo podía hablar sin palabras, pero lo observaba desde fuera, con una mezcla de admiración y miedo.

Aun así, fui. Por ella. Porque me lo pidió. Porque cuando alguien que amas te necesita, no te haces tantas preguntas. No iba a ser algo serio, solo un par de clases. Una mano amiga para cuadrar números. Y, sin embargo, algo se encendió en mí. Una pequeña chispa. Me vi riendo, disfrutando, moviéndome, equivocándome… pero feliz. Me gustó más de lo que imaginé. Había algo en ese ambiente que me hacía sentir ligera, libre. Y compartirlo con Tamy lo hacía aún más especial.

Después vino el parón. La vida, que a veces se enreda sin previo aviso. El COVID se cruzó en mi camino y, con él, la necesidad de protegerme y de guardar distancia. Dejé las clases, aunque en el fondo nunca solté del todo las ganas.

Y entonces, con el inicio del nuevo curso, decidí volver. Pero esta vez fue diferente. Esta vez volví porque yo quise. No porque me lo pidieran. No por ayudar. Sino porque lo deseaba. Porque el recuerdo de aquellas clases me arrancaba sonrisas. Porque sentía que necesitaba reconectar con esa parte de mí que se había quedado esperando. Volví porque bailar me hacía bien. Porque era mi pequeño refugio semanal. Porque me daba placer. Me llenaba el alma.

Regresé a las clases de los sábados por la mañana con el corazón abierto y muchas ganas. Al llegar, encontré caras nuevas y algunas ausencias. Como en todo ciclo, algunos compañeros habían seguido su camino, y otros acababan de llegar. Pero eso nunca fue un problema para mí. Soy de esas personas que pueden conversar con cualquiera, incluso con una planta, si hace falta. No me cuesta conectar. Me adapto, me entrego, y siempre termino creando lazos, aunque solo sea a través de una mirada cómplice o una risa compartida.

Había también un cambio importante: el profesor. Antes, Tamy impartía las clases con otro compañero, pero ahora su pareja la acompañaba en la enseñanza. Él era un nombre maravilloso. No solo como profesor, sino como persona. Forma parte del círculo cercano, ese espacio íntimo que no necesita palabras para ser entendido. Son una de esas parejas que inspiran. Que dan envidia —de la buena— por lo bien que se entienden, por la manera en que se miran, por la forma en que se sostienen mutuamente. Se nota que se eligen cada día. Que no solo se aman, sino que se admiran. Y eso, en un mundo como el de hoy, es un regalo.

Bailar junto a ellos, compartir ese espacio, fue mucho más que aprender pasos. Era una experiencia emocional. Una forma de recordarme que también puedo construir relaciones sanas, espacios seguros, momentos alegres. Cada sábado era una inyección de vida. No importaba lo que hubiera pasado durante la semana: en ese espacio, con la música a todo volumen y el suelo vibrando bajo mis pies, encontraba una paz distinta. Como si en ese instante, mi cuerpo dijera: «Aquí estoy. Aquí sigo. Estoy viva».

Y lo mejor de todo es que lo compartía con Tamy. Esa conexión, ese vínculo que va más allá de los años o las historias compartidas. Bailar con ella era como cerrar un círculo, como recordarnos mutuamente que seguimos aquí, creciendo, sanando, celebrando.

Volver a bailar no fue solo retomar una actividad. Fue una decisión emocional. Un acto de amor propio. Un pequeño paso más en el largo camino de recordarme quién soy.

Una de esas caras nuevas que se sumaron al grupo fue la de Roberto. Un hombre algo mayor que yo, de sonrisa amable y mirada vivaracha. Tenía ese encanto sereno que no necesita alzar la voz para hacerse notar. Era simpático, accesible, con esa forma de estar que hacía que uno se sintiera cómodo de inmediato. Y —todo hay que decirlo— atractivo. De esos que no presumen, pero que inevitablemente captan miradas.

Conectamos rápido. Tal vez por la edad, ya que éramos los más cercanos en ese aspecto. El resto de los compañeros y compañeras solían estar bastante por encima en años, y eso generaba una afinidad natural entre nosotros. Fluía. Sin necesidad de forzarlo.

Una mañana, entre pasos de salsa y correcciones de postura, Roberto se me acercó con aire divertido y medio conspirador.

—Oye… —me dijo bajando la voz, mientras me miraba de reojo— he visto fotos tuyas…

Me detuve en seco, sujetando aún la mano del último compañero con el que estaba bailando, y lo miré con una ceja levantada, sonriendo, pero claramente confundida.

—¿Perdona? —respondí, ladeando la cabeza como si intentara descifrar si hablaba en serio o si estaba de broma—. ¿Qué fotos?

Roberto soltó una carcajada contenida, como si hubiese logrado el efecto exacto que buscaba. Levantó las manos, como pidiendo calma.

—Tranquila, no es lo que parece. Te lo cuento después de clase —dijo, guiñándome un ojo.

Durante el resto de la clase no pude evitar lanzar alguna que otra mirada curiosa en su dirección. Y él, cada vez que me pillaba mirándolo, respondía con una sonrisa ladeada y ese gesto divertido de quien sabe que está alimentando el misterio.

Cuando terminó la sesión y nos pusimos a recoger, por fin me dio la explicación.

—Resulta que unos amigos míos venían antes a estas clases —empezó a contar, apoyado en la barra del espejo, cruzando los brazos con naturalidad—. Y hace poco estuvimos hablando de quién seguía viniendo, cómo estaba el grupo… Y preguntaron por ti. Dijeron tu nombre, y me enseñaron tu perfil de Instagram para ver si eras la misma chica de la que hablaban.

Me eché a reír, aliviada.

—¡Ah! Vale, vale… ya me parecía a mí… —dije, negando con la cabeza.

—Lo curioso es que no te reconocí —continuó él, con gesto medio culpable, medio divertido—. Entre que has cambiado el *look* varias veces, el color de pelo, el estilo… Al principio pensaba que era otra persona.

Me encogí de hombros, sonriendo.

—Bueno, es que eso es normal —respondí, cruzando los brazos y balanceándome ligeramente sobre los talones—. Me gusta mucho cambiar. Me aburro rápido. El pelo, sobre todo, es como mi lienzo. A veces lo llevo corto, otras largo, trenzado, con colores… depende del mes, casi.

Roberto se rio, bajando la mirada por un segundo.

A partir de entonces, se volvió una especie de ritual. Cada sábado, apenas llegaba, me recibía con una sonrisa amplia y un:

—¡Te he echado de menos esta semana! —lo decía con un tono entre juguetón y tierno, alargando la frase como si fuera parte de una obra teatral improvisada.

Yo me reía, rodando los ojos, pero con cariño, como quien escucha un chiste interno del que ya forma parte. Era divertido, inofensivo… o eso pensaba.

Sin embargo, Tamy, que siempre tiene la antena emocional sintonizada y no se le escapa una, tiene ese radar afinado para todo lo que huela a historia, empezó a hacer comentarios.

—Ese chico te tira la caña, ¿eh? —me soltaba entre bambalinas, mientras bailaba haciendo pareja con ella, pues a veces ella misma hacía de chico para poder generar parejas—. Y tú te haces la loca.

Yo negaba con la cabeza, riendo:

—¡Ay, por favor! Sí, hombre… Que no, Tamy. Es majo, y como somos más o menos de la misma edad, pues conectamos más, eso es todo, ¡no inventes!

Ella me miraba sin decir palabra, con esa sonrisa ladeada que grita «ajá» sin emitir sonido. Como si supiera algo que yo aún no estaba dispuesta a reconocer.

Para mí, en ese momento, Roberto era simplemente un compañero con el que había buena sintonía. Nada más. O, al menos, eso me repetía. Quizá porque en esa etapa de mi vida no estaba buscando nada, o porque había aprendido —a base de vivencias— a no esperar, a no proyectar, a simplemente disfrutar de lo que se da, sin más. A no leer entre líneas ni construir películas de domingo por la tarde con banda sonora de fondo y final feliz anticipado.

Me hacía reír, era fácil estar a su lado. Su energía tenía algo ligero, amable, de esas que no cansan ni pesan. Al contrario: me ayudaba a soltar tensiones, a desconectar del ruido interior. Me sentía cómoda con él. Pero no quería mirar más allá, ni imaginar, ni empezar a desenredar hilos invisibles que quizás no llevaban a ningún sitio. Estaba centrada en mí, en lo que venía, en lo que estaba reconstruyendo por dentro y por fuera.

Y, sin embargo… Allí estaba él. Cada sábado. Con su «te he echado de menos» dicho entre risas. Con su forma de escuchar. Con esa mirada que, sin pretenderlo, me desarmaba un poquito.

Y sin que yo lo buscara, las clases iban ganando nuevos matices. Y no era solo por la música, ni por los pasos que cada vez me salían con más fluidez. Era por esas miradas que se alargaban un segundo más. Por las bromas que se quedaban flotando en el aire. Por esa sensación de volver a sentirme un poco más viva, un poco más mujer, un poco más yo… sin darme cuenta.

Cada sábado, al terminar la clase, Tamy no perdía oportunidad para dejarme caer algún comentario:

—Ese chico te tira la caña —me decía, con su sonrisa traviesa y su tono de experta en corazones ajenos.

Yo me reía, me burlaba de su intuición:

—Sí, claro… es solo simpático, ¡ya sabes cómo soy yo! Siempre conecto con la gente.

—No, no… —insistía ella—, tú conectas con todo el mundo, sí, pero este te busca a ti, no a cualquiera. Fíjate bien.

Y, aunque me costara admitirlo, empecé a fijarme.

Y con eso, también empecé a cambiar. Un sábado, sin decir nada, elegí otra ropa. Algo más ajustado, más atrevido, sin dejar de ser yo, pero dándole un pequeño giro. Un pequeño experimento. Quería comprobar si lo que decía Tamy tenía algo de razón. Hicieron falta dos clases. Solo dos.

Porque en esa, la segunda, algo cambió.

CAPÍTULO 8

Era sábado 13 de noviembre, uno de esos días raros de otoño en los que el sol aún calienta con cierta dignidad, aunque el calendario diga lo contrario. Hacía buena temperatura para la época: al sol se estaba realmente bien. Ideal para no tener que ir hecha un ovillo de ropa.

Había elegido el conjunto con intención. Nada demasiado llamativo, pero sí algo diferente a lo que solía llevar: un short vaquero, medias y una camiseta cómoda. Con eso ya bastaba para salirme de lo habitual. Normalmente iba a clase con leggins y camiseta o jersey, según el frío. Práctico. Neutro. Pero hoy no. Hoy quería ver si lo que decía Tamy era cierto: que Rober —sí, ese Rober — andaba medio interesado en mí. Según ella, la semana pasada, cuando me puse falda por primera vez para ir a clase, no me quitó ojo en toda la sesión, es más, él mismo me dijo al saludarme, «qué guapa estás hoy». Yo no estaba tan segura de que simplemente fuera agradable… pero la curiosidad se me había quedado ahí, picando. Así que esta vez repetía experimento, pero con un estilo distinto.

El plan del día incluía más cosas: a clase venían dos amigas que hacía mucho que no veía. Lo organizamos todo esa misma semana, sin grupo de WhatsApp ni grandes planes. Simplemente hablamos, encajamos horarios y se apuntaron a ir a la clase de ese día, tanto para poder charlas conmigo como para ver a Tamy, pues también hacía mucho que no se veían. Pasé a buscarlas en coche a la estación de Renfe. Fue bonito verlas bajar del tren, con ese aire de «cuánto tiempo» que no necesita palabras. Nos abrazamos fuerte, como si estuviéramos retomando algo que nunca se había perdido del todo.

—¡Pero mírate! —me soltó una de ellas, con una sonrisa pícara—. Estás distinta, ¿eh?

—Distinta bien —añadió la otra—. Muy bien, de hecho.

Yo me reí, algo incómoda pero contenta por dentro. Les resté importancia, como suelo hacer, pero lo cierto es que me gustó que lo notaran.

En el coche, camino al polideportivo, charlamos sin parar. Era como si hubiéramos hecho pausa y ahora todo volviera a fluir sin esfuerzo. Entre risas, bromas y actualizaciones rápidas —obviamente les conté el porqué de mi *look* de ese día y todo lo que nuestra amiga Tamy, con su ojo avizor, observaba en las clases—, el trayecto se nos hizo cortísimo.

Al llegar, el sol nos daba de frente justo al bajar del coche. Me colgué la mochila al hombro y fuimos entrando. La puerta estaba abierta y desde fuera se escuchaba música: Tamy y su chico habían empezado a prepararlo todo para empezar con la clase.

Nada más entrar, la vi. Ahí estaba Tamy, con esa energía suya que lo llena todo, saludando con entusiasmo, dándonos la bienvenida como si hubiéramos llegado a una fiesta más que a una clase. Las chicas se presentaron al resto del grupo, para poder comenzar.

Y entonces lo vi a él. Rober. Estaba un poco más al fondo, hablando con Carlos, el profesor y pareja de Tamy, pero apenas crucé la puerta, noté que me miraba. Esa mirada rápida pero directa, de reconocimiento. Como si dijera: ah, estás aquí. ¿Lo noté yo, lo imaginé? Puede ser. Pero luego Tamy se me acercó al oído y me soltó:

—Te ha mirado tres veces en diez segundos. Yo que tú lo consideraría un récord personal.

Puse los ojos en blanco y reí, pero no dije nada. Me hice la distraída. Aunque por dentro, confieso, se me activó algo. No era nerviosismo, era más bien una mezcla de seguridad nueva y juego.

Como si el simple hecho de estar ahí, de sentirme cómoda en mi piel, fuera suficiente para sostener todo lo demás.

Y así empezó la clase. Bachata primero. Luego salsa. Tamy y Carlos nos guiaban con la soltura de quien lleva años en esto, y el grupo iba entrando en calor poco a poco. Yo bailaba, reía, disfrutaba. Sentía a mis amigas cerca, sentía que ese sábado tenía algo especial. Y por momentos, cuando cambiábamos de pareja, cuando cruzábamos miradas al girar, me parecía —solo me parecía— que Rober me buscaba también.

Pero no quería precipitarme. A veces lo más bonito es simplemente dejarse llevar.

Como en tantas clases anteriores, los profes nos colocaron en fila: los chicos en un lado de la sala, las chicas justo enfrente. Era la estructura habitual para practicar pasos y repasar las secuencias en pareja, cambiando cada poco tiempo al ritmo de las instrucciones de Carlos o Tamy. Ese día no era diferente, aunque todo lo parecía. Tamy, como solía hacer cuando faltaban hombres, se puso en el lado de los chicos. Lo hacía con naturalidad y una energía que arrastraba a todo el grupo: enseñaba, corregía, animaba y se reía, todo al mismo tiempo, como si tuviera tres cerebros y un metrónomo en el pecho.

Yo me sentía ligera. Quizás por el *outfit*, quizás por el clima o por tener a mis amigas cerca. O quizás por saber que Rober estaba en esa fila de chicos, a unos pasos, sin saber que en pocos minutos le iba a volar la cabeza.

Fui rotando de pareja en pareja. Algunos compañeros bailaban con concentración pura, contando los pasos casi en voz baja. Otros se dejaban llevar por la música con algo más de soltura. Un par de ellos intentaron meter charla de más —algún «qué guapa estás hoy» medio disimulado entre giros y pasos cruzados—, pero lo esquivé todo con una sonrisa amable. Hasta que me tocó él.

Rober.

Al acercarme, sus ojos se iluminaron como siempre. Tenía esa expresión medio sobrada, medio encantadora, que ya era su marca personal. Ni bien me tomó la mano, me soltó la frase que llevaba diciéndome sábado tras sábado, como un mantra suyo:

—Te he echado de menos…

Al principio, esas palabras me habían parecido parte del juego de coqueteo generalizado que a veces flotaba en la clase, pero tras repetirlas tantas veces, empecé a pensar que quizá no eran solo una frase hecha. Tal vez sí había algo más detrás. ¿Y si era cierto? ¿Y si llevaba semanas lanzando la caña, como decía Tamy, y yo simplemente no había querido pescar?

Le devolví la mirada, sin soltarle aún la otra mano, y sonreí. Pero esta vez no iba a dejar pasar la oportunidad. Si quería jugar, íbamos a jugar. Con mis ojos bien puestos en los suyos, y con una calma que ni yo sabía que tenía, solté:

—Mucho me dices eso… pero dime, ¿qué intenciones tienes realmente?

Él alzó una ceja, como si la pregunta le hubiese sorprendido. Como si no esperara que yo recogiera la cuerda con tanta claridad. Pero no dudó en responder. Me miró de arriba abajo con descaro, sin esconder la sonrisa, y dijo, con voz baja y un tono casi de complicidad traviesa:

—Nunca buenas.

Me reí por dentro. Era tan suyo decir algo así. Con esa seguridad algo canalla, ese humor con doble fondo. Pero en lugar de esquivarlo o seguirle la broma con evasivas, como solía hacer, decidí que esta vez iba a contestar de verdad. Porque, seamos sinceras: no estaba buscando pareja, eso lo tenía clarísimo. Yo tenía mi cabeza y mi energía enfocadas en algo muy concreto, muy personal. Mi proyecto de maternidad. No había espacio para dramas románticos ni para emociones complicadas. Pero...

Tampoco iba a negar que Rober tenía lo suyo. Ese físico trabajado sin parecer de gimnasio. Esa forma de moverse, de marcar

los pasos. Esa actitud juguetona que no cae en lo ridículo. Esa capacidad de hacerme reír sin esfuerzo… Vamos, que el chico tenía pinta de ser un gran empotrador. Y lo peor es que yo ya lo había pensado unas cuantas veces. En silencio, claro. Bueno, y alguna vez en voz alta con Tamy. Vale… y puede que lo hubiera mencionado riéndome con una amiga también. ¿Y qué?

Así que esta vez no me lo guardé. Lo miré a los ojos, tranquila, con el mismo tono suave y firme, la misma sonrisa, ahora cargada de intención, y le contesté:

—Vaya… pues puede que sea recíproco.

Y ahí lo pillé. Le desmonté la pose en dos segundos. Por un instante, su sonrisa se congeló. No del todo, pero se tambaleó. Me miró como si no supiera si me lo decía en serio o si estaba jugando a su mismo juego… pero mejor. Su mirada buscó señales en la mía. Yo solo sonreí un poco más, y seguí marcando el paso. Un-dos-tres, pausa. Giramos. Cuatro-cinco-seis.

Estaba tan atrapado en la sorpresa que apenas bailaba. Noté su mano un poco más tensa en mi espalda. Estaba procesando. Y yo, por dentro, me partía de risa.

Y justo entonces, como si Tamy llevara un radar emocional sincronizado conmigo, alzó la voz por encima de la música:

—¡Cambio!

«Qué oportuna, hija… ¡qué divina eres!», pensé mientras soltaba a Rober sonriendo. Él todavía me miraba, esa media sonrisa colgada, como si quisiera decir algo más, pero no supiera qué. Me despedí de él con una leve inclinación de cabeza, giré sobre mis pies, y fui directa hacia Carlos, el profesor.

Bailar con Carlos siempre era fácil. Tenía el paso preciso, la guía firme, y ese punto de seriedad que compensaba el ambiente festivo. Pero ya estaba claro que mi cabeza estaba en otro lado. O, mejor dicho: en otro par de manos.

Después del cambio con Carlos, me tocó con Tamy. En cuanto nuestras palmas se unieron, me miró con esa ceja levantada suya

que significa «cuéntamelo todo ahora mismo».

—¿Y esa sonrisa? —me soltó sin disimular—. ¿Qué has hecho?

—Nada —respondí, intentando contener la risa.

—¿Nada tú? —insistió, mientras marcábamos un básico—. Con esa cara no me vengas con el «nada».

Le conté lo que le había dicho a Rober. Con calma, como si no tuviera importancia, pero con una sonrisa que no podía ocultar la satisfacción.

Tamy abrió los ojos como platos, se rio en voz alta y exclamó:

—¡Madre mía! ¡Te lo has cargado! ¡Lo has dejado KO! —dijo ella, celebrando la jugada como una victoria personal—. Mira, como esto siga así, te veo bailando más que bachata...

—Bueno… ya era hora de cambiar el guion, ¿no?

—Ay, amiga… esto va a ponerse interesante.

Las dos rompimos a reír. Yo, por mi parte, sabía que había abierto una puerta que no sabía a dónde llevaba… pero que claramente quería explorar.

La clase continuó, pero algo había cambiado. El aire olía distinto. La música sonaba igual, sí, pero dentro de mí, todo vibraba un poco más fuerte.

Y ahí lo supe. Tenía razón. La diversión, definitivamente, acababa de empezar.

CAPÍTULO 9

Al terminar la clase, como muchos otros sábados, nos quedamos en el bar de dentro del polideportivo a tomar algo. Hacía buen tiempo, de ese que te anima a no volver a casa todavía, y además habían venido nuestras amigas. Aparte, hacer algo de piña para que las clases de baile fueran aún mejores siempre fue una de las cosas que promovían Tamy y Carlos. No solo eran buenos profesores, también sabían crear comunidad. Y eso se notaba.

Ese día nos quedamos muchos de nosotros. Nos sentamos en varias mesas, todos juntos, charlando animadamente. Fabiola, Eliana, Tamy y yo estábamos sentadas una junto a la otra, como casi siempre. A mi izquierda se sentó otra pareja de compañeros, y entre risas, vasos medio llenos y el ruido de otras conversaciones de fondo, empezamos a hablar de las clases, de los pasos nuevos, de lo bien —o mal— que se nos estaban dando, y de cómo íbamos avanzando poco a poco.

Entonces, de repente, apareció Rober. Se acercó por detrás y, con su tono habitual, entre bromista y sobrado, dijo:

—Vaya, yo quiero sentarme al lado de esta señora.

Lo soltó justo detrás de mí, mirando a ambos lados, como si estuviera valorando el terreno. A mi derecha estaba Tamy, y a mi izquierda, la otra mujer.

Tamy me miró de reojo, intentando disimular la sonrisa que se le escapaba por la comisura de los labios. Pero mi cara... bueno, mi cara se transformó en cuestión de segundos: ceño fruncido, cejas arqueadas y una expresión de «¿perdona?». ¿Acababa de llamarme *señora*? ¿En serio? Empezábamos muy mal… pero muy mal.

¿*Señora*? ¡Por favor! Acababa de cumplir treinta y dos años y me sentía lejos, muy lejos, de ese término tan redondo e injusto.

Me invadió de golpe una mezcla de rabia, desconcierto y ofensa no solicitada. Porque no era la primera vez que me pasaba algo así, y aún me escocía la última ocasión…

La última vez que alguien me llamó *señora* fue en el Mercadona, en la cola de la pescadería. Un día cualquiera. Estaba allí esperando mi turno cuando una mujer se colocó detrás de mí con su hija pequeña, que no tendría más de cinco años. De repente, la madre se agachó y le dijo en voz baja a la niña:

—Quédate aquí, detrás de esta señora, que voy un momento a por el pan. No tardo. Mira, estoy ahí.

Mi cuerpo se giró como un resorte, con una mezcla de horror y ofensa. Miré a la niña con dulzura, sin culpa ninguna la pobre, y le solté, casi en un susurro:

—Cariño, dile a tu madre que la chica de delante se queda contigo… pero que no soy ninguna señora.

La madre me miró entonces, algo sonrojada, claramente incómoda. Me lanzó una mirada rápida, una disculpa silenciosa con los ojos, y desapareció entre los pasillos del supermercado, seguramente maldiciendo su elección de palabras.

¿Acaso no se había fijado en mi pelo, en mi forma de vestir? ¿Mi mochila de colores? ¿Mis pantalones cagados? ¡Por favor! Señora sería su tía la del bingo, no yo.

Así que cuando Rober me soltó *aquello*, lo sentí como una bofetada repetida. Encima en público, y con esa actitud tan suya de niño travieso que espera que todo le salga bien solo por sonreír.

Lo miré con frialdad, sin ni siquiera intentar suavizar mi tono.

—Eh… supongo que no te refieres a mí —le solté, clavándole la mirada—. Lo primero, porque señora será tu madre. Y lo segundo, los sitios están ocupados.

Mi cabreo era evidente. Si esperaba que le pusiera mi mejor sonrisa, lo llevaba claro. Encima de que me insultas, ¿te vas a sentar aquí como si nada? Pues no, chato.

Tamy se mordía la lengua para no reírse. Literalmente. Estaba a punto de soltar una carcajada, y yo la sentía temblar a mi lado de tanto aguantarse. Rober me miraba sin saber muy bien qué hacer, con esa cara de mezcla entre sorpresa, confusión y un poquito de vergüenza. Fabiola y Eliana, mientras tanto, parecían seguir el momento como si fuera un partido de tenis: cabeza a la izquierda, cabeza a la derecha, sin perder detalle.

¿Y sois capaces de imaginar lo que pasó después? Pues sí. Porque la vida siempre tiene un puntito de ironía. La mujer que estaba sentada al lado mío, la que tenía a mi izquierda, se levantó tranquilamente, como si nada, y le cedió el sitio al susodicho.

—¿Te quieres sentar aquí? Yo cojo otra silla y me siento al otro lado —dijo, sonriendo.

Y antes de que pudiera reaccionar o negarme, él ya estaba dejándose caer en la silla como si acabara de ganar un premio. Se sentó, con una sonrisa de oreja a oreja, como un niño al que los Reyes Magos le han traído justo lo que pidió. No sé si era por el triunfo o por la casualidad, pero lo cierto es que parecía feliz.

—Vaya, parece que el universo conspira a mi favor —me dijo, sonriendo de medio lado.

—O igual te está poniendo a prueba —le respondí yo, con el ceño aún medio fruncido, pero dejando que se me escapara una sonrisa fugaz.

A ver… no me llaméis exagerada. Aunque puede que lo sea un poco, vale. Pero… también soy consciente de que el enfado se me pasó bastante rápido. Empezamos a hablar, ya más relajados. Le preguntamos por su viaje, ya que había estado en Edimburgo hacía poco, y ahí sí que se soltó del todo. Se le iluminó la cara contando anécdotas.

La conversación fue amena. Fluida. Hablamos de sus amigos, de nuestros antiguos compañeros de clase, de cómo algunos habían dejado de venir y otros se habían sumado. Entre comentarios, anécdotas y alguna que otra broma —en la que ya no me llamó *señora*, eso sí—, la tensión inicial desapareció del todo.

Y sí… al final, la mañana resultó bastante agradable.

Todo iba bien. Normal. La conversación fluía entre anécdotas, risas y alguna que otra queja sobre lo complicado que era memorizar ciertos pasos. Hasta que, sin previo aviso, Fabiola me miró fijamente y soltó la pregunta:

—¿Cómo vas con lo del bebé?

Y así, señoras y señores, cayó la bomba.

Un silencio breve, pero denso, se apoderó de la mesa. Tamy, en lo que pareció una reacción instintiva —o perfectamente medida—, se levantó de golpe con la excusa de coger una patata de la bandeja del centro. Aunque todos sabíamos que, más que hambre, tenía curiosidad por ver la reacción de Rober. Y no la culpaba. Yo también quería saberlo.

Rober giró ligeramente el cuerpo hacia mí, con expresión confusa, como si hubiese escuchado mal o no terminara de procesar. Sus ojos se abrieron un poco más, como si intentaran leerme.

—¿Estás embarazada? —preguntó, con esa mezcla de sorpresa genuina e incomodidad torpe que solo alguien descolocado puede mostrar.

Y claro, ahí estaba yo. Pensando cómo le explicas a un hombre con el que fantaseas tener una noche intensa, divertida y un poco desordenada entre sábanas revueltas… que estás en pleno proceso para ser madre. Que tienes las pruebas en marcha, las citas médicas programadas y que, si todo sale bien, por estas fechas el próximo año, probablemente estés a punto de «explotar».

Pues nada, con toda la naturalidad del mundo, por supuesto.

—No, aún no —respondí, sonriendo. No fingida. Genuina. Porque, aunque la situación tenía su puntito incómodo, a mí me invadió una

sensación agradable. Paz. Esperanza. Ya no era solo anhelo, era decisión.

Me habían llamado hacía poco para hacerme la siguiente prueba. También tenía cita para las analíticas. Todo estaba encajando. En una semana me harían todo y después… a esperar. La lista de espera que yo pensaba que sería eterna, de años incluso, se había reducido milagrosamente a cuatro meses. Cuatro. Todo parecía ponerse a favor.

Rober no apartaba la mirada. Estaba claro que mi respuesta no había satisfecho del todo su curiosidad. Su ceño estaba ligeramente fruncido, como si aún tratara de ubicarme en alguna categoría conocida. Como si no supiera bien qué hacer con esa información.

—Pero lo estás buscando —dijo. No era una pregunta, más bien una afirmación envuelta en incredulidad.

Asentí con la cabeza, sin perder la sonrisa. Serena. Convencida.

—Con tu pareja —añadió, esta vez con un tono un poco más neutro, aunque sus ojos esperaban algo más que un sí.

—No, no tengo pareja —dije. Y sí, seguí sonriendo.

Las chicas seguían la escena como si estuvieran viendo una película. Fabiola, Eliana y Tamy tenían esa expresión de «me estoy perdiendo algo, pero no me lo quiero perder». Solo les faltaban las palomitas y una manta para sentirse en una sala de cine. Sabían que ese momento era uno de esos en los que algo cambia, aunque no esté del todo claro el qué.

Rober desvió la mirada un segundo. No parecía molesto. Tampoco asustado. Pero sí… desconcertado. Como si acabara de darse cuenta de que la historia que él se había contado sobre mí, esa en la que quizás yo era solo una chica simpática con buen ritmo y cara bonita, acababa de volverse más compleja.

Podía imaginar perfectamente los engranajes en su cabeza girando a toda velocidad, intentando encajar la escasa información que le había dado. Como si su cerebro estuviera abriendo cajones, cerrando otros, buscando referencias que no encontraba.

Y me apiadé de él.

Lo entendía. No todos los días te sientas al lado de una mujer que, en medio de una conversación casual, te suelta algo así. Así que decidí echarle un cable… y de paso, responder también a la pregunta de Fabiola, que seguía con la mirada fija en mí, esperando que desarrollara.

Me giré un poco en la silla, respiré hondo y, con voz firme pero tranquila, le dije:

—Estoy buscando ser madre. En solitario. Quiero ser madre soltera.

Dejé que esas palabras se asentaran un segundo, como si también necesitara oírlas en voz alta. Después continué:

—Es algo que siempre he tenido claro. Siempre. Pero ninguna de mis anteriores parejas compartía ese deseo, o al menos no con la misma claridad. Así que, después de pensarlo mucho, he decidido que no voy a seguir esperando a que llegue alguien «adecuado» para cumplir este sueño.

Noté cómo su expresión cambiaba, ligeramente. Ya no era solo sorpresa, ahora había algo parecido a respeto. O quizá era solo concentración, intentando no perderse ningún detalle.

—Tengo la suerte de contar con el apoyo de mi familia —añadí, esbozando una leve sonrisa—, y también con la ayuda de la seguridad social. Estoy en proceso de realizarme las pruebas necesarias para entrar en lista de espera para la inseminación. Ya tengo las analíticas programadas y, si todo va bien, en unas semanas estaré oficialmente en camino.

No hacía falta más. No adorné, no justifiqué, no bajé el tono. Porque no tenía por qué hacerlo. Era mi decisión, mi vida, y por primera vez en mucho tiempo, me sentía completamente en paz con ella.

Y aunque el silencio que siguió fue breve, fue poderoso. Porque en ese momento, todo el mundo en la mesa comprendió que no se trataba de una simple conversación de bar. Era una declaración. Una

afirmación de identidad. Una apuesta por la vida que yo quería construir.

Y lo más importante: no necesitaba la aprobación de nadie para hacerlo.

CAPÍTULO 10

La mañana se esfumó sin que nos diéramos cuenta. Entre charlas animadas, bromas tontas y alguna que otra risa compartida, el tiempo pareció deslizarse como arena entre los dedos. El grupo fue disolviéndose poco a poco, cada uno marchándose a su casa con la promesa de reencontrarnos más tarde o al día siguiente. Siempre quedábamos algunos rezagados, como si nos resistiéramos a dejar atrás ese rato de buena vibra.

Mis amigas y yo aún no teníamos planes claros para comer, pero sabíamos que queríamos hacerlo juntas, prolongar un poco más la compañía. Estábamos decidiendo el sitio —sin demasiada prisa, como siempre— cuando Roberto se unió a la conversación y sugirió un restaurante que conocía. Era asturiano, dijo, con una sonrisa segura, y no muy lejos de donde estábamos. Solo con mencionar la palabra «asturiano» ya me tenía casi convencida. ¿Fabada? ¿Cachopo? Yo no iba a poner pegas. ¿Comida asturiana? ¡Sí, por favor!

Nos pusimos a curiosear en internet: fotos, reseñas, menús. Todo tenía buena pinta. Ese tipo de lugar que no intenta ser moderno ni elegante, pero donde sabes que vas a salir rodando y feliz. Nos miramos y asentimos casi al unísono. Decisión tomada.

Le propusimos a Roberto que se uniera a nosotras. No solo porque él había hecho la sugerencia, sino porque, en el fondo, yo ya tenía bastante claro que quería seguir cerca.

El tonteo entre nosotros esa mañana había dejado de ser solo un juego inocente. Había algo más cargado en las miradas, más intención en las bromas, más roce en los silencios. Roberto sabía

perfectamente lo que hacía, y yo también. Esa cercanía suya, constante pero medida, tenía un mensaje claro. Y yo no solo lo entendía, lo estaba respondiendo.

Tenía claro lo que iba buscando yo, al menos en ese momento. Pero ¿y él? Esa era la pregunta que me rondaba desde que, no mucho antes, le había contado uno de mis planes más importantes. Hablé —con toda la naturalidad del mundo, eso sí— de mi intención de convertirme en madre, más pronto que tarde. Un proyecto mío, personal, sin necesidad de pareja. Quería ser un bizcochito relleno de merengue... aunque no conociera al susodicho dueño del merengue. Me estáis entendiendo, ¿verdad?

Nunca me había planteado vivir ese proceso acompañada. No lo necesitaba, ni emocional ni logísticamente. Mi vida estaba en un momento muy bueno: la sexual, bien activa; la afectiva, llena de relaciones sanas y profundas; mi independencia, intacta. No me hacía falta una pareja para sentirme completa. Era feliz, de verdad. Solo me faltaba ese pequeño gran sueño que por fin empezaba a tomar forma.

Y, sin embargo, ahí estaba él. Después de mi confesión, no se había alejado. Al contrario, seguía en la conversación, totalmente presente, hasta había planteado su punto de vista con respecto a las madres solteras y el papel de los padres y las familias. Él había entendido mis miradas, había captado perfectamente la tensión entre los dos, y aun así no frenó el juego. Ni un paso atrás, ni una señal de incomodidad. Solo más chispa.

Y eso, para qué negarlo, me gustaba. Me gustaba mucho.

¿Hasta dónde llegaría? ¿Hasta dónde quería llegar yo?

Durante la comida en el restaurante, Fabiola nos comentó que debía dejar el trabajo. Le había salido otro puesto con mejores condiciones laborales. Para que os situéis, Fabiola trabajaba en uno de los proyectos que yo coordinaba desde hace tiempo. Siempre fue una gran empleada, implicada, resolutiva, y con ese tipo de humor que te salva los lunes. Obviamente me entristeció saber que se marchaba, pero también me alegré por ella. Era lo mejor para su

situación, un paso adelante. Así que lo celebramos como se celebran estas cosas: con brindis improvisado, risas nostálgicas y algún comentario medio en broma sobre lo difícil que sería encontrar a alguien como ella.

Rober, que estaba atento a la conversación, nos preguntó por nuestros empleos. A qué nos dedicábamos cada una, cómo habíamos llegado ahí, lo típico. Se notaba que de verdad escuchaba. No era ese interés educado, de compromiso, sino el genuino, el que conecta. Y eso, otra vez, me gustó. Mucho.

Después, la charla giró hacia el tema del baile. Habíamos mencionado algo antes, entre plato y plato, y él lo retomó con entusiasmo. Esa misma noche —nos dijo— iba a un social. Para quien no esté metido en este mundillo: un baile social de salsa y bachata es una especie de quedada informal donde la gente se reúne para bailar, practicar, conocer a otros aficionados, sin más pretensión que pasarlo bien. Nada de coreografías ensayadas ni competiciones, solo música, ambiente y cuerpos que se buscan y se siguen en la pista. Un ritual de energía compartida.

Nos invitó a ir con él. Fabiola y Eliana no podían. Yo, sin embargo, me apunté encantada. Ya tenía una cena con mi amigo Rubén, también conocido —para los que me rodean— como «el mago». Fue él quien me puso el mote de *Pelirrara*, y aún bromea con que algún día lo va a patentar, como si eso le fuera a dar algún tipo de derecho sobre mí. *Spoiler*: no. Con Rubén me une una amistad sólida, divertida y sin malentendidos, así que sabía que no habría problema si después me escapaba al social.

Y sí, lo admito: la idea de estar con Rober allí, solos, bajo las luces tenues, rodeados de música y piel en movimiento… era prometedora. Muy prometedora.

Quedamos en eso, y al terminar de comer, cada uno se dirigió a su respectivo destino. Rober volvió a su casa, y yo llevé a Fabiola y Eliana a la estación de Renfe para que pudieran coger el tren de vuelta. En el coche seguimos hablando un poco más, entre

despedidas y risas. Me encantaba esa sensación de día redondo, de planes espontáneos que salen bien.

Después volví a la mía. Necesitaba un pequeño reseteo: una ducha tranquila, un ratito de sofá y mentalizarme para la doble cita de la noche. Porque sí, podríamos decir que lo de Rober era una cita, ¿no? No había velas, ni flores, ni reservas, pero había intención. Había expectativa. ¿Estáis de acuerdo? Yo lo sentía así.

La primera parte de la noche fue con Rubén. Quedamos para cenar en un restaurante del centro comercial. Al vernos, como siempre, le di un abrazo grande, de esos que duran un poquito más de la cuenta. Él, fiel a su estilo, me lo devolvió con los puños cerrados, casi como si quisiera zafarse del cariño. Pero yo ya me sé ese truco suyo: disimula, pone cara seria, se hace el tipo duro… pero me ama de manera incondicional. (Sí, Rubén, sé que vas a leer esto y me vas a escribir al respecto. Y, como siempre, lo vas a negar. Dirás que no es para tanto, que me invento cosas, que no hay pruebas… pero yo sé que tengo razón. Y por si no te lo digo lo suficiente: te quiero mucho, amigo).

Nuestra cena fue como todas las nuestras: cómoda, llena de bromas privadas, conversaciones que saltaban de lo superficial a lo profundo, sin transición, y esas miradas que solo se tienen con quien te conoce de verdad. Nos sentamos en nuestra mesa de siempre, y antes incluso de pedir, Rubén ya estaba levantando una ceja, con esa sonrisa torcida que anuncia que viene algún comentario con intención.

—A ver, Pelirrara... —empezó, mientras hojeaba el menú sin mirar realmente—. Cuéntame otra vez lo del asturiano, pero con detalles. Que lo que me mandaste por WhatsApp me supo a poco.

—¿Qué quieres que te cuente? ¿La comida o las miraditas?

—No te hagas la tonta, que eso no te queda. Ya sé que la comida estaba buena. Me interesa lo otro... El cachopo emocional.

Solté una carcajada y me llevé la carta a la cara para esconderme, como si pudiera ocultar el rubor que ya me subía.

—Rubén, no seas pesado. Si te lo conté todo… —dije, bajando la carta y mirándolo—. Bueno, casi todo.

—¡Ajá! Sabía yo que había más tela. —Apoyó los codos en la mesa, con cara de cotilla oficial—. ¿Y esta noche qué? ¿Lo vas a dejar todo en un perreo casual o hay plan de seducción con giro argumental?

—No hay plan. Vamos a bailar. Solo eso —mentí, malamente, porque ni yo me lo creía—. Además, sabes que esas cosas fluyen.

—Claro, claro. Fluyen. Como el ron con cola. —Me guiñó un ojo —. ¿Y ya has decidido si lo de ser madre va con o sin postre?

Le di un leve golpe en el brazo con la servilleta, entre risas.

—Eres idiota. Pero te quiero —dije, porque esas dos cosas, en Rubén, solían ir juntas.

Él sonrió, bajando la mirada un segundo, como si quisiera contener la ternura.

—Y yo a ti, aunque me lo pongas difícil con tanto bailarín con sonrisa de catálogo. Negaré siempre lo que acabo de decir, y lo sabes.

Después de pedir, y ya con las bebidas en la mesa, cambiamos de tema —como hacíamos siempre, sin aviso ni transición— y me preguntó por el trabajo, por los últimos líos con los proyectos.

—¿Y tú? —le pregunté después de soltar mis quejas del día—. ¿Algún *match* interesante últimamente?

Rubén, sin decir nada, sacó el móvil, lo desbloqueó y me lo pasó con el Tinder abierto.

—Toma. Juega tú. Hoy delego.

—¿Seguro? Que luego no quiero dramas si te emparejo con una astróloga vegana que lee el aura de los gatos.

—Bah, peor que la última no creo que puedas hacerlo.

Y así estuvimos un buen rato: deslizando perfiles, comentando fotos, inventando biografías y haciendo chistes internos que solo

tenían sentido para nosotros. Era un ritual, casi terapéutico. Uno de esos que te hacen sentir que hay vínculos que no necesitan nada más para seguir vivos.

—¿Sabes qué me gusta de nosotros? —le dije en un momento, sin levantar la vista del móvil—. Que da igual el tiempo que pase o lo que estemos viviendo fuera, siempre volvemos al mismo punto. Como si no hiciera falta volver a empezar.

Rubén me miró en silencio unos segundos, y luego, sin cambiar su expresión, dijo:

—Es que no hay que volver a empezar si nunca se ha acabado.

Y eso, lo juro, me lo dijo con la boca llena de croquetas. Pero, aun así, fue uno de los momentos más bonitos de la noche.

Tras terminar la cena, nos despedimos con otro abrazo. Este un poco más largo, pero igual de disimulado por su parte. Su forma de rodearme con los brazos era casi profesional: rápido, sin mucho contacto visual, como si no quisiera que se notara lo que en realidad estaba ahí. Pero yo lo sentí. Ese abrazo tenía historia. De esas que no se cuentan, pero que se quedan en el cuerpo. Le prometí que lo llamaría pronto, y él hizo como que no le importaba… levantando una ceja, encogiéndose de hombros, ya sabéis. El clásico «haz lo que quieras» de Rubén, que en realidad quiere decir «por favor, hazlo».

Y entonces, con el corazón calentito de cariño y la piel lista para bailar, me dirigí hacia el social.

El trayecto en coche fue como una especie de transición emocional. Había algo casi simbólico en ese momento: dejar atrás la cena con Rubén —cómoda, conocida, profundamente segura— y avanzar hacia lo incierto, hacia esa noche de música, de cuerpos que se mueven cerca y de miradas que ya venían cargadas desde hacía días.

No sabía exactamente qué iba a pasar, pero sí sabía que quería estar allí. Con Rober. Bailando. Jugando. Viendo hasta dónde llegaba esa electricidad que ya no se podía esconder.

En el asiento del coche, con las ventanillas medio bajadas y la música sonando bajito, me sorprendí repasando cada pequeño gesto de los últimos días. Sus manos al marcar los pasos, sus bromas con doble fondo, esa forma suya de mirarme como si estuviéramos compartiendo un secreto constante. Pensé en cómo no se había echado atrás cuando le hablé de mi proyecto de maternidad.

Y pensé también en mí. En cómo me sentía ahora. Libre. Clara. Sin necesidad de convencer a nadie ni de disfrazar mis intenciones. No estaba esperando nada de nadie, pero sí dispuesta a recibir lo que viniera. Si era juego, lo jugaría. Si era deseo, lo abrazaría. Si era solo una noche de baile... que fuera una noche de las buenas.

Aparqué cerca del local, me miré en el retrovisor y respiré hondo. Mi piel ya no solo estaba lista para bailar. Estaba viva, alerta, con ganas.

Y allí, en ese pequeño silencio antes de cruzar la puerta, supe que estaba justo donde quería estar.

CAPÍTULO 11

Entré con ganas, una sonrisa en los labios, y no lo voy a negar: una sensación de cosquilleo me recorría la piel como una caricia invisible, de esas que erizan no por lo que tocan, sino por lo que anticipan.

Había algo en el aire que me hablaba de posibilidad. De juego. De deseo.

Ese cosquilleo particular que solo aparece cuando una no sabe exactamente qué puede esperar de la noche, pero se permite desearlo todo.

Esa inquietud dulce que acompaña las primeras veces. Las primeras citas. Los primeros silencios compartidos.

La música ya se oía desde fuera, grave y envolvente, como un latido. La pista estaba llena. No saturada, pero sí viva. Parejas giraban, se deslizaban, reían, seguían los pasos de una pequeña masterclass. Una rutina de bachata sencilla, con un toque sensual.

Mis ojos buscaron entre las siluetas, entre las luces móviles, entre los cuerpos que se movían como si fueran parte de una misma coreografía sin ensayar. Y entonces lo vi.

Allí estaba Roberto.

En medio de la pista, con el rostro concentrado pero sonriente. Los ojos fijos en el profesor que marcaba los pasos, pero el cuerpo ya empezando a fluir por cuenta propia. Movía los pies con precisión, con ese ritmo suyo que nunca parecía aprendido, sino natural. Los brazos acompasaban la secuencia con soltura. La camiseta le quedaba ajustada en los hombros, y había algo en su postura que irradiaba seguridad sin soberbia.

Estaba disfrutando. Se le notaba en la expresión. En la forma en que se dejaba llevar por el ritmo, sin miedo al error. En la sonrisa leve que se le escapaba cada vez que se miraba los pies y volvía a centrarse.

Me quedé un momento ahí, sin moverme. Como si todo lo demás hubiera quedado en pausa.

Había algo profundamente atractivo en verlo así, sin saber que estaba siendo observado. Sin el juego de las miradas, sin el filtro de la conversación. Solo él, bailando.

Y fue entonces cuando me di cuenta de algo tonto, pero cierto: me gustaba verlo feliz.

No solo porque me atrajera o porque se notara que sabía mover el cuerpo… Sino porque me gustaba verlo en su elemento. Cómodo. Presente. Pleno.

Y en ese momento, me sentí un poco afortunada. Por estar ahí. Por haber venido.

Por tener la oportunidad de entrar en una noche que aún no sabía qué me iba a regalar… pero que ya empezaba a brillar con promesa.

Me dirigí a un lateral de la sala, buscando una silla libre cerca de la pista. Apoyé la mochila con cuidado, me alisé la ropa con un gesto casi automático, como queriendo asegurarme de que todo estaba en su sitio. Por fuera. Porque por dentro, la sensación era otra: ese pequeño torbellino de emoción que me decía que algo podía pasar. Que algo *quería* pasar.

Y yo… yo estaba lista.

O al menos, dispuesta.

La masterclass terminó, la gente seguía riendo y se abrazaba, dando las gracias a compañeros y compañeras, así como al profesor que había animado el momento.

La mayoría acudieron a la barra, o a sus zonas de descanso, en el cual les esperaba una bebida fresca que les ayudara con el calor

intenso que había en el ambiente.

Yo seguía mirando a Rober, disfrutando sin disimulo. Me gustaba cómo se movía, cómo se entregaba al ritmo sin necesidad de llamar la atención. Había algo en su forma de bailar que combinaba precisión y disfrute, como si lo hubiera aprendido con el cuerpo antes que con la cabeza.

Y me gustaba, sí. Mucho. Y no iba a fingir lo contrario.

Cuando por fin me vio, noté el cambio en su rostro. La sonrisa se le ensanchó de golpe, como si mi presencia le encajara justo donde la noche lo necesitaba.

Lo sostuve con la mirada. Directa. Tranquila. Con esa mezcla de curiosidad y certeza que aparece cuando una sabe exactamente qué está haciendo ahí.

Nos sonreímos. Cómplices.

Él dejó su sitio en la pista y cruzó el espacio entre la gente con paso firme, sin titubeos. Se acercó hasta mí como quien llega donde quiere estar, no por casualidad, sino por elección.

—Has llegado —dijo, mirándome con esa media sonrisa suya que ya casi se había convertido en rutina entre nosotros.

—Claro que sí —respondí, segura, como si fuera evidente—. No iba a perdérmelo. Ya te dije que había venido otras veces a este sitio, con los del grupo el curso pasado… y con Tamy, por supuesto.

Incliné ligeramente la cabeza, dejando que mi voz se deslizara con naturalidad.

No era excusa, era dato. No venía a impresionarlo. Venía porque me apetecía. Porque sabía que la noche tenía posibilidades, y estaba aquí para vivirlas.

—¿Sabías que Tamy conoce al dueño? —añadí con una sonrisa, abriendo conversación, pero también midiendo su reacción, su forma de recoger mis palabras.

La frase no era casual. Quería marcar ritmo. Hablar sin rodeos, sin andarme por las ramas. Yo no necesitaba llenar el aire de

silencios incómodos ni inventarme timidez donde no la había. Sabía quién era. Sabía por qué estaba allí. Y sabía lo que podía pasar si las piezas encajaban.

Rober se colocó frente a mí, sin invadir, pero presente. Su mirada no se apartaba de la mía, y en ese cruce había algo más que simpatía. Había intención. Curiosidad. Un juego que ya estaba en marcha.

—No lo sabía —dijo, cruzándose de brazos con gesto relajado—. Pero encaja. Tamy tiene ese poder… siempre acaba abriendo puertas.

—Las que hacen falta —respondí, divertida—. Y si no, las empuja. A veces con la cadera, a veces con la risa.

Él rio, esa risa suya tan de pecho. No fingida. Sonaba como si le arrancara el aire sin querer.

—Ya te veo a ti haciendo lo mismo —añadió, con tono insinuante —. Tienes ese aire de saber exactamente por dónde vas a entrar… incluso cuando nadie ha abierto la puerta.

Lo miré de frente. Directa. Con los labios apenas curvados.

—No suelo esperar a que nadie me abra nada —dije, sin pestañear—. Si quiero estar, entro.

Hubo un silencio. De esos que no incomodan. Que más bien encienden.

Y su sonrisa, esta vez, fue más lenta. Casi respetuosa. Como quien reconoce que acaba de perder el turno, pero ha ganado el interés.

—Eso me gusta —dijo en voz más baja.

—A mí también —respondí, sin especificar si me refería a él, a la noche o al simple hecho de decir las cosas sin rodeos.

Ambos sabíamos que ya no había marcha atrás.

La conversación era solo el prólogo.

Lo que venía después… eso, sí que iba a bailarse.

Y como no habíamos ido allí a hablar —o al menos, no *solo* a ello —, la conversación dio paso al ritmo. Nos miramos, sonreímos con ese brillo en los ojos que ya no necesitaba traducción, y sin decir una palabra más, nos dejamos llevar por la música.

Empezamos a bailar. Bachata primero, luego salsa. No éramos expertos, ni falta que hacía. No hacíamos figuras complicadas ni nos lucíamos con florituras innecesarias. Pero había algo en cómo encajaban nuestros cuerpos, en cómo fluían los movimientos, que hacía que todo pareciera más fácil de lo que era.

Rober guiaba muy bien. Tenía una firmeza tranquila en sus manos, una claridad en los movimientos que me daba confianza.

Y yo me dejaba guiar. Siempre lo hacía. Nunca he sido de esas que marcan pasos en solitario ni de las que bailan para ser vistas. Yo bailo en conexión. Para compartir. Para entregarme un rato.

Y con él, eso salía solo.

Nos reíamos mucho. Cada pequeño error se convertía en broma, cada paso mal dado en una excusa para rozarnos sin culpa.

La pista era una mezcla de cuerpos en movimiento, abanicos improvisados, risas sueltas, pero entre tanta gente, nosotros teníamos nuestro propio espacio. No físico, sino ese otro más sutil que se crea cuando alguien te sigue y tú confías en el destino del giro.

—Oye, que al final bailamos bastante bien juntos —me dijo entre canción y canción.

—Claro que sí —respondí, con ese tono entre reto y verdad que tanto me gustaba sacar a relucir—. Si me llevas bien, yo voy donde haga falta.

—Donde haga falta, ¿eh? —dijo alzando una ceja, divertido.

—No te emociones… hablaba del baile. —Le guiñé un ojo, empujándole ligeramente el pecho con la mano.

—Mira que no he dicho nada… tú solita te has delatado.

Seguimos bailando algunas canciones más. Salsa, sobre todo. Esa era *mi* música. La que me atraviesa, me empuja, me eleva.

Y él me acompañaba como si lo supiera. No me soltaba a mitad de giro, no apretaba más de la cuenta. Me sostenía justo donde debía. Me dejaba moverme sin soltar el control. Y eso… eso era una rareza maravillosa.

En algún momento, entre una salsa rápida y otra algo más cadenciosa, Rober se pasó la mano por la nuca y frunció el ceño con una mueca exagerada.

—Dios… qué calor hace aquí dentro. Parecemos langostinos en una olla.

—Te estás cocinando —le dije, riendo.

—Literal. Voy a salir a tomar el aire un momento. ¿Vienes?

No lo pensé demasiado. Aunque, para ser sincera, ya lo había previsto. No tenía muy claro si lo decía como excusa para ver si yo me sumaba —diría que sí, que había intención—, pero tampoco me importaba.

Yo tampoco iba a perder la oportunidad.

—Obviamente —respondí, ya dándome la vuelta para abrirnos paso entre la gente.

Él me siguió, riendo bajito, como si esperara esa respuesta.

Salimos del local y el aire fresco de fuera nos recibió como un regalo. No hacía frío, pero bastó una brisa para que todo el cuerpo respirara distinto.

Nos quedamos junto a la pared, en una zona con menos ruido, algo apartada. Él respiraba hondo, se estiraba la camiseta con ambas manos como queriendo despegarla del pecho.

—¿Mejor? —le pregunté.

—Un poco. Aunque contigo tan cerca, lo del calor no mejora.

Lo miré de reojo, divertida.

—Ah, ¿así jugamos ahora?

—¿Ahora? Yo llevo jugando desde que llegaste —respondió, sin vergüenza, pero con los ojos puestos en los míos.

Le aguanté la mirada. Tranquila. Segura.

Que me lo diga. Que se atreva. Que vea que yo también estoy aquí por algo más que una noche de baile.

—Pues entonces será mejor que sigamos bailando… no vaya a ser que se te enfríen las intenciones —le dije, dándole un empujoncito con el hombro.

Él rio. Y esa risa, esa risa que me encanta, llenó el silencio de la calle como si fuera música también.

La noche estaba aún en ebullición. Y lo mejor, lo sabíamos los dos, no era la coreografía. Era la tensión. Esa que no se ensaya. Esa que te arrastra.

Él se apoyó en un coche aparcado junto a la acera, con el cuerpo relajado, los brazos cruzados y esa media sonrisa que ya me conocía de memoria.

No decía nada, pero tampoco hacía falta. Su lenguaje era otro. La forma en que se acomodaba. La manera en que me miraba. Esa mezcla peligrosa de calma aparente y electricidad debajo de la piel.

Yo no dudé.

Me acerqué despacio, sin prisas, pero con paso firme, y me coloqué justo frente a él.

Cerca. Muy cerca. Lo suficiente como para que notara el calor de mi cuerpo. Lo suficiente como para que supiera que no era casual. Que, si estaba ahí, era porque quería estar. Porque había algo en el aire que invitaba a jugar. Y yo no pensaba ignorarlo.

Él bajó la mirada un instante, de mis ojos a mi boca, y volvió a subir con lentitud.

—Así que sí has venido con intenciones —dijo, en voz baja, casi como si hablara solo.

—¿Y tú no? —respondí, alzando una ceja, con una sonrisa que no dejaba espacio para falsas inocencias.

Se encogió de hombros, ladeando la cabeza.

—Yo… vine a bailar.

—¿Solo a eso?

—Vale… y a ver qué pasaba.

Me acerqué un poco más. Apoyé las manos suavemente en su pecho, sin empujar, sin invadir. Solo tocando. Midiendo la distancia.

Sus músculos estaban tensos bajo la camiseta, como si el cuerpo hablara antes que la boca.

—¿Y ahora qué está pasando? —pregunté.

Él me miró sin parpadear. Sus ojos, oscuros, se clavaron en los míos con una intensidad que no tenía nada de casual. No se movió. No dijo nada durante unos segundos. Solo respiró. Como si estuviera calibrando. O reteniéndose.

—Ahora —dijo al fin, con una voz grave, casi ronca— estás peligrosamente cerca.

—¿Y eso es un problema?

—Eso es… un reto.

Le sonreí. Tranquila. Con esa seguridad que te da el saber que el juego lo empezaste tú, pero que también sabes cómo seguirlo.

—No me asustan los retos, Rober.

—Ya me he dado cuenta.

Se inclinó un poco, solo un poco, como si su cuerpo quisiera acercarse sin pedir permiso, pero también sin arrollar. Y yo no me moví. No retrocedí. Al contrario: elevé el mentón apenas unos milímetros, como quien dice *aquí estoy*. Porque lo estaba. Y no iba a fingir lo contrario.

La noche seguía palpitando alrededor. Voces lejanas, música apagada detrás de la puerta, una moto pasando por la calle sin prestarnos atención.

Pero nada de eso importaba. Solo estábamos él y yo. El coche. La cercanía. Y ese espacio mínimo entre nuestras bocas que ya no

tardaría en desaparecer.

CAPÍTULO 12

Él se inclinó un poco más, lo justo para que su aliento rozara mi rostro, y yo no me moví. No necesitaba señales ni permiso. Solo cerrar los ojos un instante y dejar que el cuerpo hablara.

Y lo hizo.

Nuestros labios se encontraron como si lo hubieran ensayado antes, como si lleváramos semanas —meses, quizás— danzando hacia ese momento sin saberlo. No fue un beso torpe, ni impulsivo. Fue lento. Decidido. Con ese tipo de pausa que dice: *quiero saber cómo sabe esto*. Sus labios eran cálidos. Suaves. Me besó con intención, pero sin apuro. Sin prisa por llegar a nada. Solo habitando el instante.

Yo respondí sin miedo. Me dejé besar. Le correspondí. Acaricié la nuca con la punta de los dedos, sin apretar, solo marcando presencia.

Nos estábamos descubriendo. Con la boca. Con la piel. Con el ritmo acompasado de quien baila, incluso cuando no hay música.

Y entonces, justo cuando el beso empezaba a profundizar, él se separó apenas unos centímetros. Me miró con los ojos entrecerrados, todavía demasiado cerca como para volver a pensar.

—Es raro… —murmuró, como si hablara consigo mismo más que conmigo—. Sabes salado.

Lo miré, sorprendida. No por el beso. Si no por esa frase. Tan inesperada. Tan suya.

—¿Salado? —pregunté, entre la risa y la incredulidad—. ¿Eso es bueno o malo?

—No lo sé… —respondió, con una sonrisa ladeada, divertida, pero sincera—. Como si te hubieras bañado en mar y luego te hubieras venido a bailar.

Reí. Me salió natural, desde dentro, sin filtro.

—Pues no me he bañado en el mar hoy, pero... bailando sí que me he dejado la piel. Así que puede ser sudor. Lo siento, guapo, no vengo con azúcar de fábrica.

Se quedó mirándome, como si quisiera memorizarme. Como si ese sabor que acababa de probar lo hubiera descolocado un poco. Y entonces, sin que hiciera falta invitarlo, volvió a besarme.

Esta vez con más intención. Más cuerpo. Más deseo contenido en los labios. Ya no era un beso de tanteo. Era una afirmación. Una especie de «esto es real y lo quiero».

Y yo le respondí con la misma convicción. No lo dudé. Le seguí el ritmo, le marqué el pulso, le entregué el mismo fuego.

Porque lo deseaba. Porque me gustaba. Porque entre nosotros había algo que no necesitaba explicación: se sentía. Se encendía solo.

Nos besamos un rato largo, sin testigos, sin urgencias, sin disfraz.

Solo los dos, ahí, bajo la luz naranja de la farola más cercana, con la brisa de la noche rozándonos la espalda sudada después de tanto bailar.

Y entonces, como la primera vez, se separó.

Pero esta vez fue más lento. Más medido. Como si se obligara a hacerlo.

—Sigue siendo raro —dijo en voz baja, con una expresión casi intrigada—. Salado.

Me pasé la lengua por los labios. No sabía qué decir. ¿Salado? ¿Otra vez?

No lo decía como un reproche, pero ya no me hacía gracia. Me incomodó. Me descolocó un poco más de la cuenta. Era ese tipo de comentarios que se te quedan pegados sin saber por qué.

No era la palabra. Era el lugar en el que caía. Después de tanto calor. De tanto deseo. Decir «salado» sonaba como una señal de que algo no cuadraba.

—Será por el sudor. Hace calor aquí fuera, y más dentro. Bailamos como si nos pagaran —respondí, intentando mantener la ligereza.

Él sonrió, pero ya no con esa chispa traviesa. Había algo más. Una pausa. Entonces lo dijo.

—Jenn… quiero contarte algo antes de que esto siga.

Me giré un poco, sin apartarme, pero marcando atención.

—Te escucho.

—No tengo pareja —empezó—. Ni promesas hechas. Pero me estoy viendo con una chica. Nada serio. Sin planes. Pero no hemos terminado del todo. No se ha hablado. No se ha cerrado. Y si esto contigo va a pasar… quiero hacerlo bien. Con respeto. No puedo estar con dos personas a la vez. No sé vivirlo así.

Yo no dije nada de inmediato.

Ni me alejé, ni me ofendí.

Solo lo observé. Dejé que sus palabras se asentaran. Y lo entendí. De verdad.

Pero igual me sorprendió. Porque no lo esperaba. Porque yo no estaba jugando a eso. Porque no me hacía falta que me ofrecieran nada cerrado para meterme en la piel de alguien.

Yo no pedía promesas.

Yo buscaba fuego.

—Entonces… ¿quieres exclusividad? —pregunté con suavidad, sin juicio.

Él asintió.

—Sí. Si esto va a continuar, necesito que sea contigo. Solo contigo. Aunque aún no sepamos bien qué es. Pero así soy yo. No puedo probar y decidir después. Si empiezo… empiezo de verdad.

Suspiré bajito. No por tristeza. Por el giro inesperado.

Porque yo no había venido con esa intención. No buscaba exclusividad. Ni flores. Ni certezas.

Solo quería sudar, reír, rozar bocas, enredarme un rato. Y a ser posible, repetir si había química. Y con él, la química era brutal.

Pero en mi cabeza había otros planes también. Él ya sabía, por la conversación de esa misma mañana, en qué momento personal me encontraba… aun así, quería continuar, con exclusividad. Me pareció algo extraño, pero no imposible.

Y, por otro lado, también tenía otros planes, unos que no le correspondían, pero que existían, dado que el siguiente fin de semana ya estaba hablado, reservado, medio fantaseado… con un amigo. Y no, no íbamos a ver una película. Ni a repasar el diccionario. Era piel. Cama. Deseo pactado y sin culpas.

Y ahí estaba yo. Mirando a Rober, sintiendo cómo mi cuerpo seguía pidiéndole más, pero también cómo algo en mí se abría a otra posibilidad.

¿Y si esto era diferente? ¿Y si merecía intentarlo?

—Está bien —le dije, al fin, con voz clara y firme—. Si eso necesitas para estar tranquilo, te lo concedo. Exclusividad.

Él me miró con los ojos encendidos. Sinceros. No se lo esperaba. Me cogió la mano con suavidad. Me acercó otra vez. No para besarme. Solo para estar. Para sellar el acuerdo con la mirada.

Yo sonreí también.

Y por dentro… pensé lo contrario.

Adiós, amigo de fin de semana.

Adiós, polvo pactado con antelación.

Hola, vínculo inesperado con sabor salado y mirada intensa.

Hola, curiosidad peligrosa que me pone más nerviosa de lo que admito.

No era lo que quería.

Pero me gustaba demasiado lo que sentía. Y, aunque no lo dijera, ya había decidido jugar esta partida.

No con garantías. Pero con ganas. Y eso, a veces, es más que suficiente.

CAPÍTULO 13

La noche siguió su curso después de aquella conversación bajo la luz de la farola, con los labios todavía tibios del último beso y un deseo sin destino definido.

Volvimos a entrar al local como quien regresa a un lugar conocido pero transformado. No éramos los mismos que habíamos salido minutos antes.

Había algo más. O tal vez… algo menos.

Dentro, la música seguía vibrando, y el calor humano seguía acumulado en cada esquina. Bailamos un par de canciones más. Salsa, claro. Que era como hablar en nuestro idioma común. Y aunque los cuerpos se seguían buscando, rozando, provocando con cada giro y cada pausa… sabíamos que de ahí no iba a pasar.

Lo dejó claro.

—No me acuesto con alguien la primera noche —dijo, con voz suave, pero firme.

Me giré hacia él en pleno paso lateral, con media ceja alzada.

—Ah, ¿no? Vaya, con lo bien que ibas —bromeé, sin perder la sonrisa.

—Me gusta conocer bien a una persona antes de dar ese paso.

—Pues yo creo que también se puede conocer a alguien en la cama —le solté, sin vergüenza, sin filtro.

Él rio, encogiéndose de hombros.

—Puede ser. Pero yo necesito otro tipo de conexión antes.

No insistí. Pero tampoco fingí indiferencia. No iba a negar que lo decía con toda la intención del mundo. Yo quería mi noche de pasión.

De desenfreno. De sudor entre sábanas, no solo en la pista. Y él, con sus besos y sus caricias sutiles, ya había calentado el horno. Pero al final… se negó a meter el pan.

Cuando terminó la última canción, nos acercamos a la puerta. Me besó una vez más.

Un beso salado —sí, todavía no entendía lo de mi sabor— y se despidió como si no le estuviera dejando una mujer en combustión.

Cada uno se fue hacia su coche.

No sé él, pero yo tenía claro que esa noche necesitaba sacarme la tensión del cuerpo. Y si él no iba a ayudarme… pues ya me encargaría yo.

El trayecto de vuelta a casa fue corto, pero lo suficiente como para que la adrenalina me bajara y diera paso a la frustración. Y por supuesto, no faltó quien supiera exactamente cuándo aparecer.

Mi querido Rubén, el mago, me escribió nada más ver que estaba en línea.

Rubén mago:

¿Y bien?
¿Ya estás ronroneando?

Jenn:

Qué va.
Ni gatito, ni lince.
Me he venido a casa con todo el fuego dentro.

Rubén mago:

¡¿Cómo que nada?!
Pero si llevabais días bailando

entre llamas, tía.

Jenn:

Pues sí.
Pero él es de los de «conexión emocional antes de la física».
Spoiler: me dejó con las ganas.

La carcajada que escribió fue casi sonora. Pude oírla en mi cabeza. El muy condenado se rio un buen rato.

Rubén mago:

Perdona que me ría, pero…
¡Tú, la reina de la lujuria estratégica,
frenada en seco! Esto hay que enmarcarlo.
Ya me cae bien.
Es otro que no ha sucumbido a tus encantos.

Jenn:

Eres idiota.
Pero sí, me lo merezco.
Si me lo cuentan, también me reiría yo.

Y no le guardé rencor. Porque sabía que, en el fondo, tenía razón. Desde fuera, era gracioso. Menos para mí, claro.

A la mañana siguiente, el móvil sonó temprano.

Era él.

—¿Estás despierta? —preguntó, con esa voz entre tímida y confiada que me desconcertaba.

—Lo justo para no gruñir. ¿Qué pasa?

—Quedé hoy con unos amigos para comer fuera de Madrid. Me gustaría que vinieras conmigo.

—¿Un plan con amigos? —pregunté, aún desde la almohada.

—Sí. Nada formal. Una comida. ¿Te apetece?

—Me apetece —respondí sin dudar.

Siempre he sido de apuntarme a un bombardeo si hay buena compañía.

A mí me sueltas en cualquier sitio y acabo hablando hasta con las piedras. Lo sabéis. Ya os lo dije.

Lo que no me esperaba… era lo que me encontré al llegar.

En mi cabeza, el plan implicaba un grupo amplio. Una reunión informal de colegas: risas, bebidas, alguna barbacoa, gente por todas partes.

Pero lo que encontré fue otra cosa. Una casa de campo preciosa, sí… pero en ella, solo una pareja, dueños del lugar, y sus dos hijos. Uno de ellos, un bebé de meses.

Me quedé en el umbral de la entrada como si me hubieran cambiado el guion.

—¿Solo somos nosotros? —pregunté en voz baja, cuando me quedé a solas con Rober en la cocina.

—Sí. Bueno, ellos dos son muy amigos míos. Son familia, casi.

Asentí. Pero lo que pensé fue: Esto no es una comida de grupo. Esto es una presentación.

Y eso sí que no lo vi venir.

Me sentí como la «chica que se está conociendo con Rober», presentada ante amigos con bebé en brazos y café en tazas de cerámica artesanal.

Una escena doméstica. Íntima. Familiar.

Y yo con mis uñas recién pintadas y mi cabeza aún dando vueltas por la noche anterior.

Pero me adapté. Como siempre.

La anfitriona era encantadora, y pronto nos sentamos a charlar largo y tendido. Ella acababa de ser madre y, entre pañales y cucharitas, salió el tema de que yo también esperaba serlo pronto.

No lo oculté. ¿Por qué habría de hacerlo?

No supe si lo dije con demasiada naturalidad, pero ahí quedó.

Ella se mostró muy interesada, preguntó, escuchó, incluso compartió anécdotas.

Hubo una mirada fugaz hacia Rober, eso sí. De esas que dicen: «¿esto lo sabíamos?».

Pero él no pareció incómodo. Al contrario, parecía observarlo todo como quien mira una escena que le gusta sin necesidad de intervenir.

La comida fue buena, abundante. Entre platos, conversaciones y risas, el día se nos pasó sin darnos cuenta.

Cuando volvimos al coche, ya entrada la tarde, me senté con una sensación extraña. Había sido un buen día. Pero no lo que esperaba.

—Oye —le dije mientras él arrancaba—. Al principio me chocó un poco. Pensaba que íbamos a ser más gente. Me imaginaba otra cosa.

—Ya lo sé. Te debería haber dicho que era más íntimo. Pero… ¿te sentiste incómoda?

—Para nada —respondí sincera—. Tus amigos son majísimos. Ella me cayó genial. Solo que fue como… un salto de nivel sin previo aviso.

Él sonrió.

—Otro día conocerás al resto del grupo. Ya verás.

Y sí, me gustó esa frase. No lo voy a negar. Me gustó la idea de un *otro día*.

Al llegar a casa, aparcó frente la puerta. Me besó con esa calma que ya reconocía en él. Y antes de que saliera del coche, me dejó una promesa.

—El próximo fin de semana… compenso lo de anoche.

Y yo sonreí. Porque ya estaba deseando saber en qué consistía exactamente esa compensación.

CAPÍTULO 14

La semana pasó volando. Entre el trabajo, los mil frentes abiertos y los pensamientos que no dejaban de rondarme, apenas tuve tiempo para detenerme. Pero, para qué negarlo, me vino bien. Estar ocupada siempre ha sido mi mejor refugio.

Hablé con mis amigos, entre ellos, aquel que os comenté con el que había quedado para «arder en llamas» un rato. Y le comenté la situación, y todo el cotilleo correspondiente, por supuesto, pues, ante todo, es un gran amigo.

Igualmente quedamos, el viernes íbamos a ir a casa de Nerea, a cenar y pasar un rato. Esa amiga con la que comenté todo el proceso de inseminación, tratamientos, madre soltera, etc.

Fuimos varios, Víctor, Adrián, Alba, Sonia… Estuvimos cenando y pasando un buen rato de risas, incluso jugamos con el Tinder de nuestro amigo Víctor, le cambiamos las fotos, la descripción y luego fuimos deslizando a izquierda o derecha, según nos pareciera, pero siempre en el buen sentido —como podéis ver, jugar con el Tinder de mis amigos es uno de mis mejores pasatiempos.

Se hizo tarde. Muy tarde. Y como siempre que se está bien, el tiempo se escurre. Algunos decidimos quedarnos a dormir. Víctor, Adrián y yo ocupamos las habitaciones disponibles. Yo tenía clase de baile por la mañana, así que irme a casa no tenía mucho sentido. Dormir allí, ganar un par de horas más de sueño y no conducir medio zombi al día siguiente, era la opción sensata. Además, Víctor y Adrián iban algo perjudicados y, para ser sincera, no me apetecía nada irme. No aún.

Nerea, en su línea, fue clara:

—Yo duermo sola. Pasad de compartir colchón conmigo, que ya me habéis dado la noche otras veces.

No hubo que insistir. Adrián ocupó una de las habitaciones libres. Roncaba como un motor gripado y nadie quería vérselas con su concierto nasal. Así que Víctor y yo acabamos en lo que cariñosamente llamábamos «la habitación del terror». El apodo no era gratuito: cuando Nerea compró la casa y fuimos a verla por primera vez, de ese cuarto sacamos una muñeca sin cabeza, un cuchillo oxidado y una caja con objetos que no debían pertenecer a este plano. Muy de peli de Antena 3 un sábado por la tarde.

Ya tumbados en el colchón —y tras revisar que no hubiera fantasmas nuevos—, nos pusimos a hablar. Evidentemente, salió el tema del fin de semana anterior. Víctor no podía evitar reírse cada vez que recordaba que me había ido «calentita» pero sola.

—¿Y qué, vais a volver a veros? —preguntó, con esa sonrisita suya de medio lado.

—Sí, hemos quedado mañana. Pero tranqui, esta vez solo arrumacos. He empezado la regla. —Le miré con intención—. Aunque me da en la nariz que no es de esos a los que eso les dé igual.

—¿Y si no aguanta la cercanía?

—Pues que se fastidie —dije entre dientes, riéndome—. Esta vez no voy a ser la única que duerma incómoda. Donde las dan...

Nos reímos un rato más, hasta que el sueño nos fue venciendo.

Dormí poco, pero desperté con ganas. Me vestí, y con Víctor nos fuimos a comprar algo para el desayuno. De vuelta en casa de Nerea, entre cafés e infusiones, tostadas, bollos y conversaciones medio dormidas, acabé despidiéndome con prisa. Tocaba clase de baile, y aunque el cuerpo pedía cama, la emoción me empujaba a salir.

Al llegar al polideportivo, Tamy y Carlos ya estaban en la puerta, charlando con algunos compañeros. El sol aún peleaba por hacerse

hueco entre las nubes. Me sentía guapa. Hormonal. Viva. Ese día había optado por un body negro con escote discreto, una falda con vuelo, medias de color granate y mis inseparables Converse negras. Me miré en el reflejo de una cristalera y me gusté. No era vanidad. Era reconocimiento.

Tamy lo notó enseguida. Se acercó con una sonrisa ladeada y esa mirada que atraviesa cualquier intento de disimulo.

—Hoy vienes arreglada, ¿eh? Tú que, normalmente, pareces recién salida de una excursión de montaña.

—Hoy alguien se va a arrepentir de no haber aprovechado el finde pasado. —Le guiñé un ojo, divertida.

—Pues tu *caballero* acaba de llegar —susurró señalando hacia el aparcamiento—. Montado en su corcel rojo.

Me eché a reír. Qué manera de dramatizar tiene esta mujer.

Rober se acercó con paso tranquilo.

—Buenos días. ¿Aquí hay reunión secreta o puedo unirme?

—Ya íbamos a entrar —le respondí, sonriendo.

Se inclinó ligeramente hacia mí, bajando la voz:

—Vas muy guapa hoy.

—Siempre, chato —le dije, sin perder el tono cómplice.

La clase transcurrió con normalidad —dentro de lo que cabe—, lo mejor a destacar fue la asignación de la canción que nos puso Tamy, y me dijo que era referencia a nosotros, *Yo no sé mañana* de Luis Enrique. Mientras sonaba la música, me miraba sin disimulo, y cantaba el estribillo a voz en grito. Rodeada de risas y miradas cómplices, las clases terminaron y como siempre nos quedamos a tomar algo en el restaurante del polideportivo.

Esta vez, Rober no le pidió a nadie que le cambiara el sitio, pues se sentó directamente a mi lado. Como si ya fuera su lugar natural.

Fuimos quedando menos. Al final solo estábamos Carlos, Tamy, Rober y yo. Él les hablaba de Rumanía, pues ellos se iban de viaje al

día siguiente. Habló del Monte Tampa, de la ciudad de Braşov, del castillo de Peleş. Sacó el móvil, enseñó fotos, recomendó rutas. Tamy apuntaba todo en una libreta como si fuera una lista de la compra emocional.

—Tenéis que subir al monte Tampa —dijo Rober, apoyando el codo en la mesa mientras deslizaba una foto en su galería—. Mirad esta vista. Parece una postal, pero real. Desde arriba se ve toda la ciudad, es brutal.

—¿Se sube andando? —preguntó Carlos, que ya parecía hacer cálculos logísticos en su cabeza.

—Hay dos formas —explicó Rober—: por el sendero, que es una subida con bastantes curvas, o en teleférico. Pero os recomiendo subir a pie si os veis con fuerzas. Son unos cuarenta minutos. Luego bajáis en el funicular, y así vivís las dos versiones.

—A mí eso me lo dices como si no fuera a morir en el intento —bufó Tamy, riendo mientras tomaba nota en su libreta—. Subir andando, dice el poeta.

Habló de varios lugares y les enseñó fotos de los sitios, también les comentó sobre la locura que es la ciudad de Bucarest, los contrastes, lo mal que conduce la gente…

—¿Y qué más? ¿Algún sitio que no salga en las guías? —preguntó Carlos.

—Sí. Tenéis que visitar Râşnov —añadió Rober—. Hay una ciudadela medieval que está bastante bien conservada, y las vistas desde ahí son una pasada. Además, cerca de allí está el castillo de Bran, el famoso castillo de Drácula, aunque aviso: es turístico a más no poder. Bonito, sí, pero lleno de gente.

—¿Y comida? —pregunté yo, porque prioridades—. Que a estos dos les encanta patear, pero yo quiero saber qué se come allí.

Rober se rio.

—Preparad el estómago. Allí se come mucho y bien: sopas, carnes especiadas, y el papanasi, que es como una especie de donut con queso y mermelada... una bomba. Pero deliciosa.

—¿Papanaqué? —preguntó Tamy, estallando en risa.

—Papanasi. Lo probáis y luego me escribís para darme las gracias —comentó, alzando la ceja con gesto orgulloso.

—Apuntado —dijo Carlos, mientras Tamy seguía con el boli como si fuera la secretaria oficial del viaje.

—Me encanta cómo lo cuentas —expuse, apoyando el mentón en la mano y mirándole de lado—. Te pones todo serio y viajero. A ti se te da bien eso de guiar.

—Bueno, cuando algo me gusta, me sale solo —dijo él, y por un segundo, me sostuvo la mirada más tiempo del necesario.

Ese momento se quedó flotando en el aire, como una promesa sin pronunciar. Luego, como si el hechizo se rompiera suavemente, Tamy cerró su libreta con un golpecito decidido.

—¡Pues nos vamos a Rumanía con los deberes hechos! Gracias, guía turístico.

—De nada, señora —dijo Rober.

Cuando ellos se despidieron para terminar de preparar maletas, Rober se giró hacia mí.

—¿Te apetece venir a mi casa un rato?

Le sostuve la mirada. No lo dudé. Dije que sí. Ya tenía la maleta preparada, por si acaso. No porque esperara nada, sino porque deseaba seguir ahí, en ese hilo fino que nos unía y que, de alguna forma, empezaba a tensarse.

Y así, con la maleta en el maletero y el pulso un poco acelerado, puse rumbo a una noche que aún no sabía qué traería.

Pero tenía claro que, al menos esta vez, no pensaba marcharme igual que llegué.

Llegar a su casa fue una pequeña odisea de ciudad. Dimos varias vueltas por la zona, una de esas donde encontrar aparcamiento es como ganar la lotería. Acabamos encontrando un hueco medio milagroso entre dos furgonetas. Me reí cuando lo logró, como si ese

hueco fuera una señal de que esa noche, de algún modo, encajaba todo.

Subimos en silencio, uno de esos silencios cómodos que no pesan. Al entrar en casa, el sonido de disparos y voces robóticas nos recibió desde el salón. Su hermano estaba con los cascos puestos, absorto en un videojuego. No levantó la vista. Pulsaba los botones con una intensidad que me hizo reír por dentro.

—Es posible que se quede a dormir —dijo Rober en voz alta, sin mucha seguridad, como si no quisiera mojarse del todo.

Yo no dije nada. No hacía falta. Llevaba la bolsa de ropa colgando del hombro y una certeza incrustada en el cuerpo: me iba a quedar. Y él lo sabía, aunque no se atreviera a afirmarlo en voz alta.

Me enseñó brevemente la casa y fuimos a su habitación. Al abrir la puerta, había una gata blanca con manchas negras, que estaba tumbada sobre el edredón. En cuanto me vio, se levantó de un salto y salió huyendo.

—No le gustas —dijo él, cerrando la puerta detrás de mí.

—Normal, tiene competencia —respondí, quitándome la chaqueta y dejando la bolsa a un lado—. Aunque he de decir que es clavada a mi gato: blanco, negro, y con esa mirada de «te juzgo desde las alturas».

—¿Tienes gato?

—Y dos hurones. Y una perra —añadí con media sonrisa, como quien se sabe dueña de una pequeña manada.

—¿Y duermes con todos?

—Solo con los hurones —le expliqué, divertida—. Bueno, en realidad duermen conmigo en la habitación, pero dentro de su jaula. Uno de ellos tiene pinta de querer hincarme el diente en mitad de la noche, y no me fío ni un pelo.

Rober se rio, negando con la cabeza.

—Eres como un refugio de fauna salvaje con calefacción.

—Y muy buena conversación —rematé, guiñándole un ojo.

Nos pusimos el pijama después, cada uno a su ritmo, con esa torpeza suave que acompaña las primeras veces en un espacio íntimo. Él salió un momento para dejarme sola, y cuando volvió, yo ya estaba sentada sobre la cama, con el pelo recogido y el cuerpo relajado. Él traía puesta una camiseta holgada y unos pantalones de algodón. Nos miramos de reojo, como si nos estuviéramos redescubriendo en versión doméstica, y sin decir nada más, nos metimos bajo el edredón y nos acomodamos, espalda contra el cabecero, piernas estiradas, la televisión frente a nosotros encendida, con una película que, en teoría, íbamos a ver… pero desde el minuto uno quedó claro que iba a ser solo una excusa. Al principio nos sentamos de lado, aún midiendo las distancias, como si el cuerpo necesitara acostumbrarse al otro. Su mano rozaba la mía con esa intención lenta que no pide permiso, pero tampoco impone. Mi pierna tocaba la suya, apenas un roce, pero suficiente para encender el primer aviso.

—¿No decías tú que no ibas a acostarte con nadie hasta conocerte bien?

—¿Eso te dije? —replicó con una sonrisa ladeada, claramente pillado.

—Literalmente. Me acuerdo porque me reí por dentro… y ahora me estoy riendo por fuera. —Me incliné hacia él, apenas unos centímetros—. Mira cómo me conoces ya, ¿eh?

—Bueno… —contestó, bajando la voz—. Es que tú no juegas limpio.

—¿Y tú sí?

Nos quedamos en silencio. Solo se escuchaba la película que nadie estaba viendo. Sus dedos se deslizaron por mi muslo, despacio, como si fueran memorizando cada centímetro. Me besó. Primero con suavidad. Luego con más hambre. Como si algo dentro de él hubiese estado esperando ese momento desde que me vio aparecer.

Mi cuerpo respondió de inmediato. Era fácil. Fluido. El deseo se colaba por la ropa como si quisiera atravesarlo todo. Su boca bajaba por mi cuello, su mano ya se había colado bajo mi camiseta. Mi respiración se aceleraba con cada roce. Nos buscábamos como si no importara nada más.

Pero entonces, en medio de la urgencia, me separé apenas unos centímetros y le susurré:

—Tengo la regla.

Se quedó quieto. Literalmente congelado.

—¿En serio? —preguntó, y no lo disimuló. Se le notó el enfado. La frustración pura, como la de un niño al que le quitan el caramelo justo cuando lo iba a morder.

—En serio. No iba a no decirlo, claro. —Le acaricié la cara, divertida—. Pero, oye… tú dijiste que no ibas a acostarte conmigo, ¿recuerdas? Aquí la coherente soy yo.

Él me miró con esa mezcla de enfurruñamiento y deseo contenido que me pareció casi adorable. Como si de verdad quisiera protestar, pero no pudiera negar que me deseaba con todo su cuerpo.

—Joder… es que estás muy buena —dijo, con voz ronca, mirándome de arriba abajo como si me estuviera devorando con los ojos.

—Y tú muy impaciente.

—No, no —negó, medio riendo—. Estoy caliente, no impaciente. Que no es lo mismo.

Nos besamos de nuevo. Esta vez con una rabia dulce. Una mezcla de quiero y no puedo. Su mano se deslizó por mi cintura, apretándome contra él. Yo también respondí. Mis dedos dibujaban su espalda. Nos desnudamos parcialmente, lo justo para sentirnos piel contra piel sin traspasar el límite.

Nos exploramos sin prisa, sin vergüenza. Boca, cuello, pecho, cadera. El cuerpo entero hablaba. Gemidos bajos, suspiros a media

voz, temblores compartidos. Todo era deseo contenido, bordeando el abismo.

Y cuando ya no pudimos más… paramos. Jadeando. Cargados de electricidad. Tumbados uno junto al otro como dos incendios que se rozan, pero no se consumen.

Él me miró, con el rostro aún encendido.

—No pensé que esto me costaría tanto.

—¿Qué? ¿No follar?

—No tocarte del todo —respondió en voz baja, casi ronca—. No poder hacerlo completo. Porque, joder… no te haces una idea de lo mucho que me pones.

Le acaricié la mandíbula, sonriendo.

—No hace falta que me lo digas. Lo noto.

Nos quedamos así, abrazados. Con el pulso acelerado y la respiración calmándose. Agradeciendo el calor del otro, incluso sin clímax. O quizás, con otro tipo de clímax. Uno que no se mide en orgasmos, sino en ganas que aún no se agotan.

Y antes de quedarnos dormidos, él me besó la frente y murmuró:

—Cuando no tengas la regla… no vas a librarte.

—Espero que no —le contesté, cerrando los ojos con una sonrisa satisfecha.

Y mientras nos acomodábamos bajo las sábanas, agotados, y sin haber cruzado esa línea que él tanto había querido postergar, me reí por dentro.

Porque al final, sí que lo conocí. Lo suficiente como para saber que esa noche… se quedó con las ganas.

CAPÍTULO 15

A la mañana siguiente despertamos tarde. La luz se colaba tímidamente por la rendija de la persiana, proyectando líneas doradas sobre las sábanas revueltas. No hubo prisas. Ni despertadores. Solo el murmullo de la ciudad a lo lejos, amortiguado por las paredes del cuarto y la respiración acompasada que nos envolvía.

Remoloneamos largo rato en la cama, enredados, hablando de todo y de nada a la vez. De esas conversaciones sin rumbo que solo nacen cuando uno se siente a gusto, sin necesidad de impresionar. Que si a él le costaba despertarse antes de las diez, que si yo nunca había aprendido a dormir con persianas totalmente subidas, que si la comida sabe mejor cuando la hacen otros. Reímos. Nos miramos mucho. Jugamos con el silencio.

Aprovechamos para hablar de la noche anterior y de esas pequeñas cosas cotidianas que terminan por revelarte más que cualquier conversación profunda. Le dije que me costaba dormir con luz, que necesitaba oscuridad para desconectar del todo. Él, sin embargo, no podía dormir con la persiana completamente bajada. Decía que se despertaba desorientado, que necesitaba ver algo de luz, aunque solo fuera el resplandor tenue de la calle. Así que esa noche dormimos a medias: persiana entreabierta, yo girándome un poco más hacia dentro, buscando la oscuridad bajo el edredón, y él con esa tranquilidad suya de quien se adapta sin problema.

—Por cierto —me dijo, medio riendo mientras se estiraba—, ya sé por qué tienes ese sabor salado…

Lo miré entrecerrando los ojos, riéndome yo también.

—¿Has estado investigando?

—No exactamente —respondió, apoyando la cabeza en su brazo —. El finde pasado, cuando estuvimos en casa de mis amigos, lo comenté con él. Le conté que me habías sabido salada y me dijo que a su mujer también le pasó una temporada. Resulta que era por la pasta de dientes que usaba. Una especial, sin menta.

—Claro, porque soy alérgica al mentol —asentí, encajando las piezas—. Uso una pasta de farmacia que encontré sin mentol… sabe más bien a limón.

—Eso me dijo —contestó él—. Que al principio también se le hacía rarísimo, pero que luego te acostumbras. Que no es malo… solo diferente.

—Diferente es una buena forma de describirme. —Le guiñé un ojo, divertida.

—Totalmente. Pero ya ves, hasta el sabor tiene explicación —añadió, dándome un beso en la frente.

Nos levantamos con calma. Él fue a la cocina a preparar el desayuno —café para él, infusión para mí—, y al rato me uní, con el pelo revuelto y el pijama todavía puesto. Desayunamos en la mesa de la cocina, los dos medio apoyados en los codos, hablando de series, de viajes pendientes, de qué haríamos si tuviéramos una semana entera sin obligaciones.

No había tensión. Ni urgencia. Solo ese tipo de tranquilidad que llega cuando el cuerpo ya ha hablado lo que tenía que decir, aunque aún queden cosas por hacer.

Poco después recogí mis cosas y me preparé para volver a casa. El lunes asomaba la cabeza y yo tenía jornada completa al día siguiente. Clases que preparar, materiales que revisar, organización de toda la semana por delante. La lista de tareas rondaba mi mente como una nube persistente que ni el edredón, ni el calor de su cama, podían espantar del todo.

Él, en cambio, trabajaba de tarde. Aún le quedaban horas de calma por delante, sin madrugones ni mochilas que hacer.

Nos despedimos en la puerta, sin solemnidades. Un beso lento, de esos que no son una promesa, pero tampoco un punto final. Le sonreí antes de bajar las escaleras, y él me miró como quien guarda algo para después.

Ya en el coche, mientras arrancaba, pensé que había algo dulce en todo aquello. Algo sin etiqueta, sin exigencias, pero con una presencia que empezaba a pesar de forma distinta. Me gustaba esa sensación. Me asustaba un poco también.

Pero sobre todo… me hacía sentir viva.

Durante la semana hablamos casi cada día, sin necesidad de forzar nada. Mensajes, alguna llamada nocturna corta, chistes tontos, y por supuesto, empezamos a planear el siguiente fin de semana. Esta vez dijimos de hacer un plan más social: íbamos a salir a cenar y luego quizás —seguramente— tomar algo e ir a bailar con unos amigos.

El plan lo organizaron Fabiola y Eliana, así que nos desplazamos hasta Torrejón de Ardoz, donde ambas vivían y conocían todos los sitios que merecían la pena. La cena sería en un restaurante informal, pero con encanto, uno de esos donde se come bien, se habla sin gritar y siempre hay sitio para un brindis improvisado. También venían Necro y su pareja, y varios amigos de Rober, los cuales quería presentarme. Aunque a alguno ya lo conocía de vista por coincidir en las clases de baile, el grupo era nuevo para mí.

Tenía esa mezcla de nervios y curiosidad que se siente cuando sabes que vas a entrar de lleno en el mundo del otro. Sus amigos. Su gente. Quería caer bien, pero sin sobreactuar. Quería que fuera natural, que me vieran como yo era, sin filtro, y con una buena dosis de sonrisa.

Después de cenar, la idea era dejarnos llevar: quizá unas copas, algo de música, una terraza si el tiempo lo permitía. Nada cerrado, pero con la promesa implícita de que la noche no se acabaría temprano. Yo ya iba mentalizada para lo que implicaba: vestirme mona, estar despierta más allá de la una, y socializar. Pero también me apetecía. Mucho.

Porque sentía que empezábamos a mezclar nuestros mundos. Y eso, aunque diera vértigo, también era una forma de seguir construyendo.

El sábado llegó volando. Cuando quise darme cuenta, estaba delante del armario, decidiendo qué ponerme. No soy de complicarme mucho, la verdad. Me gusta ir cómoda, aunque con un toque que me haga sentir bien. Elegí unos pantalones negros largos, un jersey gris ajustado que metí por dentro y lo acompañé con un cinturón. Encima, mi chaqueta de lana blanca y negra, con picos que siempre me hace sentir un poco más atrevida de lo que soy. Botines cómodos y lista.

Rober me recogió en casa. Venía acompañado por su amigo Sergio, a quien ya había visto alguna vez en las clases de los sábados. Aunque no llegó a integrarse del todo en el grupo, me acordaba de su cara perfectamente. Según él, el baile no era lo suyo. Lo dijo entre risas cuando nos saludamos:

—A ti te tengo fichada —comentó—. Aunque tú seguro que a mí ni me recuerdas.

—Claro que sí —le respondí—. El que bailó una canción y desapareció como un ninja. Te tengo localizado.

Rober soltó una carcajada mientras arrancaba el coche.

—Eso le pasa por rendirse a la primera.

El trayecto hasta Torrejón fue ameno, entre risas, comentarios tontos y alguna que otra canción. Al llegar, recogimos a Eliana y Fabiola, que ya nos esperaban arregladas y sonrientes. Nos guiaron hasta el restaurante donde íbamos a cenar, uno que conocían bien porque ambas habían trabajado allí en algún momento.

El local era una preciosidad. Mesas con manteles blancos impolutos, cubertería moderna, copas de cristal finísimo y una iluminación tenue que creaba el ambiente perfecto. Las dueñas eran encantadoras, y los camareros… de esos que te atienden con una sonrisa sincera. Todo con estilo, pero sin ser pretencioso. Y lo mejor: asequible para nuestros bolsillos.

La cena fue una delicia. Risas, buena comida, anécdotas cruzadas, y esa sensación de estar en el lugar adecuado, rodeada de personas que se sienten bien compartiendo. El vino ayudó, claro, pero más aún la conexión que empezaba a crearse.

—¿Así que tú eres la famosa? —me dijo uno de los amigos de Rober entre broma y curiosidad.

—¿Famosa? Uy, eso suena a presión.

—Lo justo —intervino Rober—. Solo he hablado de ti un poco últimamente.

No pude evitar sonrojarme un poco. Fingí que no lo había oído, pero por dentro me derretí.

Cuando terminamos, Eliana propuso ir a una terraza cercana donde conocía a los dueños. También había trabajado allí un tiempo, al igual que en el restaurante. El sitio era muy chulo, con luces colgantes, buena música y ambiente relajado. Pero la terraza estaba helada y dentro no cabía un alma. Era imposible bailar o mantener una conversación sin gritar.

—Esto no da para mucho —dijo Fabiola, abrochándose la chaqueta hasta el cuello.

—Tengo otro sitio en mente —propuso Eliana—. Está a diez minutos, más espacioso y con buena música.

Nos pareció bien. De camino al nuevo local se unió Jose, otro amigo de Rober, a quien sí conocía bastante bien. Habíamos compartido muchas clases y bailes el curso anterior, y siempre me había caído genial.

—¡Hombre, mi pareja de vueltas! —exclamó al verme.

Nos abrazamos entre risas y bromas. El grupo ya estaba completo. Y la noche, apenas comenzando.

CAPÍTULO 16

—¡Ah, así que fuiste tú el que le enseñó mi Instagram! ¡Qué bonito, eh! —le solté a Jose, medio en broma, medio en serio, después de un rato de conversación.

Él levantó las manos como si se declarara inocente ante un jurado.

—Te juro que no fue con mala intención. Estábamos hablando de la gente de clase de este año, y salió el tema de una chica de nuestra edad. Le dije que había una muy maja, con rollazo, que encajaba con lo que me estaba contando… Te describí, claro. Pero no le cuadrabas. Así que, sin pensar mucho, le enseñé tu Instagram.

—¿Sin pensar mucho? —le dije, alzando una ceja con fingida indignación.

—Ya, ya sé. Pero tenía que demostrarle que no me lo estaba inventando. —Rio—. Eso sí, ahora mismo te faltan las trenzas de colores por todo el pelo… y así, pues no te reconoció. Pero… —se inclinó un poco hacia mí, bajando la voz— tengo que decir que alguna foto lo dejó bastante impactado.

Solté una carcajada. Para qué mentir. En Instagram tengo fotos bastante… interesantes. Algunas con *looks* más sobrios, otras más atrevidas, y otras, bueno… puro arte visual con filtro incluido.

—Hombre… es que yo tengo un repertorio —le respondí entre risas—. Pero vamos, la próxima vez avisa, ¿vale? Que una no está preparada para que la estudien como un catálogo.

La noche siguió con buen humor, y por supuesto, con mucha música y baile. La pista era un hervidero de cuerpos que se movían

entre el calor, las luces tenues y las canciones que no te dejaban quedarte quieta.

Y Rober… bueno, cada vez que sonaba una bachata, no fallaba: me cogía de la mano con esa sonrisa suya que mezcla picardía y reto, y me arrastraba al centro.

—Ven aquí, que esta la bailamos tú y yo —me decía, guiñándome un ojo.

Él sabía perfectamente lo que hacía. Se nota cuando alguien disfruta luciéndose en algo que domina, y Rober lo dominaba. Le gustaba marcar, girar, improvisar… pero siempre con esa firmeza dulce que te hacía sentir segura.

Yo que nunca me he considerado una gran bailarina, con él me sentía otra. Cómoda. Coordinada. Sexy. Como si cada paso, cada movimiento, fuera una conversación entre nuestros cuerpos que no necesitaba traducción. Me reía. Me soltaba. Lo disfrutaba de verdad.

Y por un momento, ahí, girando bajo las luces, con sus manos en mi cintura y su risa cerca del oído, pensé que tal vez ese «impacto» del que hablaba Jose no se había quedado solo en una foto.

La canción terminó con un giro suave y un silencio que quedó flotando entre los dos. Nos miramos, sin soltar del todo las manos. Rober tenía esa sonrisa ladeada que ya empezaba a conocerle bien: esa que aparece cuando algo le ha salido mejor de lo que esperaba, pero no quiere parecer engreído.

—Contigo se baila bien —me dijo, casi en un susurro, mientras la siguiente canción empezaba a sonar de fondo.

—Eso es porque tú marcas muy bien —respondí, aunque por dentro sabía que no era solo técnica. Era conexión.

Él me soltó poco a poco, sin brusquedad, como si cada centímetro de distancia contara, y se quedó de pie frente a mí, bajando un poco la mirada. No con timidez, sino con… ¿curiosidad? Como si me estuviera estudiando sin prisa. Como si mis silencios también le dijeran cosas.

Se rio bajito. Bajó la cabeza, como si se sonrojara, aunque enseguida me miró con esa mirada suya que atraviesa sin pedir permiso.

El DJ puso otra bachata. Una lenta, de esas que te obligan a bailar más cerca o directamente no bailar.

Rober alargó la mano hacia mí. La palma abierta, los dedos ligeramente doblados, como una invitación que no hacía falta verbalizar.

—¿Te apetece otra? —preguntó.

—Siempre —respondí, y me dejé llevar.

Esta vez el baile fue distinto. Más pegado. Más pausado. Más íntimo. No hablamos. No nos reímos tanto. Solo bailamos.

Y en medio de ese vaivén lento, con su mano en mi espalda baja y su frente casi rozando la mía, sentí que el ambiente del local desaparecía un poco. Que no importaban los otros cuerpos ni las otras miradas. Solo nosotros. Su respiración cerca. Su mano firme. El calor en mis mejillas.

No sabía en qué iba a terminar esa noche, pero algo era seguro: había entrado por la puerta buscando música, y había encontrado algo más.

Y él… él parecía saberlo también. Porque en un momento, sin apartarse del todo, murmuró:

—Me alegro de que estemos aquí, juntos.

No salimos demasiado tarde del local. Cerraban a las tres, así que cuando las luces comenzaron a parpadear, como si quisieran avisarnos de que el hechizo tenía los minutos contados, Jose se ofreció a llevarse a Sergio en su coche. Rober y yo nos quedamos solos. Justo como yo quería.

El camino de vuelta fue tranquilo. Íbamos en silencio, con esa electricidad que flota en el aire cuando ya no hay dudas de lo que va a pasar. Él conducía con una mano al volante, concentrado, pero con

una ligera sonrisa que aparecía cada vez que nuestras miradas se cruzaban en los semáforos.

Llegamos a su casa y pasamos directamente a su habitación. La gata nos cruzó en el pasillo y salió disparada, apenas nos vio entrar. Otra vez. Siempre hacía lo mismo. Aunque era una gata cariñosa, solo aceptaba el cariño de Rober y su hermano. Conmigo, nada. Ni un mísero roce. Y eso que me lo tomaba como una misión personal.

—Un día me va a dejar acariciarla —dije en voz baja, dejando mi bolsa en el sofá individual que tenía en el cuarto, junto a la cama.

—Cuando eso pase, te doy una medalla —respondió él, mientras cerraba la puerta con ese gesto de quien no tiene prisa, pero sabe exactamente a dónde va.

Nos miramos en silencio unos segundos. Él apoyado en la puerta. Yo de pie, en mitad de la habitación. Como si estuviéramos reconociendo el terreno. Como si quisiéramos grabarnos en la retina antes de borrarlo todo con las manos.

Fue él quien dio el primer paso. Me besó sin pedir permiso, sin disimulo. Y yo le respondí igual. No fue un beso suave. Fue hambre. Fue ansia contenida desde hacía días. Me empujó con suavidad hasta la cama, y nos fuimos deshaciendo de la ropa entre suspiros y risas.

Cuando se quitó la camiseta, me miró con una mueca divertida.

—Perdona… no me ha dado tiempo a depilarme el pecho.

—No hace falta —le dije mientras deslizaba la yema de los dedos por su torso—. No tengo problema con el vello. Yo leo libros. Muchos. Y te aseguro que los hombres del norte no se depilan. Me gustan así. Naturales. Reales.

Él no dijo nada. Solo me besó de nuevo. Más profundo esta vez. Con una mano en mi cuello, la otra en mi espalda, bajando con calma, buscando.

Me tumbó en la cama con una facilidad que me estremeció. Su cuerpo encima del mío, cálido, firme, seguro. Me quitó la ropa con una mezcla de cuidado y deseo urgente. Yo hice lo mismo. Mis

manos recorrieron su espalda, bajaron despacio, hasta sentirlo tensarse bajo mis caricias.

No hubo palabras. No hacían falta.

Nos acariciamos como si quisiéramos memorizarnos. Como si todo lo vivido hasta entonces nos llevara a ese momento exacto.

Y entonces, sin más preámbulos, sin necesidad de pausas, lo hicimos.

Entró en mí con un suspiro contenido y un temblor leve que nos recorrió a los dos. Nos movimos al mismo ritmo, lento al principio, explorando. Luego más rápido. Más intenso. Más profundo. Nuestros cuerpos se entendían como si ya se conocieran, como si hubieran estado esperando ese momento. Y cuando nuestras respiraciones se rompían en gemidos bajos, cuando mis uñas se hundían en su piel y su boca buscaba mi cuello, supe que no iba a olvidarlo.

Nos reímos también. Entre jadeos. Cuando nos tropezamos con una almohada, cuando nos peleamos con la sábana…

La pasión nos arrasó en oleadas, nos arrastró una vez y otra. No fue perfecto. Fue real. Cuerpos sudados, besos torpes y momentos de fuego puro. Pero también ternura. Miradas largas. Caricias suaves después del temblor. Ese silencio que llega solo cuando te has entregado de verdad.

Y cuando nos rendimos por fin al sueño, entrelazados y exhaustos, supe que esa noche se quedaría grabada. Por el placer, sí. Pero también por la risa. Por la conexión. Por la certeza de que, al menos esta vez, nadie —nadie— se había quedado con las ganas.

CAPÍTULO 17

Las semanas comenzaron a deslizarse con esa rapidez engañosa que tiene la rutina cuando, sin ser perfecta, se vuelve familiar. Los días se sucedían uno tras otro con una cadencia suave, como si alguien hubiera apretado el botón de *play* en una canción que ya conocíamos. Había algo reconfortante en aquella repetición de mensajes, llamadas, risas compartidas, noches que comenzaban con la excusa de una serie y terminaban con mi cuerpo acurrucado en su cama. O dando un paseo por mi calle, pues, en ocasiones, era él quien venía a mi casa, directo desde el gimnasio, aún con el olor tenue a esfuerzo, a piel viva. A veces me mandaba un audio corto solo para decirme que me echaba de menos. O una foto absurda, un meme que solo nosotros entendíamos. Pequeñas cosas que hacían que los días tuvieran su propia banda sonora.

Me acompañaba a sacar a la perra por el campo, y mientras el aire frío nos envolvía, Rober solía lanzarme preguntas que me dejaban pensando mucho después de que él se hubiera ido.

—¿Cuánto tiempo tengo para conocerte? —me decía, como quien lanza una piedra al agua solo para ver cuántas ondas provoca.

Yo me encogía de hombros, con la bufanda hasta la nariz y el gorro ataviado hasta las orejas, escondiéndome un poco en él.

—No lo sé. Pueden ser meses… años… quién sabe. Nadie puede saber cuándo me quedaré embarazada.

Él asentía, aunque siempre parecía guardarse algo en la mirada. Como si buscara pistas en mí que yo no sabía que tenía.

Diciembre llegó sin aviso, con ese olor a leña quemada en el aire, con escaparates iluminados que parecían guiñar un ojo al pasar. Y

con él, mi entrada oficial en la lista de espera para la inseminación artificial. Todas las pruebas habían salido bien. Respiré aliviada cuando me lo confirmaron, aunque la alegría no fue estruendosa. Fue más bien un suspiro largo, profundo. Como si por fin pudiera soltar un poco el cuerpo.

—Ya estás dentro —me dijo la enfermera—. Calculamos que en unos cuatro meses te llamarán.

Cuatro meses. Una franja de tiempo entre la impaciencia y la esperanza.

Me sentía nerviosa, claro. Pero también emocionada. Esa emoción que se cuela por la espalda y te hace caminar diferente. Como si cada paso fuera en dirección a algo que aún no ves del todo, pero que ya sientes dentro.

La vida no se detuvo. Al contrario. Seguía fluyendo. Hicimos muchos planes con Rober. Rutas viendo paisajes bonitos junto a mis peludos —sí, prácticamente todos ellos, los hurones y la perra—, cenas improvisadas en restaurantes con luces tenues, noches de manta y películas que casi nunca terminábamos de ver porque acabábamos riéndonos, hablando, acariciándonos... o cayendo rendidos el uno al lado del otro, con la manta a medio subir y Netflix preguntando si aún seguíamos ahí. También hubo días de excursiones más especiales, como cuando fuimos con mis primas al Parque Warner de Madrid. Fue una jornada llena de risas y adrenalina: nos montamos en las atracciones, gritamos como niños, y nos sacamos fotos preciosas en cada rincón. Tengo una en particular, delante del decorado de Hollywood Boulevard, donde Rober me coge a caballito y ambos sonreímos como si nada más existiera, una foto divertida y con encanto. También fuimos a visitar a los elfos de correos, sí, sí, has leído bien, ELFOS, pues todos los años se realiza un precioso pasaje de Navidad en las oficinas de correos de Cibeles; es un lugar precioso, lleno de magia y emoción —solo os digo que Rober soltó alguna lagrimita...—. Aquellos días quedaron grabados como recuerdos luminosos dentro de aquel invierno.

Yo me sentía feliz. Viva. Y esa sensación se reflejaba en mi piel, en mi forma de caminar, en las miradas que intercambiaba con los demás. Incluso en el trabajo, lo notaban.

—Se te ve bien, Jenn —me dijo mi compañera un día, mientras organizábamos material para un taller.

Sonreí. No supe cómo explicarle que a veces basta con sentirse en el camino correcto para que el cuerpo entero empiece a brillar.

Ese diciembre, además, organicé la cena de empresa. Me hacía ilusión, lo reconozco. Reservé en un restaurante tipo buffet, donde cada quien podía servirse lo que le apeteciera, sin formalidades. No me costó convencer al jefe: accedió encantado y, para mi sorpresa, terminó pagando la cena de todos. Un gesto que valoramos más de lo que él mismo imaginaba.

Yo me encargué de preparar un pequeño juego para romper el hielo entre los trabajadores de los distintos proyectos. Era una especie de bingo social: cada persona tenía que encontrar a alguien que cumpliera con alguna de las frases del cartón («ha trabajado fuera de España», «adora la tortilla sin cebolla», «tiene una mascota exótica»). La gente se levantaba, se reía, preguntaba, y se sorprendía. Llevé también unos pequeños regalos: una botellita de sidra, unos bombones, un llavero cuco en forma de llave antigua que era también un abridor. Nada costoso, pero sí pensado.

La gente reía, conversaba, se relajaba. Era bonito verlos así. Y yo… yo me sentía en mi sitio. No solo en el trabajo, sino en mi vida. Era como si todas las piezas empezaran a encajar poco a poco. No sin esfuerzo. No sin dudas. Pero encajaban.

En casa, ya habíamos puesto el árbol de Navidad y toda la decoración que tanto nos gustaba a mi madre y a mí. Puedo decir que somos unas locas de la Navidad, de esas a las que les gustaría poder hacerlo todo a lo grande, tal cual en las películas americanas, con luces, muchos, muchos adornos, por dentro y fuera de la casa... he de confesar que cada año estamos más cerca de conseguirlo, aunque le pese a mi padre... que se niega a montar más luces en la casa...

Spoiler, siempre termina cediendo...

La decoramos una tarde de domingo, con la lista de villancicos de fondo —la clásica, con Mariah, Michael Bublé y alguna de Luis Miguel que se ha colado por tradición—. Yo colgaba los adornos mientras mi madre se quejaba del espumillón y mi padre fingía estar muy ocupado arreglando cualquier otra cosa. Pensé en el año que había vivido. En lo mucho que había cambiado. En todo lo que estaba por venir, y esperanzada por unas futuras Navidades diferentes, llenas de inocencia y magia infantil.

Había días en los que me costaba creer que ya estuviera en lista de espera. Que lo hubiera conseguido. Que hubiera llegado hasta allí sin perderme, sin rendirme. O tal vez sí me perdí. Pero me encontré. Y eso era aún mejor.

En uno de esos paseos nocturnos con Rober y la perra, mientras las luces navideñas titilaban en la distancia y el vaho salía de nuestras bocas como pequeñas nubes, él me preguntó:

—¿Tienes miedo?

Tardé en contestar.

—Sí —dije, al final—. Pero no al proceso. Tengo miedo a lo que no se puede controlar. A los tiempos, a lo incierto. A todo lo que no depende de mí.

Él me miró en silencio, asintió y me apretó un poco más fuerte la mano.

—Entonces lo estás haciendo bien —dijo simplemente.

Y en ese momento, me sentí entendida.

Ya no era solo una historia de amor —aunque lo que hubiera entre nosotros aún no tuviera nombre claro—. Era una historia de reconstrucción. De elección. De apuesta.

Y yo, por primera vez en mucho tiempo, me sentía en paz con mi decisión.

A veces, la felicidad no llega como un estallido. Llega así, en forma de un paseo con alguien que te acompaña en silencio. En

forma de un mensaje de «¿has llegado bien?» o de un gesto tonto como quitarte el abrigo cuando entras por la puerta.

Llega sin avisar. Y cuando te das cuenta, ya estás dentro de ella.

CAPÍTULO 18

Rober fue entrando en mi vida como se cuela el sol por una rendija: despacio, pero constante. Sin empujar. Sin invadir. Empezó a formar parte de mi cotidianidad con una naturalidad que me sorprendía incluso a mí. Venía a casa, compartía comidas con mis hermanos, cocinaba con delantal y una sonrisa, y se desenvolvía como si conociera el espacio desde siempre. La cocina se volvió su lugar favorito. Y he de admitirlo: a él le gustaba mucho cocinar. Pero lo mejor es que lo hacía bien. Muy bien.

—Hoy os voy a preparar algo sencillo pero resultón —decía mientras removía alguna salsa en la sartén, con esa seguridad de quien disfruta lo que hace.

Y yo, sentada en la encimera, observando sus movimientos, me dejaba envolver por el aroma y la escena. Era bonito. Sencillo. Familiar. Algo que no necesitaba decorado para sentirse pleno.

Por mi parte, también empecé a entrar en su mundo. No tardó mucho en invitarme a acompañarle a la notaría, cuando firmó los papeles de su nueva casa. Una casa en el campo. Pero no cualquier casa. Una preciosa cabaña de madera, rodeada de un prado amplio y sereno, con el encanto de lo que aún huele a nuevo, a posibilidad, a hogar por construir.

El lugar era mágico. Y las noches allí… aún más. Volvimos varias veces. Algunas solo para pasar el día. Pero otras… otras fueron noches enteras de magia, chimenea encendida, tazas calientes entre las manos y piel contra piel. Arrumacos que empezaban suaves, entre risas, caricias escondidas bajo la manta… y terminaban ardiendo. Porque sí, había chispas en la chimenea, pero también en

nuestras miradas, en nuestros cuerpos. Un fuego que no necesitaba leña, solo un roce.

Las mañanas eran lentas. Tiernas. Con besos sin prisas y preguntas que llegaban como susurros entre sábanas revueltas.

—¿Estás segura? —me preguntaba a veces, mirándome desde la almohada, con cierta inquietud en la voz.

—Muy segura —le respondía con tranquilidad—. No voy a cambiar de opinión. Es algo que quiero, que deseo, que hasta necesito. Y no pienso aplazarlo más.

Lo decía así. Claro. Firme. Sin tambalearme. Y él me escuchaba en silencio, como quien mira una tormenta con respeto. Como si aún no supiera si cobijarse… o dejarse mojar.

También compartimos tiempo con nuestros respectivos grupos. Con sus amigos, con los míos. Y como siempre, en esos encuentros, hubo momentos buenos… y otros no tanto.

Una de esas tardes, fuimos a ver tocar a su amigo Jorge —¿os acordáis de él? Sí, el que le explicó a Rober lo del «sabor salado»—. El ambiente era animado, la música en vivo nos envolvía, y yo hablaba con Rebe, una de las amigas de Rober. Morena, de pelo oscuro y rizado cayendo por toda su espalda, con unos ojazos y un cuerpo que no pasaba desapercibido. Rebe es de esas mujeres que brillan. Pero no solo por fuera. También por dentro.

Hablamos del proceso. Me preguntó sin filtros, pero con respeto.

—¿Y cómo va eso? —se interesó, con una cerveza en la mano—. Lo de la inseminación, quiero decir. ¿Qué pasos son? ¿Cómo te decidiste a hacerlo?

Le conté. Sin prisas. Sin rodeos. Y ella me escuchaba con atención real. Me dijo que me admiraba. Que Rober, seguro, estaría a mi lado. Que se le notaba.

Me sentí bien hablando con ella. Cómoda. Comprendida.

Pero no todo fue tan bonito esa noche.

A menos de un metro de nosotras, Rober estaba escuchando a su amigo junto con otra pareja amiga suya, Álvaro y Lúa. Yo no prestaba atención… hasta que escuché una frase que me cruzó el alma.

—Ah… ¿que esta es la que se insemina? —le decía Lúa a su pareja.

Así. Fría. Cruel. Como si fuera un mote. Como si no tuviera nombre. Como si mi decisión me convirtiera en *algo* en vez de alguien.

Me giré. No necesitaba ver su cara para sentir la cruz estampada en mi pensamiento. Lúa. Pelazo liso y eterno, cuerpo cuidado, probablemente a base de lechuga, pollo y cero hidratos —por lo que había podido comprobar en la anterior vez que nos habíamos visto, y oye, sin ofender, bien por ella y su autocontrol—. No tengo nada contra eso… pero sí contra los prejuicios que se lanzan como cuchillos, envueltos en frases inocentes.

Esta. Como si hubiera más. Como si yo fuera una rareza. Como si lo mío no fuera una elección válida.

La miré con ojos entrecerrados. En silencio. No dije nada. No hacía falta. En mi cabeza ya estaba sentenciada, jamás nos llevaríamos bien —*spoiler alert*, mentira cochina.

Pero en aquel instante… mi juicio fue inmediato. Porque hay palabras que duelen. Que clavan. Y esa, dicha así, sin cuidado, en una conversación que no me incluía… me dejó marcada.

Pero también me recordó algo: no todo el mundo va a entender lo que hago. Y no hace falta que lo hagan. No estoy buscando comprensión. Solo respeto. Y Rober… Rober me estaba dando eso. Y más.

Y mientras la música seguía sonando de fondo, entre miradas, risas y fuegos cruzados, yo solo pensaba que, pese a todo… estaba donde quería estar.

Y que el camino, aunque no siempre sea cómodo… es profundamente mío.

Cuando el concierto terminó, el cuerpo nos pedía más. No queríamos irnos todavía, no con esa energía latiendo en la piel y la música todavía resonando en el pecho. Así que nos quedamos en el local, en la sala contigua, donde el ambiente se había relajado, pero seguía vibrante. Las luces eran más suaves, la música más bailable, el aire más cargado de esa mezcla deliciosa entre sudor, risas y deseo contenido.

Nos pedimos algo de beber, nos reímos de anécdotas improvisadas, y en algún momento perdí la cuenta de las veces que miré a mi alrededor y pensé: *Estoy bien aquí. Estoy feliz.*

Rebe y yo, que hasta hacía poco éramos apenas conocidas, no parábamos de hablar. Fue una de esas conexiones fáciles, sin filtros ni tensiones, como si hubiéramos estado esperando cruzarnos en el momento exacto. Congeniamos enseguida. Su risa me resultaba contagiosa, su forma de ver la vida me parecía luminosa. Y cuando alguien brilla así, se nota. Se agradece.

Hubo un instante —uno de esos en los que la música cambia y el cuerpo reacciona antes que la cabeza— en que sonó una bachata. De esas que lo envuelven todo en una atmósfera distinta, más íntima, más cadenciosa. Yo la reconocí al instante, pero fue la reacción de Rebe la que me hizo sonreír. Se le encendieron los ojos como si acabaran de anunciar que iba a sonar su canción favorita.

—Ve a bailar con Rober —le dije, animándola, inclinándome un poco hacia ella para que pudiera oírme entre el murmullo.

—¿Yo? No, no… —respondió, abriendo los ojos como platos—. Baila tú con él.

Su respuesta me sorprendió. No por la negativa en sí, sino por el matiz. Como si bailar con él estuviera prohibido, como si temiera romper algo. Me miró con una mezcla de culpa anticipada y disculpa no dicha, y lo entendí todo.

—Tranquila —le dije, sonriendo con suavidad—. Ve a bailar con él. De verdad, no me molesta en absoluto.

Dudó un segundo más, pero finalmente se levantó. Se dirigió hacia Rober, que la recibió con esa sonrisa suya tan de él, amplia, segura, ligeramente divertida. Pero antes de colocar las manos en su cintura, me miró.

Fue una mirada fugaz, pero cargada de significado. No de petición, exactamente. Más bien de confirmación. Como si preguntara en silencio: *¿Está bien? ¿De verdad está bien?*

Le sonreí con ánimo. Le respondí sin palabras, con ese gesto que dice: *Sí, claro. Ve. Disfruta.*

Y entonces lo supe.

Lo supe por la mirada, por la incomodidad leve de Rebe, por la forma en que él necesitó buscarme antes de mover un solo pie. Supe que no estaba acostumbrado a esto. A la confianza. Al permiso libre. A las relaciones sin jaulas ni celos decorados de cariño.

Mujeres celosas. Acaparadoras. Las había tenido cerca. Era evidente. No hacían falta más señales.

Y no era el único.

Yo también había estado ahí. En el lado del control, no como quien lo ejerce, sino como quien lo sufre. En parejas que desconfiaban de cada abrazo, que leían intenciones donde solo había ternura, que sospechaban si mi risa era demasiado larga con un amigo o si mi conversación se extendía más de lo esperado.

Y no, no es algo que soporte. Porque soy como soy: cercana, efusiva, transparente. Tengo amigos —muchos— y me gusta abrazar, tocar el brazo al hablar, reírme con ganas. Me gusta sentirme libre. Y no me gusta tener que justificar cada gesto como si estuviera pidiendo perdón por ser yo.

Así que no lo hago.

No lo hice con Rober, ni lo haré. Porque aprendí que quien quiere estar, está. Y quien no, buscará excusas.

Y hasta ese momento, él me lo había demostrado todo. Estaba. Pese a mis planes, pese a la sinceridad con la que le había hablado

desde el principio, pese a mi proyecto de maternidad en solitario. Pese a que podríamos haber sido solo una noche de baile y deseo. Se quedó. Se abrió. Me buscó.

Y yo confiaba. No ciegamente, no como quien entrega las llaves de su alma sin mirar. Pero sí con fe. La fe que aún conservo —aunque a veces duela admitirlo— en que se puede empezar algo bonito sin tener que hipotecar la libertad.

Porque sí. Estábamos juntos. Pese a todo lo que se avecinaba.

Y con eso, para mí, ya estaba todo dicho.

CAPÍTULO 19

Los meses fueron pasando, llenos de trabajo y planes juntos. El tiempo parecía deslizarse con una suavidad nueva, como si de pronto los días tuvieran más sentido porque había alguien con quien compartirlos.

Hicimos un viaje con amigos a Galicia, tierra de mar y de verde intenso, donde la lluvia parecía tener un pacto secreto con el sol para regalarnos paisajes imposibles. Allí reímos alrededor de mesas abarrotadas de pulpo, empanadas y albariño, mientras el aire olía a salitre. Caminamos por la costa, dejándonos deslumbrar por los acantilados y las playas desiertas, y cada noche terminaba entre conversaciones largas, brindis y promesas de repetir.

—Esto hay que hacerlo cada año —dijo Rober, con la copa en alto, mientras las luces del puerto iluminaban la mesa.

—Cada año, y si puede ser más —respondí yo, riendo, sintiendo la calidez del grupo.

Los fines de semana en su casita de madera se convirtieron en pequeños retiros privados. La chimenea encendida llenaba todo de un calor distinto, no solo físico, sino humano. Nos arrebujábamos bajo mantas suaves, viendo películas o simplemente hablando hasta quedarnos dormidos con el chisporroteo del fuego de fondo. Eran días sencillos, pero plenos, en los que el tiempo parecía detenerse y todo giraba en torno a lo esencial: compañía, calma, hogar.

También visitamos a mi familia en Asturias. Fueron días llenos de risas, muy buena comida y paisajes que se quedaban grabados en la retina.

Mi familia, con su forma cálida de recibir, no tardó en hacer sentir a Rober como uno más. Las sobremesas eran eternas, con anécdotas, sidra y carcajadas que se alargaban hasta que la noche caía.

Esos viajes, esas escapadas y encuentros, fueron tejiendo un mapa de recuerdos compartidos. Lugares y momentos que ya no eran solo míos, ni suyos, sino nuestros. Cada plan, cada foto, cada risa se sumaba a esa complicidad que nacía sin esfuerzo, como si el camino que habíamos empezado a recorrer juntos quisiera seguir expandiéndose, llevándonos siempre un poco más lejos.

Pronto llegó la llamada que tanto estaba esperando: la cita con reproducción asistida. Sería en abril, justo antes de Semana Santa.

Al escuchar aquellas palabras en el teléfono, sentí un cosquilleo recorrerme desde el pecho hasta las manos. Era como si de pronto todo el camino recorrido cobrara sentido. Tenía ganas de reír, de llorar, de saltar… y, al mismo tiempo, una oleada de nervios me dejó clavada en el sitio.

Me apoyé en la mesa, como si necesitara sujetar el cuerpo para no salir volando. Era una mezcla de vértigo y esperanza. Llevaba meses soñando con ese momento, y ahora que estaba aquí, sentía que el corazón quería salirse del pecho.

—Debes llamarnos el primer día de tu periodo, para comenzar con el tratamiento previo —me explicó la administrativa con tono meticuloso.

—Perfecto, sería entonces la próxima semana —dije con una seguridad impostada, mientras mis dedos apretaban tanto el bolígrafo que pensé que se partiría.

Al otro lado, se hizo un silencio breve, pero revelador.

—¿La próxima semana? —repitió ella, como asegurándose de haber entendido bien.

—Sí, justo me toca entonces —contesté, repasando mentalmente las fechas, como si así pudiera evitar cualquier error.

—En ese caso, debes esperar al siguiente periodo. La semana próxima es festivo y no podríamos iniciar el protocolo.

Y ahí fue cuando el suelo se me movió. Una palabra tan pequeña como «esperar» me golpeó con la fuerza de una losa. Sentí cómo la ilusión se desinflaba un poco, como un globo que pierde aire despacio, dejando un zumbido molesto en el pecho.

—Ah… entiendo —alcancé a decir, aunque por dentro gritaba «¡no, no quiero esperar más!».

Colgué despacio, dejé el móvil sobre la mesa y me quedé mirando la pantalla en negro como si aún tuviera algo que decirme. Después, caminé de un lado a otro por la casa, intentando ordenar lo que sentía. Tenía los ojos húmedos, no de tristeza, sino de pura frustración. Había contado los días uno a uno, y ahora me decían que debía tachar otros treinta más.

Un mes. ¿Qué es un mes en la vida de alguien? Nada. Pero para mí, en ese momento, era una eternidad. Cada día de espera se sentía como un recordatorio de lo mucho que deseaba ser madre, y de lo lejos que aún estaba.

Me tumbé en el sofá, abrazando un cojín contra el pecho, y cerré los ojos. Me obligué a respirar hondo, como me habían enseñado en yoga, intentando que el aire me devolviera la calma.

«Un mes no es nada», me repetía*. «Un mes no cambia el destino. Un mes no borra el camino recorrido».*

Pero mi corazón no entendía de razonamientos. Mi corazón quería ya. Quería ahora. Y la impaciencia se me instaló en el cuerpo como un zumbido constante.

Me descubrí pensando en cómo llenaría ese tiempo. Quizá hacer más planes con amigos, más escapadas, más lecturas que me distrajeran. Pero sabía que, por mucho que intentara llenar los días, en el fondo, cada amanecer sería un «ya queda menos».

Finalmente, me levanté y me miré al espejo. Tenía los ojos brillantes, la respiración aún un poco acelerada, pero también una chispa de determinación.

—Está bien, Jenn. Espera. Ya queda menos —me dije en voz alta, como quien se da una orden que también es consuelo.

Y me abracé a mí misma, porque entendí que ese mes de espera no era un castigo, sino una prueba más de paciencia. Otra etapa que tenía que aprender a sostener con calma. Porque lo importante no era si pasaba en abril o en mayo: lo importante era que, por fin, estaba ocurriendo.

El camino estaba abierto. Y aunque doliera esperar, cada paso me acercaba un poco más al sueño.

Me repetía esa frase una y otra vez, casi como un mantra. Había días en los que lo sentía con convicción, como una verdad incuestionable, y otros en los que la impaciencia me arañaba por dentro y me hacía dudar. La espera se volvía larga, injusta, como si el tiempo jugara conmigo, avanzando despacio a propósito.

Pero aprendí que en ese espacio de pausa también había vida. Que mientras el reloj marcaba sus propios tiempos médicos, yo podía llenar los míos con risas, con abrazos, con paseos bajo cielos que siempre me recordaban que todo llega. Empecé a mirar la espera de otra forma: como una antesala, no como un obstáculo.

Porque el sueño seguía intacto, latiendo dentro de mí, recordándome que lo que es real no se desvanece por un retraso, ni por una fecha en el calendario. El deseo era tan fuerte que nada podía detenerlo, ni siquiera un mes más de espera.

Me dormía muchas noches con esa certeza, imaginando el momento en que por fin escucharía mi nombre en la consulta, cuando las pruebas dejarían de ser futuro y se convertirían en presente. Soñaba despierta con lo que estaba por venir, y eso me sostenía.

Así, entre nervios, ilusiones y la calma que intentaba regalarme a ratos, me preparaba para lo que estaba por llegar. Porque lo sabía, lo sentía en cada parte de mí: ese era solo el comienzo.

CAPÍTULO 20

Treinta días… puedo confirmar que se hicieron eternos. Largos, intensos, como si cada hora quisiera recordarme que mi paciencia no era infinita. Había momentos en los que lograba distraerme, reírme, ocuparme con mil cosas… y de pronto, en silencio, me asaltaba esa voz interior: «¿y si no llega nunca?, ¿y si algo sale mal?». Era un vaivén constante entre ilusión y desesperación.

Pero llegó.

Llegó el día.

Entré por la puerta del hospital con el corazón desbocado. Nerviosa, con ganas, mareada y feliz, todo al mismo tiempo. Un cúmulo de emociones que me tenían fuera de mí misma, como si caminara a dos palmos del suelo.

Me indicaron la sala y me hicieron pasar a una pequeña consulta luminosa, con paredes blancas y un ligero olor a desinfectante. El silencio me parecía abrumador, solo roto por el tecleo constante de la auxiliar.

Lo primero que me preguntaron fueron mis características físicas: color de ojos, color de pelo —aclaré que natural, castaño claro, aunque me encantara jugar con tintes—, peso, estatura, color de piel… Respondía una a una, con voz firme pero las manos me delataban. No sabía qué hacer con ellas, me las retorcía sobre el regazo, buscaba un lugar donde esconder los nervios y no lo encontraba.

La doctora levantó la vista del ordenador, me observó con serenidad y me regaló una sonrisa leve, de esas que intentan

sostenerte. Su voz fue templada, como un bálsamo en medio del temblor que sentía.

—Tranquila, es normal sentirse así. Estás dando un paso muy importante, y los nervios también forman parte del proceso.

Asentí, intentando sonreír, aunque por dentro tenía un nudo en el estómago.

—Ahora vamos a pasar a verte —añadió, poniéndose en pie.

En ese momento, las palabras me salieron atropelladas, dos tonos por encima de lo normal, como si el pánico hubiera encontrado la grieta perfecta para colarse:

—Soy alérgica al látex.

El silencio fue inmediato. La doctora y la auxiliar se miraron durante un segundo, un gesto rápido, casi imperceptible, pero lo suficiente para que me invadiera un escalofrío. Yo, mientras tanto, me recriminaba mentalmente haberlo dicho de manera tan brusca, como si gritara en medio de una biblioteca.

La auxiliar reaccionó enseguida, con profesionalidad tranquila, y cambió el material. Sustituyó el condón del espéculo por un guante de nitrilo, manipulando el aparato con seguridad.

—No te preocupes, lo tenemos en cuenta —me dijo, dedicándome una mirada cómplice que me tranquilizó un poco—. Es importante que lo digas siempre, aunque te parezca que suena exagerado.

Respiré hondo. Sentí cómo mis manos aflojaban un poco la tensión.

—Ya verás, no va a ser tan complicado —añadió la doctora—. Confía en nosotras.

Y por primera vez en mucho tiempo, me permití soltar un poco de control y confiar.

El resto de la consulta transcurrió algo más relajada, aunque yo seguía con el pulso como si me hubiera tomado tres litros de té seguidos. Me hicieron una inspección digna de un coche de Fórmula

1 antes de salir a la pista: luces, ajustes, comprobaciones y hasta la sensación de que en cualquier momento iban a levantarme con un gato hidráulico para revisar los bajos.

Y sí… lo admito: al principio no me dio demasiada tranquilidad que la ginecóloga tuviera un ojo a la virulé. No quería ser cruel, pero en mi cabeza ya se estaba montando la película: «cómo me apunte mal el ángulo, lo mismo me mete la jeringa por el apéndice en lugar del ovario». Intentaba no mirarla fijamente para que no se me notara la paranoia, pero cada vez que se acercaba con un instrumento, mi mente gritaba: «¡Alerta, curva peligrosa a la derecha!».

Afortunadamente, la mujer tenía más experiencia que todos mis miedos juntos, y lo cierto es que salió todo bien. Tanto, que cuando terminamos y me invitaron a sentarme de nuevo frente a la mesa, ya casi podía reírme sola de lo exagerada que soy.

Allí me explicaron el siguiente paso:

—Ahora deberás ir a la farmacia, comprar las jeringuillas y empezar a pincharte tú misma.

Yo asentía como si lo tuviera clarísimo, pero por dentro me repetía: «¿yo?, ¿pincharme?, ¿en serio?».

Me dieron cita para unos días después, para revisar cómo iban mis óvulos y continuar con el proceso. Yo salí de allí con la receta en una mano y la ilusión en la otra, como quien sale de una tienda de juguetes con la caja más rara del mercado.

Llegué a la farmacia y pedí las jeringuillas con la naturalidad de una experta, aunque la realidad era que jamás había comprado algo así. La farmacéutica me miró con esa mezcla de profesionalidad y curiosidad que tienen cuando quieren preguntar, pero no deben, y yo simplemente sonreí como si supiera perfectamente lo que estaba haciendo. *Spoiler*: no tenía ni idea.

Al llegar a casa escondí el botín como si fueran polvorones en plena operación bikini. No quería que mi familia supiera nada todavía. Tenía un plan secreto: soñaba con llegar un día con el test

positivo en la mano, darles la sorpresa, grabar sus reacciones y guardarlo como uno de esos recuerdos que hacen llorar a cualquiera.

Porque sí, lo admito: soy de las que se emociona viendo vídeos de desconocidos en TikTok, llorando cuando alguien le anuncia a su madre que va a ser abuela, o cuando un padre rompe a llorar al ver a su bebé por primera vez. Así que, ¿por qué no llorar yo también con mi propia experiencia? Je, je, je.

CAPÍTULO 21

«¿En serio esto es necesario? Podría irme de fiesta, pillar a alguno por banda, meterme en el baño y no volver a saber de él nunca más… sería más fácil, más rápido y, no nos vamos a engañar, mucho más placentero, obviamente».

Vamos, que, en la lista de métodos para quedarme embarazada, este no estaba en el top 3. Es que lo pienso y me entra la risa: «¿quién en su sano juicio, teniendo la opción de un polvo rápido con desconocido, elige un prospecto, una aguja y un michelín como protagonistas de la velada?» Pues yo. Bravo.

Además, al menos con la otra opción tienes historia para contar en las cenas de amigas*:* «Chicas, brindemos por el padre anónimo de mi hijo, que ni me acuerdo de su cara, pero oye, qué servicio tan eficiente». Eso sí que es multitarea: fiesta, diversión y maternidad en un combo exprés.

Pero no, yo tenía que hacerlo a lo grande, versión dramática de sobremesa: encerrada en mi cuarto, con un manual de instrucciones que parece sacado de Ikea y una aguja que, en mi cabeza, mide metro y medio —recalco lo de en mi cabeza, porque de verdad que no es tan grande—. Y todo para pincharme yo sola, como si hubiera estado toda mi vida entrenando para ser enfermera de mí misma.

Y aquí estoy, en pijama, con la coleta de batalla, mirando fijamente una jeringuilla como si fuera un objeto de otro planeta. En la otra mano, pinzo mi abdomen, ese michelín que hoy pasa a ser protagonista absoluto de la historia.

Me muerdo el labio inferior y una risa nerviosa se apodera de todo mi cuerpo. No sé si reír o llorar. Supongo que ambas cosas a la

vez. Porque, aunque lo parezca, esto no es solo un pinchazo: es el primer paso de un camino que puede cambiarlo todo.

Son las nueve de la noche. Afuera todo sigue igual: coches que pasan, vecinos cenando, alguna tele encendida. Dentro, en mi habitación, parece que esté a punto de rodarse una final de Supervivientes: yo contra la aguja, ¿quién ganará?

He repasado tres veces las instrucciones del prospecto, por si en la letra pequeña aparecía un truco secreto tipo «modo automático» o «pulse aquí y se pincha sola». Nada. Lo único que dice es: «Inserte la aguja completamente en la piel. No inyecte directamente en una vena. Inyecte la solución empujando suavemente el émbolo en un movimiento lento y sostenido hasta que se inyecte toda la solución debajo de la piel. Inyecte toda la solución prescrita. Suelte la piel y retire la aguja directamente. Limpie la piel en el lugar de inyección con un algodón con alcohol mediante un movimiento circular». En resumidas cuentas, que me pinche y apriete… yo sola…

—Claro, facilísimo —murmuro—. Como si esto fuera ponerse crema hidratante.

Doy vueltas por la habitación. Me siento, me levanto, vuelvo a sentarme. Respiro como si ya estuviera de parto. Y mi mente empieza a sabotearme: «¿Y si me pincho demasiado y me desinflo como un globo? ¿Y si en lugar de ovarios activo el wifi?».

Me río sola, porque es tan absurdo que no queda otra. En mi cabeza imagino el vídeo para TikTok: «Hola, chicas, hoy os traigo un Get Ready With Me versión fertilidad: *outfit* de pijama, coleta medio muerta y mucha valentía invisible. Paso uno: respira. Paso dos: no llores. Paso tres: pincha y reza».

Respiro hondo. Una. Dos. Tres veces.

Cierro los ojos, inspiro, espiro.

Y, antes de que el miedo me vuelva a atrapar, clavo la aguja en el lado derecho de mi abdomen.

El tiempo se detiene. Aprieto despacio, cuento como si estuviera narrando el despegue de un cohete:

Uno…

Dos…

Tres…

Cuatro…

Cinco.

Saco la aguja.

Silencio.

Y entonces sonrío.

No, miento: SONRÍO. Con todo mi cuerpo, con el pecho hinchado, con los ojos inundados. Una sonrisa tan grande que parece que vaya a iluminar la habitación.

—¡Lo he hecho! —susurro, aunque me dan ganas de gritarlo por la ventana como si acabara de aprobar unas oposiciones.

Lo he hecho. Ya está. Y no hay vuelta atrás.

Dejo la jeringuilla sobre la mesilla como si fuera un trofeo y me miro en el espejo. Estoy temblando, sí, pero no de miedo: de felicidad. Porque este no es un gesto cualquiera. Es la prueba de que estoy dispuesta a todo por lo que quiero.

Miro a la cámara que he colocado para grabar el momento. Quiero recordar esto siempre: la mezcla de miedo, risa y lágrimas. Porque estas lágrimas no son de dolor. Son de alegría, de orgullo, de esperanza.

Sí. Esto es lo que quiero.

Esto es lo que siempre quise.

Y nada ni nadie me va a hacer cambiar de idea.

Me acaricio suavemente el abdomen, todavía con la marca del pinchazo, y sonrío entre lágrimas.

—Bienvenido, futuro mío —susurro bajito—. Aquí empieza todo.

Y, por si el universo no lo había pillado aún, me recompenso a mí misma con un bailecito absurdo en medio de la habitación,

moviendo los brazos en alto como si acabara de ganar Operación Triunfo. Porque sí, porque he sobrevivido al primer pinchazo, y eso ya merece celebración.

Conclusión del día 1:

El miedo duele más que la aguja.

El orgullo pesa más que el líquido inyectado.

Y el camino a la maternidad empieza aquí: en un michelín hormonado, con lágrimas en los ojos y una sonrisa que no me cabe en la cara.

CAPÍTULO 22

Estoy tan emocionada que solo quiero que lleguen las nueve de la noche. Nunca pensé que en mi vida estaría deseando que llegara una hora concreta para pincharme hormonas, pero aquí me tienes: contando los minutos como quien espera el estreno de la nueva temporada de su serie favorita. Lo que antes fue un reto titánico, ahora se ha convertido en rutina. Una rutina rara, vale, porque ¿quién dice en voz alta con ilusión «¡por fin, otra inyección!»? Pues yo. Yo lo digo.

Después del primer pinchazo, del mal rato inicial, de la risa floja y de mi cabeza jugando al «a ver cómo boicoteo a esta mujer hoy», la sensación que me recorre ahora es otra: ilusión. Orgullo. Incluso un puntito de enganche, porque, oye, superarte a ti misma tiene su gustillo. Ahora preparo la jeringuilla con la seguridad de una experta. Ni dudo, ni tiemblo. Directa al michelín, como si llevara años practicando. Pellizco, pincho, inyecto, cuento hasta cinco y listo. Fácil. Como hacerme un café, pero con más emoción.

Incluso he desarrollado un ritual: pongo la cámara, sonrío, guiño un ojo y me doy ánimos a mí misma como si estuviera en un programa de talentos:

—¡Y con ustedes, la gran especialista en pinchazos exprés!

A veces pienso que, si la vida no me da hijos, al menos ya tengo futuro como enfermera de mí misma.

Y aunque sé que no es precisamente el plan de noche que cualquiera esperaría, para mí lo es todo. Cada pinchazo es un paso más hacia el sueño que llevo tanto tiempo deseando. Y con cada uno, mi sonrisa se hace más grande.

Tengo dos días antes de volver al médico, a mi cita con la ginecóloga bizca —sí, sigo pensando lo mismo: «¿cómo puede clavar una aguja alguien que ni ve recto? Madre mía»—, y no dejo de repetir en mi cabeza lo poco que queda para terminar… que en realidad significa empezar.

El día se me hace eterno. Las horas avanzan a cámara lenta. Me siento como cuando estás esperando un paquete y el repartidor pone *en reparto* desde las nueve de la mañana y aparece justo a las nueve de la noche, cuando ya estabas a punto de perder la fe en la humanidad. Así yo, mirando el reloj cada diez minutos, como si con mis ojos pudiera acelerar las agujas.

Y entonces llega.

Mi momento.

Repito el proceso del día anterior, pero esta vez con una seguridad que ni la mejor enfermera del hospital. Nada de dudas, nada de mareos, nada de estar quince minutos dando vueltas al cuarto como un pato mareado. Preparo la aguja con la precisión de una cirujana, sonrío a la cámara —mi compañera de aventuras— y pellizco el abdomen con una mano mientras con la otra acerco la aguja al protagonista absoluto de estos días: mi michelín.

¡Zas! Pincho sin dudar. Inyecto. Cuento hasta cinco como si estuviera narrando una final de Eurovisión, y saco la aguja con un gesto tan profesional que por un segundo me imagino con bata blanca, fonendo al cuello y gafas de médico.

—Buenas noches, soy la doctora de michelines, especialista en pinchazos exprés —me digo, riendo sola.

Cojo el algodón, limpio la zona y me quedo un segundo mirándome en el espejo. Y sonrío. Sonrío mucho.

—Una más… o una menos —susurro, según se mire.

Y al día siguiente, repito.

Y al otro también.

Con la misma emoción, con la misma ilusión y con la misma convicción: cada pinchazo me acerca un poco más a ti.

Y entre pinchazo y pinchazo, llega el otro gran evento de la semana: **mi cita con la ginecóloga bizca**. Sí, esa misma que desde la primera consulta me dejó a cuadros. Yo aún no entiendo cómo alguien que no apunta recto con los ojos es capaz de colocar una sonda o mirar una ecografía. Oye, milagros de la ciencia.

Me siento en la sala de espera y no dejo de pensar: «Como me meta el ecógrafo en la oreja, yo no respondo». Me entra la risa floja, de nuevo. No puedo evitarlo.

Cuando por fin entro, ahí está ella, con su bata blanca, su sonrisa torcida y esos ojos que no saben muy bien a dónde mirar. Me saluda con toda la normalidad del mundo, como si yo no estuviera rezando por dentro: «Señor, guíe sus manos, porque sus ojos hoy no están por la labor».

La revisión pasa entre comentarios técnicos que yo apenas entiendo y sus instrucciones cortas. Yo asiento, finjo seriedad, pero por dentro sigo pensando que esto es surrealista. Y que, si consigo quedarme embarazada después de todo esto, el mérito será doble: mío… y de la puntería de mi ginecóloga.

—Todo está muy bien, respondes a las hormonas muy bien, tanto que no creo que vaya a ser necesario que termines las diez jeringuillas. Llevas ahora mismo cuatro, ¿cierto?

—Sí, hoy sería la quinta —respondo con la voz cargada de emoción, como si acabara de aprobar un examen que llevaba semanas preparando.

—Pues voy a darte cita para el lunes, a ver cómo evolucionan tus óvulos con siete dosis, y el lunes te comentamos cómo continuamos con el proceso.

—¡Perfecto! —contesto, casi dando un salto en la silla.

Salgo de la consulta con una sonrisa tan grande que cualquiera diría que me ha tocado la lotería. Camino por el pasillo riéndome sola, porque pienso en lo curioso que es todo: he convertido algo

tan rutinario como pincharse en el acontecimiento más emocionante de mis días. Vamos, que me dicen hace un año que yo iba a estar celebrando pinchazos y no me lo creo ni en broma. La vida tiene un sentido del humor bastante peculiar… y yo estoy feliz de ser parte de este chiste precioso.

De vuelta a casa, lo mismo: esperar que el día pase hasta que llegue mi cita de las nueve. Esa hora ya no es simplemente «hora de pincharse», es mi ritual, mi pequeño momento de esperanza.

Y sí, sigo emocionada. Mucho. Cada noche preparo la jeringa sin dudas, sin miedo, con la tranquilidad de quien sabe que está haciendo lo correcto. No hay titubeos: pellizco, pincho, inyecto, cuento hasta cinco y sonrío. Porque cada gota que entra en mi cuerpo no es solo medicina, es futuro, es posibilidad, es ilusión.

Me miro en el espejo, veo mi abdomen —ese michelín que se ha vuelto protagonista absoluto de esta etapa— y sonrío. Me acaricio con cuidado, como quien guarda un secreto hermoso en la piel.

—Una más… o una menos —susurro para mí misma, según se mire.

Y me quedo pensando que sí, cada pinchazo es un paso más. Un peldaño invisible que me acerca, poquito a poquito, a ti.

Conclusión del día 5:

No hay miedo, solo nervios y emoción.

La rutina ya no pesa: la disfruto como parte de mi sueño.

Cada pinchazo me recuerda que estoy construyendo algo grande.

Y la mejor parte: cada vez sonrío más fuerte, porque cada dosis me acerca un poquito más a ti.

CAPÍTULO 23

Llega el lunes, con la emoción expulsando por todos los poros de mi piel.

Estoy sentada en la sala de espera, con el papelito en la mano, como si llevara el décimo de lotería premiado, y un tic nervioso en la pierna que no soy capaz de controlar, aunque lo intente. *Tac-tac-tac-tac*. Parece que estoy tocando una batería invisible.

El retraso en la consulta no ayuda. Cada vez que la pantalla salta a un nuevo número que no es el mío, siento que el corazón se me va a salir por la boca. La sala de espera es un cuadro: una señora leyendo una revista del 2009, otra tecleando en el móvil con la cara más seria del mundo, y yo, que parezco un perrito impaciente esperando a que lo saquen a pasear.

Por fin… ¡sale mi número! Me levanto de golpe y voy rauda y veloz al encuentro con mi ginecóloga. Yo, que soy de poner motes a todo el mundo, ya le tengo el suyo: la llamo Doctora Bizcotilla, en modo cariñoso, porque la pobre tiene ese ojo rebelde que mira para Cuenca cuando ella intenta enfocarse en Madrid. Y oye, la adoro, porque será bizca, pero tiene unas manos que apuntan mejor que cualquier francotirador.

—Buenos días —digo al entrar, con mi mejor sonrisa.

—Buenos días, Jennifer —contesta ella, sin llegar a mirarme, pues está ocupada escribiendo en el ordenador con concentración absoluta—. Pasa a la sala y ve acomodándote en el sillón para la exploración. Vamos a ver cómo han ido estos tres días.

El sillón. El temido potro de tortura.

Eso es lo que más odio del ginecólogo, y lo digo siempre: ese momento en el que, con toda la naturalidad del mundo, te sueltan frases como «suba las piernas, pero baje más el culo, acérquese más al final del asiento, un poquito más, un poquito más…».

¿Perdona? ¿Más? Si me acerco un centímetro más me despeño por el precipicio del pudor y acabo en el suelo, medio en bolas, patas arriba y con dignidad cero.

Y encima, lo dicen como si fuera lo más normal del mundo: «Relájese, mujer». ¡Hombre! Claro, relajadísima estoy, con las piernas abiertas enseñando hasta el alma, el foco de luz apuntando como si fuera un espectáculo de Broadway, y medio mundo entrando y saliendo de la consulta como si mi potorro fuera monumento turístico.

Y claro, mientras yo intento colocarme, lo único que me viene a la mente es la misma duda existencial de siempre: ¿existe realmente un potorro bonito? Porque, no es por nada, pero yo aún no he visto ninguno que diga «wow, esto es arte renacentista». Estoy convencida de que en las películas porno los operan, les hacen *lifting*, láser, Photoshop y lo que haga falta para que se vea perfecto y maravilloso ante la cámara. Pero en la vida real… en la vida real todas estamos igual: sufriendo por lo que no hace falta sufrir.

En fin, prosigo, que me lío, me lío… y no termino nunca.

—Bien, vamos a ver cómo ha ido todo.

Estoy nerviosa. Muy, muy nerviosa. Tengo el corazón latiendo como si fuera una batucada y las manos empapadas de sudor.

—Mmmmmmm. —Bizcotilla mueve el ecógrafo en mi interior con toda la soltura del mundo, mirando la pantalla como si leyera un libro en otro idioma que solo ella entiende. Yo la observo fijamente, intentando descifrar su cara: ¿está viendo algo bueno, algo malo, algo regular? ¿Se ha distraído con lo que va a cenar esta noche?

—¿Va todo bien? —pregunto al fin, con un temblor en la voz que me delata.

—Sí… mira. —Y gira la pantalla hacia mí—. Has respondido muy bien al tratamiento, tal y como preveía. No es necesario que termines las diez inyecciones. Tienes dos óvulos muy visibles, y un tercero asoma por aquí detrás, ¿lo ves?

Miro la pantalla y ahí están: unos circulitos bien redondos, como burbujitas perfectas. Para mí son muy monos. Hermosos, incluso. Me parece que están gigantes, como si hubieran estado yendo al gimnasio mientras yo me pinchaba. Y ahí, medio escondido, aparece otro: más tímido, como diciendo «ehhhh sí, estoy, pero no te fijes mucho en mí, que aquí estoy bien en segunda fila».

Y justo cuando ya me estaba haciendo ilusiones con mi pequeño equipo de óvulos estrellas… ¡zas!

También veo otro puntito, más pequeño.

—¿Y eso qué es? —pregunto, inocente, señalando la pantalla.

—Eso es un pólipo. Está claro que el exceso de hormonas ha facilitado que aparezca. Es pequeño —dice mientras empieza a teclear y a medir con el ratón.

Y entonces… mi cabeza entra en modo drama automático.

Un pólipo. ¿Un pólipo?

Mi corazón se acelera.

¿Y si es cáncer?

Yo venía para una inseminación… ¿y ahora me voy con un diagnóstico mortal?

El cuerpo se me queda rígido, los labios secos y la voz me sale temblorosa:

—¿Eso qué significa? ¿Qué tengo que hacer? ¿Es peligroso?

—Tranquila —responde con su tono calmado, retirando el ecógrafo y mirándome con una media sonrisa cómplice—. Tras el proceso tendremos que extirparlo, pero ahora no es preocupante. Lo importante aquí es… ¿quieres continuar con el proceso sabiendo que tienes tres posibilidades?

Yo parpadeo varias veces.

—¿Cómo? Pero eso es bueno, ¿no?

—Me refiero a que, al tener tres óvulos, hay posibilidad de embarazo múltiple —dice con una sonrisa amplia, como si me estuviera anunciando que he ganado un premio en un concurso.

—¡¿Qué?! —Mi cuerpo pega un respingo tal que casi me caigo del potro de la tortura. Eso o quedo sentada en posición vertical como si fuera a despegar en una montaña rusa—. ¿Cómo que múltiple? ¡Sácame dos, los dono, con uno me basta!

Ella sonríe tranquila, como si le acabara de pedir algo de lo más normal.

—No funciona así. En caso de que no quieras asumir el riesgo, debemos parar el tratamiento, esperar y volver a comenzar regulando la dosis hormonal.

Yo me quedo helada.

¿Parar? ¿Volver a empezar? ¿Otra vez desde el principio? No, no, no. Mi cabeza hace un ruido como si me hubieran tirado un cubo de agua fría encima.

—¿Puedo pensarlo? —logro decir, tragando saliva.

—Mmmm… verás, necesito que me lo digas ya, porque hay que solicitar el semen para dentro de dos días, y darte la cita para la inseminación.

—¿Dos días? —repito, casi como un eco, porque no me entra en la cabeza.

—Sí. En caso de asumir el riesgo de embarazo múltiple, hoy deberías pincharte la dosis doble, mañana no te pincharías y el miércoles sería la inseminación. —Y me sonríe otra vez. Esa sonrisa tranquila, segura… que en mí causa el efecto contrario: me está dando un ataque de pánico.

—Puedo darte quince minutos para pensarlo —añade, quizá viendo que me he quedado blanca como una sábana—. Luego llamas a la consulta y, si lo decides, te damos el papel para la cita.

Asiento. Pero siento que hasta el alma me tiembla.

Salgo de la sala, todavía medio rígida, con la sensación de que las paredes se mueven a mi alrededor. Y pienso: «Yo venía a pincharme, a ilusionarme con un bebé… y salgo con la amenaza de tres, un pólipo y quince minutos para decidir el futuro de mi vida. ¿Alguien me explica cómo se hace esto?».

Y ahora… ¿qué hago?

CAPÍTULO 24

Estoy en la calle, he tenido que salir del hospital para que me dé el aire… si me pongo a hiperventilar aquí y ahora no creo que sea nada bueno. Siento que las paredes del pasillo me han perseguido hasta la puerta, que el aire del hospital se me había quedado corto, espeso, como si no alcanzara.

El contraste es brutal: dentro todo era luces frías, olor a desinfectante y un silencio incómodo, interrumpido solo por el pitido de alguna máquina. Aquí fuera, de golpe, la vida sigue: coches pasando, una señora arrastrando el carrito de la compra, un chaval con los cascos puestos que mueve la cabeza como si estuviera en un concierto. Y yo en medio, con la cabeza a mil y la sensación de que me falta oxígeno, aunque esté en plena calle.

Trago saliva, intento regular la respiración, pero es como si el aire se riera de mí y no quisiera entrar del todo. Me apoyo en la pared, fría, áspera, y me dejo caer un poco, con las piernas flojas, como si todo mi cuerpo pesara el doble. No sé si es miedo, nervios, ilusión, o todo junto, pero joder, la mezcla es potente.

Cierro los ojos unos segundos. Escucho mi corazón retumbar en los oídos. Y me repito una y otra vez: «No te desmayes aquí, no te desmayes aquí, que bastante tienes ya como para terminar tirada en la puerta del hospital y que te recojan entre dos celadores».

Respiro hondo. El aire fresco me golpea la cara. Poco a poco empiezo a sentir que la niebla interna se disipa.

Tengo quince minutos.

Ya son catorce.

Lo pienso mientras miro la hora en la pantalla del móvil. Noto cómo las manos me sudan y cómo el corazón me va a mil. Y entonces entro en la agenda, deslizo los contactos con rapidez y pienso: «tengo clarísimo a quién llamar primero».

—¿Cristina? —digo tras los dos tonos que tarda en contestar.

—Hola, flor, dime.

—Voy a llorar… no me interrumpas, estoy en crisis, en MUCHA crisis. Verás… no lo sabías, bueno ni tú ni nadie… pero necesito ayuda, mucha ayuda. He empezado el proceso de inseminación, estoy aquí en el hospital, me han dado quince minutos, que ahora serán poco más de diez, y me han dicho que tengo posibilidad de embarazo múltiple… ¿Qué hago? ¡¿Pero qué hago yo sola con más de uno?! Que me infarto, de verdad… necesito que seas la voz de mi calma, serena, porque te juro que me desmayo aquí mismo en la puerta…

—Espera, espera… ¿ya?

—¡Cristina, que no tengo tiempo!

—A ver, que me has pillado en el trabajo y me estoy quedando yo en *shock* —responde, respirando fuerte—, pero escucha: eres una guerrera, siempre lo has sido, y podrás con uno, con dos, con tres o con los que vengan. Entra de nuevo en la consulta, porque sabes que no estás sola, y no lo vas a estar. Nos tienes a muchos.

Y ahí me rompo.

Lloro. Lloro mucho, como si esas palabras me hubieran atravesado directo el pecho.

—Gracias, amiga… —le digo entre sollozos.

—De gracias nada, luego me llamas y me cuentas TODO desde el principio, porque ahora la posibilidad de desmayo la tengo yo.

Me río con lágrimas y cuelgo. Y aunque Cris me ha dado un buen chute de energía positiva, necesito más gasolina, más seguridad absoluta antes de volver a entrar. Así que decido llamar a otra amiga.

—¿Qué pasa? —Iria me contesta con tono nervioso, como si ya supiera que algo raro venía.

—Estoy en el hospital —respondo, esta vez más tranquila que con Cristina—. Necesito decidir si me insemino en dos días o no, porque tengo posibilidad de embarazo múltiple y estoy un poco gelatina ahora mismo… ¿qué hago?

—¿¡Cómo!? Espera… A ver, sabes que podrías perfectamente. No estás sola, tienes el apoyo de tu familia y de tus amigos, estamos aquí.

—Sí… pero…

—Muy fácil: coge una moneda. Cara sí, cruz no.

—¡No tengo monedas! —digo ya entrando en pánico otra vez.

—Pues pídela.

—Ay, madre… —resoplo, llevándome la mano a la cabeza. Y sin pensarlo demasiado, suelto—: Perdona, ¿podrías prestarme una moneda? —le digo al primero que pasa por mi lado. La vergüenza, he de decir, brilla por su ausencia… pero qué coño, si no sé ni lo que es la vergüenza a estas alturas. Momentos desesperados requieren soluciones desesperadas.

—¡Eso es! Tírala al aire —me anima Iría.

Lanzo la moneda, que vuela en cámara lenta, como si fuera la final de un partido de Champions.

—¡No la mires! —grita ella desde el teléfono—. Dime qué ha pensado tu cabeza que quería que saliera.

—¡Puta! ¿Me estás estafando? —le digo, con el corazón en la garganta.

—Noooo. —Se ríe—. Tu mente es sabia.

Respiro hondo. Cierro los ojos.

—Cara. No quiero volver a empezar. Que por lo que sea la próxima vez no me quede embarazada… y arrepentirme por no haberlo intentado esta vez.

—Ahí tienes tu respuesta —me dice, y cuelga.

Yo sonrío. Sonrío con esa mezcla de miedo, adrenalina y determinación. Me guardo el teléfono en el bolsillo, aprieto los labios para que no se me escape otra lágrima y corro hacia la consulta de nuevo.

Llamo a la puerta. Me dan paso. Entro.

Asiento con la cabeza, fuerte, convencida.

—Sí. Estoy dispuesta a asumir el riesgo —digo con toda la convicción del mundo.

Y juro que mientras lo digo siento que el suelo tiembla bajo mis pies, como si la vida entera acabara de dar un giro en ese instante.

Salgo de la consulta con el corazón acelerado, las piernas flojas y la cabeza a mil, pero también con una sonrisa que me arde en la cara. Ya está. Decidido. El miércoles será el día.

Conclusión del día 8. 1.2

El aire de la calle fue mi salvavidas.

Cristina me dio calma, Iria me dio método (aunque fuera con una puta moneda).

He llorado, he reído, he pedido ayuda a desconocidos… y he tomado la decisión.

Hoy aprendí que no hay plan perfecto, pero sí hay coraje para seguir adelante.

Estoy asustada, sí, pero más feliz que nunca: cada paso me acerca a ti, o a vosotros/as…

CAPÍTULO 25

Tic tac, tic, tac…

Pasan las horas, los minutos y los segundos… pero nada, que no llegan las nueve. ¡Se me está haciendo eterno! Siento que el reloj me vacila, que las agujas avanzan cuando no miro y se quedan quietas en cuanto fijo los ojos en ellas.

Voy de la cocina al salón, del salón a mi cuarto, de mi cuarto al baño, como alma en pena. He decidido pasar la mayor parte del día esquivando a mi familia, porque como se me ocurra cruzarme con mi madre y me pregunte «¿qué tal estás?», me derrumbo y le suelto todo. Y no, quiero mantener el secreto, esa sorpresa bonita. Así que me escondo como si estuviera en una misión secreta.

Me convierto en experta en excusas absurdas: que si «voy a ordenar el armario» —cuando en realidad lo que hago es contar cuántos cajones tengo para distraerme—, que si «voy a ducharme otra vez» —aunque ya me huelo a flor de loto de tanto gel—, que si «me duele la cabeza» —pero lo único que me duele es la espera.

Mientras tanto, mi cuerpo es un cúmulo de nervios: tengo las manos frías, los pies calientes, la tripa revuelta… y una energía que parece la de una hoja atrapada en un tornado. ¡Temblando sin parar!

Cada vez que miro el reloj, me digo: «Venga, ya solo faltan seis horas… cinco… cuatro…». Y, aun así, siento que nunca llega la dichosa hora. ¡Maldita aguja del reloj, cabrona, ponte las pilas y avanza!

Pero ahí sigo, esperando que den las nueve, deseando ponerme la inyección y, acto seguido, meterme en la cama para seguir

temblando, esta vez no de miedo, sino de ilusión.

Decido encerrarme en mi cuarto y ponerme a trabajar, enfrascada entre documentos, a ver si así pasa más rápido el tiempo… porque si me quedo de brazos cruzados, acabo subiéndome por las paredes como Spiderman.

Al principio me cuesta la vida misma concentrarme. La pantalla del ordenador me mira, yo la miro a ella, y entre nosotras solo hay un silencio lleno de tensión. Pero poco a poco consigo entrar en modo automático: tecleo, borro, vuelvo a escribir, me peleo con las tablas de Excel como si estuviera en una batalla campal.

En menos de una hora ya tengo avanzados informes que, sinceramente, no necesito para nada todavía. Preparando memorias anuales, mensuales, trimestrales… vamos, que, si me pongo, dejo programado el trabajo del próximo año y hasta del siguiente. Todo para no pensar.

Proyectos de aquí, indicadores de allá, gráficos que nadie ha pedido… ¡un sinfín de papeles y archivos que no hacen falta en este momento pero que me mantienen ocupada! Porque si no, mi cabeza va a terminar explotando como palomita en el microondas.

Y mientras me concentro en describir objetivos, metodologías y resultados, lo que en realidad estoy haciendo es ponerle un bozal a mi mente para que no siga ladrando con la misma pregunta de siempre: «¿Y si sale mal? ¿Y si sale bien? ¿Y si son tres? ¿Y si me vuelvo loca?».

Así que sigo tecleando como posesa, hasta que me doy cuenta de que tengo un informe completísimo sobre algo que ni me habían pedido. Y pienso: «Mira tú qué bien, si no me quedo embarazada, al menos tendré las memorias del 2050 listas».

Me suena la alarma —¡sí, por fin!—. El momento de la verdad ha llegado.

Siento un cosquilleo por todo el cuerpo, como si me fuera a subir a una montaña rusa sin cinturón de seguridad. Coloco la cámara en

modo grabación —mi testigo silenciosa de esta aventura—, y respiro hondo.

Preparo la aguja con cuidado, no sin antes leerme muy, muy atentamente el prospecto. Esta no es como las anteriores y, por si acaso, no quiero liarla parda. Releo cada frase como si fuera un acertijo de *El Código Da Vinci*.

Pero claro, entre tanto leer, releer, volver a mirar, comparar con la foto, girar el papel y hasta ponerlo boca abajo —como si así fueran a aparecer instrucciones secretas—, me hago un lío monumental.

Aun así, ahí estoy: con el prospecto en una mano, la aguja en la otra y la cámara enfocando todo, como si estuviera rodando un tutorial de YouTube titulado *Hormonas para principiantes: guía para no morir en el intento*.

El corazón me late fuerte, las manos me tiemblan un poco, y no sé si estoy más nerviosa por la inyección en sí o por la posibilidad de quedar registrada en vídeo haciendo el ridículo.

—Joder… si me ve alguien pensaría que estoy en Houston a punto de dar la orden de despegue del Apolo 13, y lo único que tengo delante es una aguja —murmuro, riéndome sola.

—Venga, alma de cántaro… que no estás diseñando una nave espacial, solo tienes que pincharte —me digo en voz alta, dándome ánimos como si fuera mi propia entrenadora personal.

Coloco la aguja, reviso otra vez el papel, la giro, la vuelvo a revisar… y me doy cuenta de que estoy al borde de ponerme a hablarle como si fuera un ser vivo:

—A ver, bonita, vamos a llevarnos bien…

Respiro hondo. Una, dos, tres veces.

Me pellizco el michelín con decisión.

—Venga, que tú puedes —me digo en voz alta, como si fuera mi propia animadora.

Y entonces lo hago.

Clavo la aguja. Aprieto. Cuento despacio hasta cinco, notando cómo el líquido entra en mi cuerpo y, con él, una mezcla de miedo, ilusión y orgullo. Uno… dos… tres… cuatro… cinco.

La saco.

Me quedo inmóvil unos segundos, como si estuviera esperando fuegos artificiales, un aplauso enlatado, o al menos un redoble de tambores. Pero no: lo único que hay es silencio… y mi sonrisa reflejada en la cámara.

Cojo el algodón, limpio la zona, lo lanzo a la papelera como quien mete una canasta decisiva en el último segundo del partido y levanto los brazos en alto.

—¡Toma ya! —grito bajito, riéndome como una loca.

Sonrío, mucho. Y fuerte. Porque otra vez lo he hecho. Y otra vez siento esa oleada de orgullo que me atraviesa el pecho, recordándome que cada pinchazo es un paso más hacia ti, o…

Conclusión del día 8. 2.2

La espera desespera, pero la victoria sabe a gloria.

Entre prospectos, nervios y risas, sigo demostrando que puedo con todo.

Cada aguja es menos miedo y más ilusión.

Hoy, más que nunca, siento que el futuro está un pasito más cerca.

CAPÍTULO 26

Mi Tamy:

Amigaaaaaaa
Te espero en la entrada del Mercadona
Estoy nerviosa!!
Tú estás nerviosa???
Ayyyy, qué ilusión!

Río al leer el mensaje, porque solo ella es capaz de escribirme así, con esa energía que contagia hasta por WhatsApp. Siento que me tiemblan un poco las manos, y al mismo tiempo me arranca una sonrisa de oreja a oreja.

Estoy dando vueltas por la calle trasera del hospital intentando aparcar. Después de tres vueltas al edificio, con el intermitente puesto como si fuera una loca marcando territorio, consigo un hueco milagroso. Aparcar aquí es deporte olímpico, lo juro.

Apago el motor, respiro hondo y me quedo un segundo quieta, con las manos aún en el volante. Miro otra vez el mensaje de Tamy. Qué suerte tenerla. Qué suerte que hoy me acompañe.

Decidí hablar con ella porque no quería repetir la experiencia sola, ni de broma. Después de la crisis existencial del último día, con lágrimas, llamadas de emergencia y hasta tirar monedas al aire, tenía claro que necesitaba una cómplice, alguien que me diera la mano antes de entrar. Porque si no, me veía perfectamente salir corriendo antes de bajarme los pantalones en la consulta.

La imagino ahí, en la entrada del Mercadona, dando saltitos como si fuéramos a un concierto y no a una cita ginecológica. Y me río

otra vez sola, porque sé que en cuanto la vea, se me va a olvidar el nervio y me voy a dejar llevar por su calma y su cariño.

Hoy no voy sola. Hoy voy con *mi* Tamy. Y eso ya lo cambia todo.

Para mí ella es alguien muy importante, una de esas personas que se convierten en pilares sin darse cuenta, que te acompañan no solo en los días grises, sino también en esos momentos luminosos que marcan un antes y un después. Estuvo conmigo el día que firmé en la notaría y compré la parcela, sujetándome la mano como si estuviera firmando mi destino en vez de un contrato. Y también fue ella quien se encargó de toda la documentación y los trámites posteriores, porque yo trabajaba y no podía hacerlo… vamos, que, si no fuera por Tamy, todavía estaría en la ventanilla del registro preguntando dónde se sella la copia.

Además, no me olvido de que fue la primera en decirme que Rober me tiraba la caña. Yo, en mi mundo, sin enterarme de nada, y ella, con esa mirada lista de «amiga, abre los ojos, que te están mandando señales de neón». Qué poca atención le hice al principio, y qué razón tenía. Si me fiara más a menudo de su radar femenino, me habría ahorrado más de un mareo.

Hoy lo primero que vamos a hacer es desayunar juntas, porque la cita no es hasta las once. Y sí, lo sé: Once de mayo, a las once de la mañana. ¿No os parece mágico? No me digáis que no es un número bonito, parece una señal del universo puesta ahí solo para mí.

Nos sentamos en la zona de mesas en el exterior del Mercadona, tras comprar nuestro botín para desayuno que sabe a gloria: unas tostadas con tomate, aceite y jamón, un zumo de naranja que entra como agua bendita, y muchas risas nerviosas entre bocado y bocado. Tamy, como siempre, visualizando futuros posibles: «Te veo con dos, te veo con uno, te veo enloquecida, pero feliz», y yo riendo a carcajadas, a ratos con la ilusión en los ojos, a ratos con ese nudo en el estómago que no me suelta.

Y después de ese desayuno que me llena tanto el cuerpo como el alma, nos levantamos, respiramos hondo y caminamos juntas hacia la consulta. De la mano. Porque sé que a veces, aunque una pueda

sola, es muchísimo más bonito compartir el camino con alguien que te quiere bien.

Voy directa a la máquina, introduzco mi tarjeta sanitaria para que me den el numerito correspondiente y enseguida sale el papelito. Es como tener en la mano el billete de entrada a una montaña rusa que no sabes si te va a marear, darte un subidón o ambas cosas.

Nos sentamos en la sala de espera, y de inmediato vuelve mi tic nervioso en la pierna. *Tac-tac-tac*, no lo controlo, es como si tuviera dentro un metrónomo marcando el compás de mi ansiedad. Pero esta vez no soy la única. Cuando levanto la vista y miro a Tamy, me doy cuenta de que ella está incluso más nerviosa que yo.

Se muerde las uñas, aprieta los labios, y aunque sonríe cuando le lanzo una mirada, sus ojos la delatan. Sé que los hospitales no son su lugar favorito —aunque vamos, no son el de nadie, obviamente—. Pero para ella es distinto. Ella conoce este edificio de sobra, demasiado bien. Cada pasillo, cada sala, cada ascensor… los tiene grabados en la memoria a base de momentos difíciles. Lo recorre con esa familiaridad amarga que solo se tiene cuando un sitio te ha visto llorar muchas veces.

Y precisamente por eso quería que estuviera aquí conmigo hoy. Porque sé lo mucho que pesan estas paredes para ella. Sé lo que significa sentarse de nuevo en esta sala. Y quiero, con todas mis fuerzas, que al menos esta vez pueda guardar un recuerdo diferente, algo bonito. Que no todo lo que venga de este hospital sean disgustos, malas noticias y tratamientos invasivos.

Quizá sea egoísta, pero me gusta pensar que este momento también es un regalo para ella: acompañarme en este camino, darme la mano y, de paso, empezar a teñir de ilusión un sitio que tantas veces se le ha quedado gris.

¡PIIIN!

La pantalla cambia el número y aparece el mío, como si fuera un marcador luminoso en un estadio llamándome a saltar al terreno de juego. Es mi turno.

Pego un bote en el asiento, casi tiro la mochila al suelo, y Tamy se levanta conmigo al mismo tiempo, como si estuviera perfectamente sincronizada a mis movimientos. Nos miramos, respiramos hondo a la vez y caminamos juntas hacia la puerta de la consulta. Una al lado de la otra, como dos soldaditas entrando a la batalla.

Empujo la puerta y ahí está ella: la doctora Bizcotilla. Nos observa entrar con esa mirada particular que nunca sabes si te está analizando a ti, a la pared de atrás o a ambas cosas a la vez. Y aunque no dice nada, sé que ha notado la novedad: hoy no vengo sola.

No parece sorprenderse demasiado, pero la pillo en un microsegundo de gesto cómplice. Como si pensara: «Ajá, ya veo, esta vez se ha traído refuerzo para no salir corriendo como el Correcaminos… *Beep, beep*».

Yo sonrío nerviosa, Tamy me aprieta la mano sin soltarla y siento que, al menos esta vez, no entro al potro de la tortura sola.

—Buenos días, ¿cómo te encuentras? —pregunta la doctora, sin levantar mucho la vista del ordenador.

—Bien… algo nerviosa, pero bien, supongo —respondo, encogiéndome de hombros y sonriendo con cara de «mentira, estoy que me muerdo las uñas por dentro».

—Es normal. Hoy es un día importante —afirma con su voz calmada, como quien anuncia la previsión del tiempo. Y entonces, sin más, me entrega unos papeles que desliza por la mesa con esa frialdad administrativa que me da ganas de reír—. Verás, voy a darte las pautas de lo que debes hacer después de hoy. Cuando salgas de consulta, debes ir a la farmacia y comprar óvulos de progesterona. Te pondrás uno al día, durante doce semanas. En caso de no quedar embarazada, terminarías el tratamiento antes.

Yo asiento, procesando la información, pero antes de que pueda abrir la boca, Tamy se me adelanta, rápida como siempre:

—¿Progesterona? ¿Y eso qué es? —pregunta con un tono entre curiosidad y cara de «ni de coña me voy sin saber qué es lo que le vas a mandar».

La doctora levanta la vista y responde con tranquilidad, como si estuviera dando clase:

—Son supositorios vaginales que contienen la hormona progesterona. Sirven para preparar el útero y el endometrio, de manera que puedan mantener el embarazo, ayudando a evitar posibles abortos.

Yo me quedo callada, pero la palabra *supositorios* resuena en mi cabeza como si fueran tambores. Miro de reojo a Tamy, que me devuelve una mirada cómplice, y casi nos entra la risa floja al mismo tiempo. Porque vale, muy serio todo lo que dice la doctora… pero ¿tenía que sonar tan poco glamuroso?

—O sea —digo yo, intentando mantener la compostura—, que además de pincharme, ahora tengo que «empotrármelos» yo misma cada día. Madre mía, la maternidad no trae manual, pero trae un *kit* de sorpresas que flipas.

La doctora sonríe apenas, acostumbrada ya a estas reacciones, mientras Tamy suelta una carcajada bajita que no puede contener.

—Ahora pasa a la otra sala y sube al sillón para seguir con el proceso.

«Potro de tortura, allá vamos».

Trago saliva y me levanto, mientras Tamy se queda sentada fuera, con cara de «si me dejan entrar, entro, aunque sea de incógnito». Pero no, toca vivir esta parte sola.

Me acomodo en el sillón, lo cual ya es un acto heroico de coordinación corporal: que si sube las piernas, que si baja más el culo, que si acérquese al borde… y yo pensando: «En dos movimientos más me despeño de cabeza y me sacan en camilla».

—Ahí están los tres… —anuncia ella, mirando la pantalla.

«Madre mía, tierra trágame… que solo llegue uno, por Dios bendito, que me puede dar un síncope si aparecen todos juntos en el escenario». Miro al techo, intentando relajarme, mientras ella sigue con la exploración y confirma que todo está en orden.

—Bien, ahora vamos con la inseminación. No deberías notar nada.

«Pues menos mal», pienso. Me cago en todo, yo aquí confiando en su atine pese a tener un ojo a la virulé… y resulta que empieza a doler. «¿Por qué cojones duele si se supone que no tenía que doler?».

Al parecer, la primera vez no entraba bien la pistola. Sí, la pistola, así la llama, tan pancha. Y yo por dentro: «¿Perdona? ¿¡Que no entra bien!?».

A ver, la pistola era finísima, como una pajita de esas para remover el café. ¡Una puta pajita! ¿Cómo no iba a entrar eso? ¡Si han entrado cosas mucho más grandes por ahí! Y no voy a dar detalles, pero vamos… entre el ecógrafo —que pequeño precisamente no es— y la vida íntima de cualquier mujer… os juro que lo de la pistola era para nota.

Pero no, ahí estaba yo, con las piernas abiertas, rezando porque a la segunda fuera la vencida. Ella lo intenta de nuevo, con toda la calma del mundo, mientras yo me agarro al sillón como si estuviera en la montaña rusa del parque de atracciones.

Y al final, entra. Por fin. Yo cierro los ojos, respiro hondo y pienso: «Ya está… que sea lo que tenga que ser».

CAPÍTULO 27

Bajo del, ahora sí que sí, potro de la tortura, y me pongo la ropa en un visto y no visto. Creo que he batido récord olímpico en velocidad de vestimenta: dos segundos y ya estaba recolocada como si nada hubiera pasado, aunque por dentro estuviera jurando en arameo.

Vuelvo a la sala en la que Tamara espera sentada, absorta mirando la pantalla del teléfono. En cuanto levanta la vista y me ve entrar, abre los ojos como platos.

—¿Ya está?

«¿¿¿Que si ya está??? Amiga, cuando salgamos de aquí te voy a contar con pelos y señales lo que ahora mismo me encantaría transmitirte por telepatía». Porque tela marinera. Bizcotilla ha perdido hoy todos los puntos de buena voluntad que pudo acumular en el pasado.

—Sí, ya está. La verdad es que hemos tardado más de lo previsto, pues a la primera no entraba bien y hemos tenido que repetirlo una segunda vez —responde la doctora, como si estuviera comentando que el ascensor se había quedado atascado un segundo y ya está.

Yo miro a mi amiga con toda la intensidad del mundo, con cara de *luego te lo cuento todo*, mientras la doctora sigue hablando. Pero sinceramente, en mi cabeza solo resuena un «bla, bla, bla, bla…», porque lo único que deseo es salir de esa consulta y perderla de vista. Indignada me hallo.

—Bueno, esto… ¿haría falta algo más o con esto ya sería suficiente? —pregunta Tamara, toda modosita, como si fuera mi madre preguntando por la vacuna de su hija. Y yo ahí sentada, con

cara de adolescente que solo quiere que se calle para poder largarse.

—Solo que paséis a comprar la progesterona y comiences a ponértela hoy. Y esperar a hacer el test de embarazo cuando tengas una falta de tres días —responde Bizcotilla, tan tranquila, como quien te dice que riegues una planta y esperes a ver si florece.

¡¡¡JA!!! Si claro… como que voy a aguantar tanto…

¿Pero esta mujer me conoce? ¡Ni de coña! ¿Cuál era ese predictor que te lo dice hasta cinco días antes? Ese es el mío. Ese lo quiero yo. Que a mí la paciencia me dura lo mismo que un caramelo en la puerta de un colegio.

Cuando salimos, mi amiga y yo nos abrazamos fuerte, de esos abrazos que te hacen sentir que todo va a ir bien, aunque el mundo acabe de ponerse patas arriba.

—Pues ya lo tenemos —dice Tamy, con una sonrisa tranquila, como si acabáramos de entregar un examen y ahora solo quedara esperar la nota.

—Mmmmm no sé yo… con la puntería que me han demostrado ahí dentro, lo mismo ni ha entrado… porque menuda odisea, amiga… —respondo entre risas nerviosas, aunque por dentro todavía sigo medio indignada.

Ella me mira con esa seguridad suya que parece a prueba de bombas.

—Estoy segura de que va a ser que sí.

Y en ese instante, mis ojos comienzan a encharcarse. La emoción me atrapa de golpe, como una ola que me cubre entera. No puedo evitar pensar en todo lo que significa, en la posibilidad real que se abre delante de mí. Y me da miedo, claro, pero más todavía me da ilusión.

Tamy me aprieta más fuerte, como si supiera que ese pequeño gesto es la cuerda que necesito para no venirme abajo. Y ahí estamos las dos, en la puerta del hospital, riéndonos a ratos,

llorando a ratos, con esa mezcla tan nuestra de drama, comedia y esperanza.

Nos separamos tras un rato de distensión después de «la tormenta» y de acudir a la farmacia a comprar, obedientemente, los dichosos óvulos de progesterona. Ella tira hacia su coche, yo hacia el mío. Cogemos caminos diferentes para continuar con nuestro día, aunque todavía siento el calor de su abrazo.

Yo, en lugar de seguir su sabia recomendación, me voy directa al polideportivo. Porque según Tamy, lo ideal sería que me tumbara en la cama con las piernas en alto, cual jamón en secadero, para favorecer que todo se quede en su sitio. Que sí, que yo soy muy fantasiosa, pero mi amiga ha visto demasiadas películas románticas y foros de mamis. Yo prefiero entrenar un poco, gastar energía, dejar que mi cabeza se airee.

Cuando entro en la sala, ¡sorpresa! Me encuentro con mi tía Noelia. Hoy está haciendo la suplencia de Javi, el monitor habitual de la sala, que también es mi vecino buenorro. Noelia me ve entrar y abre los ojos como si no se esperara verme allí. Me sonríe, y en un segundo ya estamos entrenando juntas, compartiendo máquinas y charlas como si nada.

Yo, mientras tanto, llevo un volcán dentro. Me muevo, estiro, levanto pesas… pero en mi cabeza todo el rato late la misma idea: «¿Y si ha funcionado a la primera? ¿Y si ya hay algo ahí dentro?».

Y claro, mi imaginación ya está en marcha, dándolo todo. Empiezo a vislumbrar mil formas de anunciar que estoy embarazada. Una pancarta, un vídeo sorpresa, una caja con un predictor envuelto en lazo… ¡sí, obviamente pienso grabar las reacciones de todos y todas! Porque si algo tengo claro es que quiero inmortalizar el momento: las lágrimas, las risas, los abrazos… y volver a verlos cada vez que necesite recordar que todo esfuerzo valió la pena.

Así que ahí estoy, dándolo todo en el gimnasio, mientras en mi interior entreno otra cosa: la paciencia.

CAPÍTULO 28

Al día siguiente quedo con Rober para desayunar. Y es que, si hay algo que me da la vida, es un buen desayuno… puedo pasar sin cenas, incluso sin comidas elaboradas, pero un desayuno potente me cambia el humor para todo el día.

Nos vamos a un gallego de confianza, uno de esos sitios que huelen a pan recién tostado desde la puerta. El camarero apenas nos ve entrar y ya sabe lo que vamos a pedir: las tostadas de jamón con tomate gigantes, tan largas como nuestro antebrazo. Pedimos dos, una para cada uno. Él pide su café solo, cargado, que parece petróleo. Yo, mi zumo de naranja natural, recién exprimido, que llega a la mesa con burbujitas todavía en la superficie.

Nos sentamos frente a frente y, en cuanto nos ponen los platos, nos lanzamos al ataque. El pan cruje al partirlo, el tomate se escurre un poco por los lados y el jamón huele tan bien que me dan ganas de abrazar la tostada antes de darle un mordisco.

A mitad del festín, me detengo en seco, con la boca medio llena y la rebanada en la mano. Pienso: «Lo mismo no debería estar comiendo jamón… ¿no? Por si acaso ya estoy embarazada».

Me lo quedo mirando, dudando, con un trozo de jamón colgando de la tostada.

—Lo mismo no debería comer jamón —digo al fin, dando voz a mis pensamientos intrusivos… tragando saliva—. ¿No? Por si estoy embarazada…

Rober deja la taza de café en el platillo, con esa parsimonia suya que a mí me desespera cuando estoy en modo «hiperactiva paranoica». Me clava los ojos y sonríe con calma.

—No creo que pase nada porque hoy te comas el jamón… si te inseminaron ayer.

Yo sigo mirándole como si acabara de soltar una fórmula matemática complicada.

—Mmmmm… bueno, vale. Pero creo que será mi última tostada con jamón. Las siguientes solo de tomate, por si acaso.

Él se echa a reír, negando con la cabeza.

—Eres tremenda. ¿De verdad piensas que un trozo de jamón va a arruinar todo un proceso médico?

—¡Oye! Que nunca se sabe. Y yo no quiero ser la primera en salir en un reportaje de *cosas absurdas que arruinaron un embarazo*. Imagíname: *Mujer pierde la oportunidad de ser madre por no dejar el jamón ibérico*. ¡Me muero de la vergüenza!

Rober se ríe más fuerte, con esa carcajada contagiosa suya que hace que yo también sonría, aunque quiera mantenerme seria.

—De verdad… tienes una capacidad de exagerar que es para escribir un libro.

—Pues seguramente lo haga, ¡que lo sepas! —contesto riéndome.

La verdad es que pensé que la situación sería más rara después de la inseminación. Que habría silencios incómodos, o que él me miraría distinto, como con miedo o con presión. Pero no. Seguimos igual. Igual de cómplices, igual de naturales. Entre bocado y bocado seguimos hablando de chorradas, riéndonos, disfrutando del desayuno como si nada hubiera cambiado… aunque por dentro yo siento que todo ha cambiado.

Muerdo la tostada otra vez, y mientras mastico pienso: «Este chico tiene la paciencia de un santo». Me aguanta en mis fases de risa nerviosa, en mis crisis existenciales, en mis ataques de paranoia jamonera… y sé que también me aguantará el día que le diga que ya sí que sí, adiós al jamón, adiós al sushi, adiós a medio mundo gastronómico.

—Oye, ¿y si llega el día y te digo que no puedo comer más sushi? —le pregunto de golpe, como quien lanza un reto.

Rober se recuesta en la silla, se cruza de brazos y me mira con esa sonrisa ladeada suya que me derrite, la misma que parece decirme «tranquila, lo tienes todo bajo control, aunque no te lo creas».

—Pues me lo como yo por los dos —suelta tan campante, y tras un segundo de silencio, pasa a darle un sorbo a su café como si acabara de resolver el problema del mundo.

Me da la risa floja de inmediato y casi me atraganto con el tomate de la tostada. Empiezo a toser mientras él me mira medio preocupado, medio divertido, y yo le hago gestos de «tranquilo, que no me muero, pero madre mía, qué idiota soy».

Cuando por fin recupero el aliento, me limpio con la servilleta y lo miro fijamente. Y ahí me cae la ficha: me estoy riendo en uno de los momentos más tensos de mi vida. Y es por él. Por cómo consigue quitarle hierro a todo, por cómo se convierte en esa especie de escudo que no me deja hundirme en mis propios miedos.

Y me doy cuenta de algo muy simple pero enorme: con él, hasta las prohibiciones saben menos amargas. Con él, no importa si tengo que decirle adiós al jamón, al sushi o al Nestea frío en verano. Porque mientras él esté a mi lado, siempre habrá una sonrisa para compensarlo.

Lo observo mientras se termina su café, relajado, paciente, con esa calma que contrasta tanto con mi montaña rusa interior. Se mueve despacio, como si el tiempo le perteneciera, mientras yo por dentro corro a toda velocidad, imaginando escenarios, futuros posibles y hasta reacciones grabadas en vídeo.

Y pienso: «Ojalá el predictor marque positivo. Ojalá este hombre quiera seguir aquí, a mi lado, formando parte de mi mundo, aun cuando todo se ponga patas arriba». Porque sé que vendrán días de caos, de llantos, de cambios, de dudas… que nada será tan sencillo

como reírnos en una cafetería con una tostada delante. Y, aun así, lo deseo. Lo deseo con toda mi alma.

Me sorprendo a mí misma mirándolo como si quisiera memorizar hasta el último detalle de ese momento: la curva de su sonrisa, la forma en que sujeta la taza, incluso cómo apoya el codo sobre la mesa. Pienso que, si algún día todo se complica, quiero poder recordar exactamente esto: la calma que me transmite cuando yo siento que el mundo es un huracán.

Él levanta la vista y me pilla embobada. No dice nada, solo sonríe, como si adivinara lo que pasa por mi cabeza. Y esa sonrisa, tan sencilla, me hace creer —al menos por un instante— que todo va a salir bien.

CAPÍTULO 29

—¡Que aún no! —Mi voz se eleva sin querer, como un resorte, y siento cómo la frustración empieza a abrirse paso como un volcán a punto de estallar—. La doctora dijo que esperase a que tuviera tres días de falta… ¡Tres! Estamos a martes, y hasta el viernes no debería bajarme la regla. Y os digo yo que no estoy embarazada, que esto es culpa de la maldita progesterona que me estoy metiendo cada día. Da los mismos síntomas, ¡los mismos! Y no pienso hacerme ilusiones para que luego todo se quede en nada.

Mi hermana me observa en silencio, con esa mezcla de ternura y paciencia que, en vez de calmarme, me pone aún más nerviosa. Esa mirada de «tranquila, ya verás» que uno agradece en teoría, pero en la práctica es como echar gasolina al fuego. Al otro lado del teléfono, mi amiga suspira con un dramatismo digno de telenovela de sobremesa; si pusieran una banda sonora, seguro que sonaba un violín trágico de fondo.

—Estás embarazada, seguro. Mira cómo tienes las hormonas, disparadas, que no te aguantas ni tú misma —dice al fin, con una emoción contenida en cada palabra, como si intentara sonar lógica, pero estuviera a punto de saltar de alegría—. Id a la farmacia y compra un Clearblue. Esos te lo dicen antes de que tenga que bajarte el periodo, ¡te lo digo yo!

Ruedo los ojos con cansancio, ese cansancio que te hace sentir que estás atrapada en una broma pesada sin final. Llevan así toda la mañana, como un dúo cómico empeñado en convencerme: una hace de *cheerleader* del destino y la otra de cómplice silenciosa. Entre la insistencia de mi amiga y la mirada de mi hermana, no sé quién me desespera más.

—Está bien —cedo al fin, levantando las manos como si me rindiera en una guerra absurda—. ¡Si así vais a dejarme tranquila, mearé en el palito!

Al otro lado del teléfono, mi amiga suelta un grito ahogado de emoción, como si acabara de ganar un premio. Mi hermana sonríe de medio lado, esa sonrisa triunfal de quien siente que ha ganado una batalla sin haber disparado ni una palabra. Yo, en cambio, me dejo caer contra el respaldo del asiento del copiloto con un bufido resignado y me dejo llevar.

—Pero os aviso —añado, señalándolas a ambas con el dedo como una madre a punto de regañar, pese a que mi amiga está en llamada conectada al coche—: si sale negativo, os vais a comer vuestras ilusiones con patatas.

Unos minutos después, aparcamos frente a la farmacia. Bajo del coche con las piernas algo temblorosas, el corazón acelerado y una tormenta de pensamientos que no me deja en paz. Por fuera, finjo calma; por dentro, soy un torbellino.

Entro con paso firme, casi teatral, intentando aparentar una seguridad que no siento. Saludo a la farmacéutica con una sonrisa breve, de esas que parecen educadas, pero llevan nervios escondidos, y pido la prueba como quien pide un paquete de tiritas. Como si fuera algo rutinario, como si no estuviera a punto de comprar dinamita. Pero en realidad, eso siento: que tengo entre las manos un pequeño explosivo y que en cualquier momento va a estallar.

Ella me mira con una sonrisa tierna. Me conoce. Me ha visto entrar mil veces a por ibuprofenos, caramelos para la garganta y, últimamente, las hormonas del tratamiento. Es lo que tiene vivir en un barrio pequeño, donde hasta la farmacéutica sabe en qué punto del camino estás. Y encima es la madre de una antigua compañera de la infancia, aquella con la que jugaba en el parque cuando ni siquiera me planteaba todo esto.

—Si ves a mi madre, ni una palabra de esto —le digo bajito, inclinándome sobre el mostrador, con un gesto casi conspirador—.

Que debería ser sorpresa.

Ella me guiña un ojo, divertida, y hace el gesto de cerrar una cremallera sobre los labios.

—Tranquila, mis labios están sellados —dice, con tono solemne, como si acabara de jurar guardar un secreto de Estado.

—¡Y los míos! —añade su compañera, una chica muy maja que también lleva años aquí y que se emocionó muchísimo cuando vine por primera vez a comprar las hormonas—. Pero tienes que llamarnos y contarnos qué ha salido.

Las dos me miran con esa mezcla de complicidad y cariño que solo se encuentra en los lugares donde una se siente «en casa». Por un segundo me dan ganas de reírme y llorar a la vez. Es como estar en una película en la que todo el barrio conspira a favor de tu final feliz.

Salgo con la bolsita en la mano, apretando los dedos alrededor del plástico como si llevara un artefacto nuclear. El cielo de martes parece inocente, casi indiferente, pero yo camino como si llevara dentro un secreto enorme.

¿Y si tenían razón?

¿Y si de verdad estoy embarazada?

¿Y si este cosquilleo en el pecho no es solo efecto de la progesterona, sino el primer aviso de que mi vida está a punto de cambiar para siempre?

El mundo sigue igual a mi alrededor: coches pasando, gente con bolsas, un perro que tira de su correa. Pero para mí todo ha cambiado. La calle parece más ancha, el aire más denso, como si cada paso me acercara a un precipicio invisible.

Y en ese instante, bajo el soleado cielo de un martes cualquiera, sé que, sea cual sea el resultado, nada volverá a ser igual.

CAPÍTULO 30

—¡Madre mía, amiga, pero que eso no se pone así! —grita mi amiga desde la pantalla del móvil, que ahora mismo sostiene mi hermana como si fuera juez y jurado de la operación «palo en pis».

La voz retumba en la cocina, haciendo eco entre los azulejos, mientras yo me debato entre lanzar el teléfono por la ventana o morderme la lengua para no soltarle lo que de verdad pienso.

—¿Pero cómo que no? —respondo, con la paciencia colgando de un hilo finísimo—. Es mear, mojar el palito en el pis y taparlo. No es ingeniería aeroespacial. Vale que sea muchas cosas, pero tonta no, ¿eh? Alguna neurona me queda.

Camino hacia el baño de nuevo, descalza, con pasos teatrales, como si estuviera representando un drama shakesperiano. Si alguien me viera desde fuera, pensaría que voy a batirme en duelo con el predictor en mano.

La casa huele a pan tostado del desayuno de mi hermana, pero mi estómago ruge como si llevara tres días sin comer. Tengo tanta hambre que devoraría una vaca entera, cuernos incluidos. Pero no, aquí no me dejan ni prepararme una triste ensalada tranquila. Estoy secuestrada por dos cotorras conspirando contra mí, convencidas de que no sé mear correctamente.

Al llegar a casa lo primero que hago es encerrarme en el baño. Abrir el paquetito con manos temblorosas, leer el prospecto (que parecía sacado directamente del catálogo de IKEA) y trato de seguir cada paso como si fuera un ritual sagrado. Dibujos extraños, flechitas absurdas, una especie de relojito que te dice «espera cinco

minutos» como si fueran fáciles. Y yo ahí, sudando, como si estuviera descifrando un jeroglífico egipcio.

Mientras espero el resultado —negativo, obviamente, aunque las dos histéricas que tengo de público insistan en lo contrario— decido refugiarme en la cocina. Enciendo el horno para el salmón y preparo los ingredientes para una ensalada fresquita. El sonido del cuchillo al partir el tomate es casi terapéutico. Rojo brillante, jugoso, con ese olor ácido y dulce a la vez. El aguacate, en cambio, me hace sufrir un poco: siempre hay un 50% de probabilidades de que salga perfecto o que parezca cartón mojado. Hoy, por suerte, me toca uno mantequilloso, verde brillante, casi perfecto.

Empiezo a mezclarlo todo en el bol, disfrutando del pequeño placer de preparar algo que me devuelva un poco la calma. Pero no. Ni un minuto de paz. Porque desde la videollamada, mi amiga, alias «la detective del pis», le ordena a mi hermana que la lleve a inspeccionar el lugar del crimen.

—¡Ve al baño! —La escucho chillar desde la pantalla—. Que la conozco, seguro que no lo ha hecho bien.

—¡Oye! —protesto desde la cocina, con el cuchillo aún en la mano, apuntándolas teatralmente—. Que os recuerdo que yo soy la interesada aquí. ¿Qué pensáis, que me apetece hacerme trampas al solitario?

No sirve de nada. Dos minutos después, ahí están: mi hermana y mi amiga entrando en la cocina como si fueran agentes de CSI, con cara de inspectoras a punto de pillar al sospechoso en falso testimonio.

—¡Pero, tía! —grita mi amiga al ver el palito encima del lavabo, ya usado—. ¡No sabes ni mear en un palo!

Me quedo helada, con medio aguacate en la mano, mirándola incrédula.

—¿Perdona? —digo, con un tono que mezcla sarcasmo y furia—. He sobrevivido a cinco operaciones de cadera, he montado

proyectos enteros, coordino a cincuenta personas en el trabajo… ¡Y ahora resulta que no sé mear en un palo!

—¡Pues parece que no! —insiste ella, con los brazos en jarra, como si fuera mi profesora de primaria pillándome en un examen.

Mi hermana no puede contener la risa. Se dobla por la mitad, sujetando el móvil, mientras la imagen de mi amiga en la pantalla se parte de la risa también. Y yo ahí, con el cuchillo en una mano y el aguacate en la otra, planteándome seriamente si este es el momento de convertirme en una villana de telenovela.

La progesterona me tiene los nervios como un cable pelado. Siento que cualquier chispa va a provocar un incendio.

Respiro hondo. Una, dos, tres veces. Intento que el olor del salmón en el horno me devuelva algo de paz. Nada. Las ganas de tirar el predictor al cubo de la basura son cada vez más fuertes.

—Mirad —les digo, alzando las manos como quien intenta detener un motín—. Haced lo que queráis. Coged el palo, ponedlo vosotras, meáis vosotras, lo que os dé la gana. Pero dejadme terminar mi ensalada en paz.

—¡Ni hablar! —exclama mi amiga desde el móvil, entre carcajadas que casi la hacen perder el aire—. Ese predictor lo vigilamos hasta el final. Así que ve ahora mismo a colocarlo bien, que tu hermana no va a tocar tu pis ni aunque la amenaces con un cuchillo de jamón.

La imagen temblorosa en la pantalla me muestra su cara medio seria, medio disfrutando del drama, con ese gesto suyo de «yo mando aquí» aunque esté a kilómetros. Al fondo, oigo el ruido de la gente entrando y saliendo de su zona, pues se encuentra en el trabajo, pero eso da igual, aquí está dándome guerra… Está como en un control de la NASA, pero para un simple test de embarazo.

Yo me dejo caer sobre la silla, agotada, con las manos aún manchadas de tomate y aguacate, y siento que el cuchillo de la cocina pesa como un ladrillo. El olor del salmón asándose en el horno, que antes me abría el apetito, ahora me revuelve un poco.

Me paso los dedos por el pelo y pienso: «Ojalá tuviera un copazo de As de Picos en la mano. Con hielos, bien servido, que baje como un abrazo…». Pero no. Ni eso. Solo agua del grifo en un vaso rayado y un ejército de hormonas conspirando en mi contra.

—Eres peor que la teniente Onil —murmuro en voz alta, levantando la vista al techo, como si me estuviera quejando a un dios ausente.

—¡Menos quejarse y más moverse! —replica ella al instante, como un sargento desde la pantalla, con su dedo en alto y todo.

Mi hermana, a mi lado, ya ni se molesta en intervenir. Se muerde el labio para no reírse, porque sabe que, si lo hace, salto.

—¡Que sí! ¡Que voy! ¡Pesadas! —respondo yo, levantándome con un suspiro dramático, limpiándome las manos en un trapo que antes estaba blanco y ahora parece un mapa del crimen—. Que sois un par de pesadas… —Voy diciendo camino al baño, arrastrando los pies como si fuera al patíbulo—. Y todo para que en el puñetero palo ponga…

Abro la puerta del baño de un empujón, el azulejo frío bajo mis pies descalzos. El predictor está ahí, esperándome sobre el lavabo, con ese aspecto inocente y al mismo tiempo implacable. Como un juez en miniatura.

Cojo aire, me inclino un poco y…

Se me escapa un grito, mitad risa nerviosa, mitad escalofrío.

En la ventanita diminuta, donde debería haber una rayita tímida o un triste «–» de negación, hay letras enormes, negras, imposibles de ignorar:

EMBARAZADA.

Se me para el mundo. Literalmente. El ruido de la campana del horno se vuelve un zumbido lejano, el olor del salmón desaparece, el suelo parece flotar. Me agarro al borde del lavabo con una mano y al predictor con la otra. La imagen de mi amiga en el móvil parpadea, gritando algo que ya no escucho.

Mis ojos van de la pantalla al predictor y del predictor a la pantalla, como si en algún sitio fuera a salir un mensaje de «es broma».

El corazón me late en la garganta, tan fuerte que casi lo oigo. El azulejo frío me cala en las plantas de los pies. Y en mi cabeza, un pensamiento único, claro, brillante como un relámpago:

«Ha pasado. Ha pasado de verdad».

Detrás de mí, oigo la carcajada contenida de mi hermana que ya no se aguanta. Desde la pantalla, mi amiga estalla en un chillido agudo, casi histérico, de pura emoción.

—¡¿Ves?! —grita, dando palmadas como si estuviera celebrando un gol—. ¡Te lo dije!

—¡Si es que estaba clarísimo! —añade mi hermana, riéndose a carcajadas—. Nosotras ya lo habíamos visto, pero queríamos que lo comprobaras tú misma.

Yo sigo muda, con el predictor en la mano, como si hubiera caído un rayo en el salón. Los segundos se alargan. Todo suena lejano. Solo alcanzo a escuchar mi propia respiración, agitada, torpe, como si me faltara aire.

Las piernas me tiemblan y me obligo a apoyarme en el lavabo para no caerme. Miro una vez más la palabra, por si acaso mis ojos me engañan. No. Está ahí, clara, contundente, inapelable:

EMBARAZADA.

Me muerdo el labio, y la risa nerviosa que intento contener se mezcla con un nudo en la garganta que amenaza con convertirse en llanto.

Y ahí, entre gritos de mi amiga por el altavoz, la risa nerviosa de mi hermana y mis manos temblorosas sosteniendo ese palito, siento que el mundo se ha puesto patas arriba en un segundo.

CAPÍTULO 31

«Y ahora… ¿qué?».

Es lo primero que me viene a la cabeza. Como un eco, un golpe seco en medio del ruido.

¿Qué hago ahora, con este palito en la mano y la vida entera dándome vueltas?

Me emociona pensar en contarlo. A mi familia, a mis amigos… incluso a Rober. Dios mío de mi vida y de mi corazón… ¡Roberto!

Solo pensar su nombre me sube un calor raro por el pecho.

Vale… no entremos en crisis.

Respira. Inhala. Exhala.

Me dejo caer sobre la tapa del váter, el predictor en una mano como un trofeo envenenado, la otra sujetándome la frente. Las dos locas siguen al otro lado, chillando y riendo, como si acabaran de ganar la Champions. Las oigo en estéreo: mi hermana en la puerta, mi amiga desde la pantalla del móvil, las dos con el volumen al máximo, comentando la jugada, celebrando el gol como si me hubieran metido en un *reality show.*

Yo, mientras tanto, aquí, intentando ordenar mis pensamientos, que ahora mismo parecen ropa sucia dentro de una lavadora centrifugando.

¿Cómo le dices a tu pareja que estás embarazada? O sea, sí, fácil, ¿no? Si fuera suyo y un proyecto común, pues hasta bonito, con lacito y foto para Instagram.

Pero… ¿cómo lo hago yo?

Que sí, que me diréis: «pues tú sabrás, si ya sabías que esto pasaría».

Y sí. Lo sabía. Quería que pasara. Lo deseaba con todo mi cuerpo. Pero saberlo no es lo mismo que estar aquí, ahora, con la palabra «embarazada» brillando en un palito de plástico y mi vida a punto de cambiar.

No estaba preparada para esto. No así. No de golpe.

Creo que ha quedado bastante claro: no tengo ni puñetera idea de cómo gestionarme ahora mismo.

Respiro otra vez. Las manos me sudan. Siento que el suelo se mueve un poquito. Miro el predictor, miro la puerta, miro el móvil con la cara de mi amiga pixelada por la mala conexión.

Por dentro hay una mezcla de vértigo y ternura, de miedo y alegría, de ganas de gritar y ganas de reír.

«Ahora soy yo la que tiene que decidir cómo empieza esta historia».

—Necesito que ponga: «Las mejores madres se convierten en superabuelas como tú» —le digo a la dependienta, con la voz temblándome un poquito por dentro, como si cada palabra fuera un secreto que se me escapa a medias—. Y otra que sea «Los mejores padres se convierten en superabuelos como tú».

Ella levanta la vista del mostrador, detiene por un segundo el gesto automático de pasar páginas del catálogo. Sus ojos se clavan en los míos, cálidos, curiosos, y por un instante se queda inmóvil, como si hubiera comprendido sin necesidad de preguntar. Yo sonrío. Una sonrisa enorme, tan grande que siento que me desborda por las comisuras. En mi pecho hay un calor nuevo, una luz. Un brillo en mis ojos que sé que ahora mismo podría iluminar la ciudad entera si de pronto hubiese un apagón.

Hace apenas unas horas estaba en *shock*. Encerrada en el baño, sentada en el borde del lavabo con el predictor en la mano, como si sostuviera un cartucho de dinamita encendido. Pasé por todas las

fases en modo exprés: primero, negación, luego llanto, después esa risa nerviosa que te sacude sin permiso… y, al final, aceptación. Sí. Estoy embarazada. Lo digo ahora en mi cabeza y me tiemblan las manos, pero ya no es miedo. Es algo distinto, nuevo: alegría, vértigo y ternura mezclados como un cóctel potente.

Cuando logré calmar los nervios y dejar que las lágrimas se secaran en los pómulos, me entró un hambre rara. No hambre de comer, sino de hacer. De actuar. De darle forma a todo esto que llevo soñando tanto tiempo. Comí deprisa, casi sin saborear. Ya «ni hambre ni hambro». Unas cuantas porciones de ensalada, un mordisco de salmón y fuera. Solo quería salir corriendo, moverme, poner en marcha el plan.

Cogí el coche y fui directa al centro comercial. Sin pensarlo. Sin planearlo. Un impulso puro. Necesitaba empezar a organizar cómo decírselo a mis padres esa misma noche, cuando llegaran del trabajo. Lo había imaginado tantas veces que casi parecía un guion de película, con música de fondo y *slow motion*, pero de repente estaba escribiéndose solo, en tiempo real.

Ahora estoy aquí, en esta tienda iluminada con luces cálidas y olor a papel nuevo, mordiendo el labio mientras la dependienta busca entre catálogos y muestras. Estoy tan emocionada que me cuesta quedarme quieta: mis dedos golpean el mostrador, mis pies dan pequeños saltitos sobre el suelo pulido. En mi cabeza ya tengo el vídeo planeado: grabar las reacciones de cada uno —mis padres, mis amigas, mi tío, mis tías, mis primas… ¡mis abuelos! Que van a ser bisabuelos—. Guardar cada mirada, cada grito, cada abrazo. Poder volver a verlo cuando quiera y recordar este momento exacto, este punto de partida.

Y todo esto con la ayuda de mi compinche, mi hermana, la que ha guardado en secreto todo hasta ahora: las citas médicas, las jeringuillas, el predictor. Las dos hemos vivido esta aventura en silencio, como si fuera una misión clandestina, y ahora por fin viene la recompensa: compartirlo.

La emoción crece y crece, como una ola que no se detiene y me empuja desde dentro. Me descubro tocándome la tripa una y otra vez. Un gesto automático, casi inconsciente, como si ya estuviera protegiendo algo. Sonrío. Sí, creo que voy a ser esa típica embarazada que no deja de sobarse la tripa. Confirmo. Me da igual. Me gusta. Es mi manera de anclarme a lo que está pasando, de recordarme que es real.

La dependienta vuelve con dos cajas en la mano. Sus dedos acarician el cartón con delicadeza antes de dármelas y me sonríe sin hacer preguntas. Quizá ha visto esta escena antes, quizá reconoce ese brillo en los ojos de las mujeres que llegan con una ilusión recién nacida.

Yo solo pienso en la cara de mi madre al leer la chapita, en la de mi padre intentando hacerse el serio, pero derritiéndose por dentro. Y en mi corazón, el vértigo ya no es miedo. Es la sensación exacta, precisa, de estar empezando algo enorme.

CAPÍTULO 32

—Vale, tú les llamas, les haces bajar, yo espero mientras en el salón… pero acuérdate de poner el móvil a grabar. ¡Por Dios, que de esto no se puede hacer segunda toma! Ay, ay, ay… Alicia, que estoy de los nervios… —digo mientras camino de un lado a otro con las manos en el pelo.

—¿Te quieres estar quieta? —me corta mi hermana, medio divertida, medio desesperada—. Que sí, que les llamo, les digo que tengo que darles una cosa, y aprovecho que están en la cocina…

—Sí, sí, antes de cenar. Que no soy capaz de tragar nada ahora mismo. No sé ni lo que puedo o no puedo comer… ¡Dios, soy como una gelatina en un camión campo a través! —resoplo, llevándome la mano al pecho.

—A veces eres rarita, ¿lo sabías?

—¡Aaaaaaaaaarg, calla y ve! —le digo, con las manos temblando y el corazón a mil.

Ahora mismo me siento como en una misión secreta de la Interpol… ni el mismísimo 007 vamos. Me falta el pinganillo en la oreja y el traje negro para completar la escena.

Mi hermana reúne a mis padres y les dice que tiene un regalo para darles —aunque, pensándolo bien… el regalo lo tengo yo, ¿no? ¡Soy un regalo con patas! Nótese mi estado nervioso, sí…—. Yo, desde el salón, finjo que miro el teléfono. Estoy en pijama, con cara de no haber roto un plato en la vida, como quien no tiene absolutamente nada que ocultar. Si alguien me viera pensaría: «qué tranquila está esta chica». Mentira. Por dentro soy un volcán en plena erupción.

Ella se queda en la puerta de la cocina y le da a cada uno el paquetito envuelto, con las medallitas grabadas que terminé hace apenas tres horas. La señal. Me lanza una mirada cómplice, esa que no necesita palabras. Ni cuando éramos niñas y montábamos travesuras estábamos tan coordinadas.

Respiro hondo, aprieto fuerte el predictor en la mano y voy hacia la cocina. Me tiemblan las piernas, pero ahí estoy. Me planto al lado de mi hermana, agradecida porque no ha olvidado darle al botón rojo de grabar.

Mi padre abre primero. Sonríe. Le brillan los ojos. Pero se contiene, mira a mi madre y finge neutralidad.

—Las mejores madres se convierten en superabuelas como tú… —lee en voz alta.

Mi madre, con las gafas sujetas por encima los ojos, para poder leer de cerca, levanta la vista, nos mira… y ahí está la confusión: creo que imagina que el mensaje es de mi hermana. Está descolocada. ¡Es mi momento!

Levanto el predictor con la palabra EMBARAZADA en letras gigantescas.

Mi padre se acerca enseguida, me abraza fuerte y me besa. Tiene esa sonrisa que desarma, mezcla de emoción y orgullo contenido.

Mi madre, en cambio, me mira aún asimilando la situación, desbordada de preguntas:

—¿Pero ya? ¿Seguro? ¿Ya te lo han dicho? ¿Y… te ha venido la regla ya? —La retahíla continúa mientras me abraza y me besa.

—¡Mamá, lee lo que pone aquí, por Dios! —Estallo en carcajadas nerviosas mientras le acerco el predictor casi a la cara.

Ella parpadea varias veces. Ve la palabra. Abre mucho los ojos. Y entonces, por fin, la confusión se derrumba y solo queda la emoción pura.

Creo, sinceramente, que en ese instante he creado un cortocircuito neuronal en mi madre. Está bloqueada entre las

lágrimas, la risa y la incredulidad. Mi hermana, mientras tanto, graba todo con la precisión de un francotirador. Yo respiro, aliviada. La primera misión Interpol ha sido un éxito, porque sí… esta es la primera. Mañana nos toca visita familiar…

Me despierto con una sonrisa que me llena la cara, de esas que no se borran ni aunque quisiera. Hoy toca día de noticias grandes, de esos que se graban en la memoria.

Primera parada: mis abuelos. Subimos al piso y al abrirnos la puerta me abrazan con esa calidez de siempre. Al principio no entienden del todo lo que les estoy diciendo, se quedan en *shock*, mirando el predictor que les enseño como si fuera un objeto extraño, como si no acabaran de asimilarlo. Pero en cuanto la palabra **EMBARAZADA** se les clava en la mirada, la emoción se desborda. Mi abuelo me rodea con sus brazos fuertes, mi abuela me acaricia la cara con lágrimas en los ojos. Y yo… yo siento que vuelvo a ser niña un instante, sostenida por ellos, pero ahora con un secreto enorme latiendo dentro de mí.

Después, videollamada a mis tíos y primas. Están en casa, aún convalecientes del COVID, pero la pantalla se llena de gritos, saltos y lágrimas felices. Mis primas chillan, me mandan besos y me dicen que soy la persona más valiente que conocen. Aunque no puedan abrazarme físicamente, me transmiten todo a través de la cámara: emoción, ilusión, amor puro. Cierro el móvil con el corazón en llamas.

Tercera parada: la tía Noelia. Ella abre la puerta pensando que solo viene Alicia para el masaje, como habíamos planeado. Me mira, sorprendida de verme plantada delante de su puerta, con las manos alzadas y el predictor en ellas. Lo ve. Lee la palabra. Sus ojos se abren de par en par, la boca se le queda entreabierta, y durante unos segundos parece que el tiempo se congela en el pasillo.

—¡¿Sí?! —dice al fin y se acerca sujetándome las manos para verlo bien—. No puede ser, ¿sí? ¿Pero cómo?, espérate... —Su voz se

rompe entre risa y llanto y me abraza con una fuerza que no me esperaba.

Más tarde llega el turno de Javi, mi entrenador. Entro al gimnasio con el predictor en la mano, escondiéndolo unos segundos detrás de la espalda, hasta que me planto frente a él y lo levanto con una sonrisa enorme. Me mira extrañado al principio, como si no entendiera qué hago. Pero cuando lo ve claro, se levanta de la silla de un salto, me da un abrazo apretado y se ríe nervioso. «Bueno, pues nada, habrá que adaptar las rutinas», dice entre broma y ternura, y me hace sentir que también él formará parte de este camino.

No puede faltar la llamada a Asturias. Marco el número y la voz de mi prima me llena el oído con esa familiaridad tan suya. Hablamos de todo un poco, hasta que yo, con el corazón a mil, suelto:

—Tengo que ir a veros pronto… pero ya no iré sola. Esta vez seremos dos.

Levanto el predictor frente a la cámara. Ella se tapa la boca con la mano, grita, y después me felicita una y otra vez, con esa mezcla de orgullo y emoción que no cabe en una sola frase. Yo me río y lloro al mismo tiempo, porque sentir su alegría desde tan lejos me hace darme cuenta de lo inmenso de este momento.

Por último, y no menos importante, cuando la noche ya empieza a caer y yo apenas me sostengo de la emoción del día, me toca cerrar con broche de oro: he quedado con dos de mis amigas. Una de ellas es Tamy, mi compinche, mi socia en tantas locuras… la misma que estuvo conmigo el día que Bizcotilla, pese a todas mis dudas, acertó a la primera con la dichosa jeringuilla. La otra es Miriam, siempre más serena, pero igual de intensa cuando se trata de celebrar algo importante.

Me esperan en el bar del polideportivo, ese que ya es casi nuestra segunda casa después de las clases de baile. Llevan un buen rato allí, escribiéndome mensajes que se acumulan en el móvil: *Venga, que llegas tarde como siempre*, *Nos morimos de hambre*, *Si*

no vienes ya, cenamos sin ti. Yo sonrío porque sé que en cuanto vean lo que llevo se les va a olvidar hasta la carta del menú.

Entro al recinto con la emoción subiéndome a la garganta. En la mano izquierda llevo el predictor bien agarrado; en la derecha, el móvil grabando, intentando no torcer la cámara para que no se vea el suelo ni mi propia papada, que luego estas cosas son oro en YouTube, pero yo quiero un recuerdo bonito, en todo caso para TikTok. Camino despacio, con cuidado de no tropezar, porque sería un desastre monumental entrar a lo James Bond y acabar de morros en el suelo. Esta misión no cuenta con la ayuda de mi hermana, no ha podido acompañarme, así que voy sola, improvisando.

La escena debe de ser curiosa porque todo el mundo me mira. Primero con caras raras, como pensando: «¿qué hace esa loca con un palito en la mano y el móvil en alto?». Pero en cuanto sus ojos se fijan bien y reconocen lo que es… aparecen las sonrisas cómplices, las miradas de «ya sé lo que está pasando aquí».

Localizo la mesa. Ahí están. Miriam parece estar a años luz, sumergida en sus pensamientos, con la mirada perdida en la nada, mientras Tamy está buscando algo en el móvil, seguramente algo relacionado con lo que estuvieran hablando, o enviándome otro texto poniéndome a caldo por llegar tarde claro… Ninguna de las dos se da cuenta de que estoy justo frente a ellas.

Miriam es la primera que me ve. Sus ojos pasan de mí al predictor y de pronto su boca se abre tanto que casi podría entrarle un moscardón.

—¡Lo sabía! —exclama con una mezcla de triunfo y emoción, levantándose de golpe para darme un abrazo apretado.

Ese grito despierta a Tamy, que levanta la vista justo en el momento en que capta el aparatito en mi mano. Y entonces sucede: suelta el teléfono como si estuviera ardiendo, se lleva las manos a la boca, y empieza a dar saltitos mientras se acerca corriendo. Su grito es medio chillido, medio risa, y sus palmas chocan entre sí en aplausos descoordinados. Cuando llega a mi lado me estruja fuerte,

tan fuerte que por un momento temo que me deje sin aire, y no para de repetir:

—¡No me lo creo, no me lo creo, no me lo creo!

Las tres terminamos en un abrazo múltiple, de esos torpes, pero llenos de verdad, con el predictor atrapado en medio como si fuera un trofeo. Entre lágrimas, risas y alguna que otra mirada curiosa de la gente del bar, yo solo puedo pensar en lo afortunada que soy.

Cierro el día agotada, con el cuerpo pidiendo cama y la voz rota de tanto reír y explicar una y otra vez lo mismo… pero con el corazón absolutamente rebosante. Me repito, como un mantra, mientras acaricio el predictor ya guardado en mi bolso: «No habrá niño o niña más querido, más arropado y lleno de amor que el mío».

CAPÍTULO 33

—Venga… tranquila…

Me lo repito una y otra vez, como un mantra improvisado que no termina de convencer ni al aire.

Estoy en la calle, justo frente al portal de Rober, esperando a que baje para irnos juntos a desayunar. Como cualquier otro día… aunque sé que hoy no es un día cualquiera. Ni de lejos.

Dentro de la mochila llevo una carta doblada con cuidado. Una notita que escribí anoche, a mano, con mi letra nerviosa y un poco temblona. En ella le hablo de todo: de lo que siento, de lo que me hace sentir, de lo que agradezco cada día su apoyo, su amor, su forma de estar. Es mi manera de poner en papel lo que a veces me cuesta decir en voz alta. La idea es simple, al menos sobre el papel: entregarle esa carta y, después, mostrarle el predictor. Y entonces… esperar. Esperar a ver cómo reacciona. Esperar que no salga corriendo calle abajo, como el Correcaminos de los *Looney Tunes*, dejando solo la silueta de polvo en el aire.

Respiro hondo, me abrazo a mí misma disimuladamente, y vuelvo a repetirme: «tranquila».

El corazón no se da por aludido. Late a su propio ritmo, como si acabara de tragarse dos cafés dobles y yo, que ni bebo café, me siento como una impostora en mi propio cuerpo.

La acera está medio vacía. Algún vecino entra con bolsas de pan caliente, una señora pasea a un perro diminuto que tiembla más que yo. Yo miro de reojo el portal, como si pudiera adivinar en qué momento va a aparecer su silueta. Y al mismo tiempo, siento el peso

de la carta dentro de la mochila y el del predictor en el bolsillo de mi sudadera.

Sonrío sola, con esa mezcla rara de ternura y pánico. Porque sé que en unos minutos nada será igual.

Porque hoy no vamos simplemente a desayunar. Hoy voy a darle una noticia que, seguramente, va a cambiarlo todo. Y, aunque por fuera intento mantener la calma, por dentro tengo el estómago dando volteretas.

El aire de la mañana parece más denso, más pesado de lo habitual. Me recoloco el bolso en el hombro, miro el reloj por quinta vez y respiro hondo. A lo lejos, el sonido de un coche al arrancar, el murmullo de una conversación, una puerta que se cierra. Todo me suena más alto, como si el universo entero se hubiera confabulado para ponerme nerviosa.

Y justo entonces, como si el destino necesitara un toque cómico en mitad del drama, suena el teléfono.

Miro la pantalla con desconfianza. Número desconocido.

—Genial —murmuro para mí, frunciendo el ceño—. Otro intento de venderme paneles solares o cambiarme de compañía eléctrica.

Por un segundo pienso en no contestar, pero la ansiedad que tengo en el pecho necesita una distracción urgente, así que deslizo el dedo y respondo.

—¿Sí? —digo con poca energía, con esa desgana de quien está en piloto automático.

—Jennifer, soy el doctor. —Escucho al otro lado.

Y en ese instante, me recorre un escalofrío.

«¡Hostia puta! Claro. Tenía que llamarme hoy».

La revisión médica por la baja.

Sí, bueno, estoy de baja… pero no tiene nada que ver con el embarazo, al menos no todavía.

—Buenos días, doctor —contesto, tratando de recomponer el tono—. Pues aquí sigo, bien, la verdad. Pero todavía no tengo cita con el traumatólogo hasta finales de mes.

—Perfecto. Entonces seguimos con la baja hasta entonces. Prefiero que te vea él y decidan cómo continuar desde allí.

—Vale —respondo distraída, aunque la mitad de mi cerebro está ya pensando en otra cosa. En la noticia. En lo que va a pasar dentro de unos minutos.

Porque, claro, este hombre es mi médico. Tendría que decírselo, ¿no? Al fin y al cabo, si ahora soy prácticamente un Kinder Sorpresa humano, alguien tiene que enterarse oficialmente.

Abro la boca para empezar la frase —esa que he ensayado en mi cabeza mil veces— cuando, por el rabillo del ojo, aparece una silueta que me paraliza.

Él.

Rober.

Esa mezcla entre calma y sonrisa que siempre me desarma.

No, no, no… ahora no.

Mi cerebro entra en modo pánico.

El corazón me late tan rápido que parece un tambor.

Rober cruza la calle con paso tranquilo, ese que tiene cuando no sabe que está a punto de pisar una bomba emocional de proporciones bíblicas.

—¿Jennifer? —pregunta el doctor, al otro lado, cuando no respondo.

—Sí, sí, perdón, doctor. Es que… —me giro sobre mis talones, alejándome unos pasos de la puerta del portal, intentando ganar distancia, intimidad, aire—, quería comentarle algo…

Rober me ve, levanta la mano para saludarme desde lejos. Yo sonrío como una adolescente pillada en algo, levanto la mano libre, señalando el móvil, y digo bajito:

—El médico… —acompañado de un gesto tipo ahora te explico, con una sonrisa tensa.

Él asiente y se sienta en el banco que hay justo al lado, mirando el móvil, distraído.

Vale.

Respiro.

Otra vez.

Ahora sí.

—Verá, doctor… —mi voz se convierte casi en un susurro—, estoy embarazada.

La palabra sale y me tiembla un poco en la lengua. Como si al pronunciarla le diera existencia, como si el mundo se volviera más real de repente.

—¿Embarazada? —repite él, en tono neutro, profesional.

—Sí… —añado rápido, bajando aún más la voz—. Me hice la prueba. Salió positivo. Pero no sé muy bien qué tengo que hacer ahora. Si coger cita con usted, con el ginecólogo… o cómo va esto.

Mientras hablo, lo miro de reojo. Rober se inclina hacia adelante, ajeno a mi confesión, revisando algo en su móvil. El contraste es tan absurdo que me entran ganas de reír. Mi vida a punto de dar un giro monumental… y él buscando, probablemente, dónde desayunar.

—De acuerdo, Jennifer —dice el doctor con su tono tranquilo—. Felicidades, ante todo. Enhorabuena.

Y esas palabras, tan simples, me atraviesan de arriba abajo.

«Enhorabuena».

Como si lo que acabo de hacer —lo que está ocurriendo dentro de mí— fuera ya un logro.

—Gracias… —respondo, y la voz se me quiebra un poco.

El doctor continúa dándome indicaciones: cita con ginecología, analíticas, precauciones básicas. Yo asiento, aunque él no me vea, intentando grabar mentalmente cada palabra.

Cuando cuelgo, me quedo un segundo quieta. El móvil en la mano, el corazón al trote, el aire suspendido.

Rober levanta la vista y sonríe. Camino hacia él. Y ahí estoy yo, con el secreto más grande del mundo palpitando en el pecho, tratando de parecer una persona normal que solo va a desayunar.

Trago saliva, respiro hondo, y pienso: «Vale, Jenny, ahora sí… que empiece el día».

—Tengo una cosa para darte —digo de golpe, tan rápido que casi se me atropellan las palabras. Como quien se arranca una tirita sabiendo que, además del escozor, se va a llevar unos cuantos pelitos de regalo.

Él me mira con curiosidad, ladeando la cabeza, esa media sonrisa suya siempre preparada, como si estuviera acostumbrado a que yo saque sorpresas de la manga.

—¿Mmm… gracias? —responde alargando la palabra, sin tener muy claro si está recibiendo una carta de amor, una multa o una invitación al caos.

Le tiembla un poco la mano cuando toma el papel doblado que le tiendo. Bueno, a él no sé… pero a mí sí. Yo tiemblo. Por dentro, por fuera y probablemente también en dimensiones paralelas.

El aire pesa. Mis dedos aún sienten el calor del papel.

Él lo abre despacio, con cuidado, como si se tratara de algo frágil. Y, en cierto modo, lo es.

Yo intento aparentar serenidad, mirando hacia cualquier parte menos hacia él. Una farola, una paloma que picotea algo en la acera, un coche que pasa con el reggaetón tan alto que vibra el suelo.

Cualquier cosa menos su cara.

El silencio me taladra los oídos mientras él lee. Sus ojos se mueven línea a línea, y yo puedo casi escuchar mi propio corazón haciendo *pum pum pum* como si me estuviera marcando un compás de salsa en el pecho.

Y entonces, levanta la vista. Primero me observa sin decir nada, con esa expresión de quien todavía está procesando. Después, sus labios se curvan en una sonrisa. Una pequeña, apenas perceptible, pero suficiente para que mi respiración se bloquee en el pecho.

—¿Y esto? —pregunta, sosteniendo la nota entre los dedos—. ¿Por qué? O sea… no me malinterpretes, es preciosa, pero… ¿pasa algo?

«¡Cabrón con bola de cristal!».

En serio, ¿cómo lo hace? Ni tres segundos han pasado y ya me ha calado entera.

Trago saliva. Siento que la garganta se me cierra y el aire no pasa.

Ha llegado el momento.

No hay marcha atrás.

—Bueno… —empiezo, con una voz que me suena a la de otra persona, como si alguien hablara desde mi pecho—. Quería decirte todo lo que me haces sentir. Lo feliz que estoy contigo, la paz que me das, lo bien que me haces incluso cuando no haces nada… —Respiro, profundo, muy profundo—. Y bueno…

Ahí voy. Saco el palito. Literalmente.

Lo sujeto con cuidado, entre los dedos, y se lo muestro.

El predictor.

El pequeño trozo de plástico que ahora mismo podría ser tanto una bomba como un milagro.

—Estoy embarazada.

Las palabras se quedan suspendidas en el aire, como si el tiempo se ralentizara. Le miro… o no. No lo sé. Intento decidir entre sostenerle la mirada o salir corriendo a la estratosfera.

Pero ya me está mirando.

Me mira. Mira el palito. Me vuelve a mirar. Y yo… siento que el suelo tiembla.

Entonces sonríe. ¿Espera, qué? ¿Sonríe?

Mi cerebro colapsa. ¿Dónde están los gritos? ¿El «cómo ha podido pasar»? ¿El «necesito pensar»? Nada de eso.

Solo esa sonrisa suya. Serena. Cálida. Real.

Y dice:

—Felicidades. Me alegro de que tu mayor deseo se cumpla.

Así. Sin titubear. Palabras que me estallan en el pecho como fuegos artificiales. Y yo… yo me quedo muda.

Me río. O lloro. O ambas cosas a la vez. Porque no era la reacción que esperaba, pero era justo la que necesitaba.

Él se acerca despacio, con esa calma que siempre me desarma, me toma de la mano y aprieta suave.

—Tranquila —susurra—. Vamos a estar bien.

Y ahí, en medio de la calle, con el corazón latiendo tan fuerte que podría oírse desde Marte, entiendo que sí. Que puede que todo esté a punto de cambiar…

Pero, por primera vez en mucho tiempo, no tengo miedo.

Primera ecografía. Y aquí estamos, mi hermana y yo, en la consulta. Ella me agarra fuerte de la mano, como si pudiera transmitirme calma a través de los dedos. Estoy de ocho semanas y ha llegado el momento de descubrir cuántos de esos óvulos han llegado hasta aquí siendo algo más que óvulos… y, de repente, vuelve el miedo. Ese miedo primario que creía haber dejado atrás al ver el positivo.

La habitación huele a desinfectante y a nervios. El médico enciende el monitor, ajusta los mandos y comienza a mover el ecógrafo con la seguridad de quien lleva toda la vida buscando milagros entre sombras blancas y grises. Yo contengo el aliento. Mi hermana, también.

—Vale… —dice el médico, en tono tranquilo, mientras observa la pantalla—. Aquí está…

Mi hermana aprieta más mi mano.

—¿Qué pasa? —pregunto con la voz entrecortada, intentando leer su expresión antes que la pantalla.

Él sonríe apenas, como quien se divierte un poco con la expectación.

—Tu madre no está en altavoz, ¿verdad? —pregunta, casi divertido.

—No, pero puedo ponerla —responde mi hermana, sacando el móvil con la agilidad de quien ya sospecha que algo grande se avecina.

Pulsa el botón. Al otro lado se oye la voz de mi madre, emocionada y nerviosa.

—¿Ya? ¿Qué se ve? ¿Todo bien?

El médico se aclara la garganta, con una calma casi teatral.

—Pues… mamá… —empieza mi hermana, y yo voy notando cómo el corazón me martillea en el pecho—. Son tres. Vienen tres.

Silencio. Segundos que se hacen eternos.

—¿Cómo que tres? —responde mi madre, casi gritando—. ¡Ay, madre mía, pero qué me estáis diciendo!

El médico, mi hermana y yo nos miramos, intentando contener la risa. Y mi hermana, en un intento de sostener la broma dos segundos más, mantiene la cara seria.

Hasta que se escucha un pequeño «¡Ay, por favor!» al otro lado del teléfono y no aguantamos más.

—¡Que no, mamá! ¡Que es solo uno! —exclama riéndose—. Tranquila, respira.

El médico se aparta ligeramente, disimulando, pero no puede evitar sonreír.

—No me volváis a hacer esto nunca más —responde mi madre, medio riendo, medio al borde del colapso—. ¡Ya me veía buscando carritos triples en Google!

Hasta el médico se ríe de buena gana, intentando mantener la compostura.

Yo, por fin, respiro. No sabía cuánto aire llevaba conteniendo.

Y sí, reconozco que una parte de mí pensó, por un segundo, en cómo habría sido si realmente vinieran tres. Sé que habría podido con ello —no sé cómo, pero habría podido—, porque cuando el amor se multiplica, la fuerza también. Pero no voy a engañar a nadie: agradezco el resultado. Uno. Un único corazón latiendo fuerte en esa pequeña pantalla.

El primero de muchos latidos que ya empezaban a cambiarlo todo.

CAPÍTULO 34

—No puedo más… lo siento… es imposible… me cuesta la vida misma. ¡Esto es un infierno! Ve tú si quieres, yo ya llegaré… pero de verdad, ¡no subo una cuesta más! —digo casi echando el higadillo por la boca, las manos apoyadas en las rodillas y el sudor corriéndome por la sien—. ¿Pero alguien puede explicarme quién fue el arquitecto que diseñó esta ciudad y pensó que esto era factible? —añado, mirando al cielo como si esperara respuesta divina.

Estoy sentada en un bordillo, justo al lado de una fuente, frente al río Duero, medio llorando de cansancio, medio riéndome de mí misma. El agua cae con un sonido hipnótico que no consigue distraerme del calor pegajoso que me envuelve.

Estamos a 31 de julio, y Rober y yo estamos en pleno viaje por Portugal, recorriendo las calles empinadas de Oporto para terminar en Galicia, donde nos juntaremos con unos amigos. En teoría, suena idílico. En la práctica… mis piernas ya no opinan lo mismo.

Llevamos todo el día caminando, de un extremo al otro de la ciudad, bajo un sol que parece decidido a freírnos vivos. Estoy de casi doce semanas de embarazo y solo pienso en tres cosas: una cama, una botella de agua helada y aire acondicionado. O un milagro, lo que llegue antes.

Estas primeras semanas están siendo bastante buenas, no puedo quejarme. Nada de náuseas, ni vómitos, ni mareos. Solo cansancio extremo, como si alguien me hubiera desenchufado las pilas y olvidara volver a conectarlas.

Yo, que soy hiperactiva hasta para dormir, me veo ahora soñando con siestas y sofás mullidos. Si cierro los ojos cinco minutos, soy

capaz de quedarme dormida en cualquier sitio. En serio. Soy una versión humana del modo ahorro de energía.

Llevamos tres días de viaje y hoy, sin duda, está siendo el peor. Hemos caminado por toda la ciudad, subido escaleras imposibles, cruzado puentes y callejones empedrados que parecían diseñados para poner a prueba mi voluntad de vivir.

Eso sí: Oporto es una preciosidad.

He bailado en la calle con una chica que ponía bachata a todo volumen, con un sombrero en el suelo y una sonrisa enorme. Me he reído tanto que por un momento se me olvidó el cansancio.

También hemos estado en la Librería Lello, y os juro que fue como entrar en un sueño. Las escaleras, las vidrieras, ese olor a madera y a historia. Me pasé un buen rato recorriendo los pasillos, tocando los lomos de los libros, buscando algo especial.

Al final me decidí por un clásico: *El Principito*.

No porque no lo hubiera leído antes, sino porque esta vez tenía un propósito distinto.

Voy a leérselo a Ariel.

Sí… Ariel.

No os lo había contado aún, pero mi bebé se va a llamar así.

No sé si será niño o niña. No quiero saberlo. Quiero descubrirlo al final, cuando la vida decida enseñármelo. Y sí, eso está volviendo locos a todos a mi alrededor —mi tía, mis amigas, incluso Tamy, que ya me ha amenazado con comprar ropa «neutra pero mona» hasta que se aclare el misterio.

Pero yo lo tengo claro.

El nombre me encontró a mí. Siempre me gustaron los nombres que empiezan por «A». Tienen algo redondo, luminoso, como si abrieran el alfabeto del destino. Y Ariel es perfecto: suave, corto, lleno de aire. Tiene mar y cielo en la misma palabra.

Rober me mira desde la fuente de al lado, riéndose mientras intenta convencerme de que falta poco para llegar al hostal.

—Vamos, gorda —dice llamándome con el apodo cariñoso que me puso al comenzar la relación, con esa sonrisa suya que consigue hacerme reír incluso cuando quiero llorar—. Prometo que arriba hay agua fría, aire acondicionado y cama.

Le miro con resignación y, aún resoplando, me levanto.

—Vale, pero si me desmayo en la cuesta, me cargas a caballito —le advierto, señalándole con un dedo acusador.

—Trato hecho —responde, extendiéndome la mano.

Y así, agarrados, empiezo a subir la calle empinada, entre casas de colores, azulejos brillando al sol y el olor dulce del vino que flota en el aire.

Cada paso cuesta, pero también me recuerda algo que llevo días sintiendo: que la vida, incluso cuando pesa, sigue siendo preciosa. Que este cansancio tiene sentido. Que dentro de mí ya late una historia nueva.

Y mientras el Duero brilla a lo lejos, pienso que, de alguna forma, todo comenzó aquí: en un viaje, en un cansancio, en un nombre susurrado entre risas.

Ariel.

Mi pequeño gran milagro.

Los días avanzan, y la curva de mi sonrisa empieza a parecerse a la de mi vientre. Es como si ambas crecieran al mismo ritmo: mi barriga y mi alegría.

Todo va estupendamente. Ariel se mueve mucho. Desde muy pronto he sentido sus pataditas, esos pequeños golpecitos suaves que al principio parecían burbujas o alas de mariposa y que ahora, cada día, se vuelven más firmes, más decididos, como si quisiera recordarme que está ahí, creciendo, aprendiendo el mundo desde dentro.

La matrona dice que es un bebé bastante activo, que no para quieto cuando estamos en las ecografías. A veces tengo la sensación de que juega al escondite con ella, porque justo cuando intenta

medir algo o enfocar una imagen, él se da la vuelta o estira una pierna, rebelde y libre. Pero claro, ¿cómo va a estarse quieto, si ni yo misma lo estoy?

Me paso el día de un lado a otro, haciendo mil cosas. Entre el trabajo, el deporte y las clases de baile, mi agenda parece la de alguien que no está gestando una vida, sino una maratón.

En casa entreno con la pelota de pilates. La uso para estirar, para aliviar los lumbares —que a ratos se quejan con razón— y también, lo confieso, como silla improvisada para trabajar en el ordenador. Es comodísima, y además me mantiene en movimiento, como si incluso sentada necesitara sentir que el cuerpo no se detiene del todo.

Dos días a la semana voy a las clases de pilates para embarazadas en Navalcarnero, al centro En Buenas Manos. Lo han abierto Clara, mi antigua compañera del cole, y su pareja, Ana.

Me hace gracia pensar que, de todas las personas que conocí en aquellos pasillos, justo ella acabaría acompañándome en esta etapa tan especial. La vida tiene una manera curiosa de cerrar círculos.

Las clases son maravillosas. Trabajamos mucho el suelo pélvico, la respiración y la postura. Y aunque al principio me parecía un mundo eso de «activar el transverso» y «relajar el periné», ahora ya entiendo a qué se refieren. Cada sesión me hace sentir más conectada con mi cuerpo, más consciente de cada músculo y de cada pequeño cambio.

Clara tiene una paciencia infinita. Nos trata con tanto mimo que da gusto. Es dulce, cercana y, sobre todo, muy profesional. Se nota que ama lo que hace. Nos corrige con cuidado, nos anima cuando alguna se queja, y nos explica cada ejercicio como si fuera un regalo para nosotras y para los bebés.

Las compañeras también son un amor. Hemos creado una especie de tribu, un pequeño grupo donde reímos, compartimos miedos, hablamos de antojos y de calcetines diminutos. Y aunque algunas ya están en sus últimas semanas y otras, como yo, todavía

tenemos camino por recorrer, todas sentimos que estamos en esto juntas.

Después de tanto cansancio en el primer trimestre —ese sueño eterno que me dejaba sin energía hasta para pensar—, volver a moverme sin arrastrarme es un regalo. Cada vez que termino una clase y salgo al aire libre, con la cara encendida y el corazón contento, pienso que mi cuerpo es mucho más fuerte de lo que creía.

Y luego están las clases de baile. Por supuesto, sigo yendo. Aunque ahora las cosas han cambiado un poco. Mi amiga Tamy tuvo que dejar de impartirlas y, tras unos días de nostalgia y reorganización, encontramos un nuevo sitio frente a la casa de Rober.

Los profesores son una pareja de argentinos con un salero que no se puede aguantar. Son divertidísimos. Cada clase es una mezcla de coreografía, risas y terapia colectiva. Si alguna llega cansada, ellos se encargan de que salga con una sonrisa.

Y sí, ya me han advertido que están viendo vídeos sobre partos de emergencia, «por si acaso decides ponerte de parto en medio de una bachata». Lo dicen medio en broma, medio en serio, porque ya todos saben que yo no paro quieta ni en el descanso.

A Ariel, al parecer, le encanta la salsa. Cada vez que suenan los primeros acordes, empieza su propio festival personal ahí dentro. Es como si bailara conmigo. A veces, cuando Gastón —uno de los profes— sube el volumen, siento una sacudida, una patadita, un movimiento firme que me arranca una carcajada.

—Mira, Noe —le dije una vez a mi compañera, mientras nos reíamos entre pasos—, este niño va a salir con ritmo caribeño.

—O con una maraca en la mano —me respondió ella, y ambas terminamos dobladas de risa.

En esos momentos, mientras bailo con mi cuerpo más redondo, sintiendo cómo Ariel se mueve al compás, me invade una emoción que no sé describir del todo. Es como si la música nos uniera, como

si los dos formáramos una coreografía secreta que nadie más puede ver.

Y pienso que, tal vez, la vida sea un poco eso: una canción que no siempre eliges, pero que bailas igual, dejándote llevar, riendo cuando te equivocas, girando cuando todo da vueltas, y agradeciendo cada nota que suena mientras tanto.

Estamos a finales de noviembre, y todo sigue avanzando justo como debería. Mi barriga ya tiene forma de promesa cumplida. Ariel crece, y yo con él/ella. Cada día siento su fuerza un poco más, su forma de moverse, sus pequeñas rutinas. A veces se despierta justo cuando yo me tumbo en el sofá, como si dijera «eh, mamá, no te relajes tanto». Otras, da una patadita cuando pongo música, como si tuviera opiniones.

Normalmente, Rober y yo llegamos juntos a clase. Es casi un ritual sin hablarlo: yo aparco el coche a toda prisa en el primer hueco libre, él sale de su portal ajustándose la chaqueta, nos cruzamos en la esquina, nos reímos de lo tarde que vamos y entramos juntos en el centro.

Pero hoy no.

He aparcado, y no lo veo por ninguna parte. Ni su abrigo negro, ni su paso rápido de siempre.

Me ha escrito que llega un poco tarde, que nos vemos directamente allí. Así que avanzo tranquila. Hoy, por una vez, voy con tiempo.

Entro en la sala y ya están casi todos los compañeros. Se escucha el murmullo de siempre antes de empezar: risas, pasos sueltos, alguna canción de fondo. Los profesores preparan la música, ajustan los altavoces y comentan algo entre ellos, con ese acento argentino que convierte cualquier frase en melodía.

—¿Y Rober? —pregunta Laura nada más verme, mientras se estira la coleta frente al espejo—. ¿No viene hoy? —añade, con genuina curiosidad.

—Sí, sí, ahora llega —respondo, dejando mi chaqueta sobre una silla—. Me ha escrito hace un rato para decirme que se retrasa un poco, pero no creo que tarde.

Noelia y ella se miran entre sí. Es una de esas miradas rápidas, cargadas de algo que no entiendo muy bien. Alzo una ceja, confusa, pero no le doy importancia. Estoy demasiado entretenida ajustando la camiseta y buscando un sitio libre.

Poco después, Rober aparece.

Cruza la puerta con su sonrisa de siempre, esa que le sale fácil, como si tuviera la luz encendida por dentro. Nos saluda a todos con la mano, hace un gesto rápido a los profes y, sin detenerse demasiado, viene directo hacia mí, como si el resto de la clase no existiera.

Se detiene a un paso, me mira un segundo —ese segundo que siempre parece alargarse más de lo normal— y me da un beso. De esos que saben a hogar, a calma, a promesa silenciosa. A ese tipo de amor cotidiano que no necesita palabras porque ya lo dice todo en un roce, en una mirada, en un «ya estoy aquí».

Su beso me deja una sensación tibia en la piel, una mezcla de electricidad y ternura que se me queda flotando en el pecho. Y pienso, sin decirlo, que, si la felicidad tuviera sabor, probablemente sabría así.

Le sonrío también, porque no puedo evitarlo.

Empezamos con bachata. La sala se llena de música y pasos. Entre giros, risas y alguna que otra corrección de los profes, el ambiente se vuelve ligero, cálido. Luego pasamos a salsa, y el ritmo sube. El suelo vibra bajo nuestros pies y, entre canción y canción, me descubro feliz, realmente feliz, con el cuerpo en movimiento y el alma tranquila.

Al terminar la clase, el grupo propone ir a tomar algo.

—Un chocolate con churros —dice alguien, y todas asentimos como si acabaran de proponer el mejor plan del mundo.

Yo no suelo tener antojos de película. No me ha dado por mezclar pepinillos con nata ni por mandar a nadie a buscarme sandía en noviembre. Pero lo de los churros hoy me suena a gloria. Y, para ser justa, sí hubo un antojo que se me quedó grabado: el de los pistachos en la boda de mi amiga Cristina.

Todavía me río cuando lo recuerdo. A mitad de camino, con Rober conduciendo, tuve la necesidad urgente, innegociable, vital… de comer pistachos. No otra cosa: pistachos. Y ahí nos teníais, haciendo una parada improvisada en una gasolinera, yo bajando con cara de psicópata y él siguiéndome con cara de «mi vida ya no tiene sentido».

Spoiler: los pistachos estaban rancios, pero yo era feliz igual.

Así que sí, lo del chocolate y los churros de hoy tiene toda mi aprobación.

Bajamos las escaleras riendo, con el eco de la música todavía pegado a los oídos. Afuera el aire huele a invierno y a promesa de Navidad.

—¿Vamos en los coches o preferís ir andando? —pregunta Noelia, siempre práctica.

—Dejad aquí los coches, que están bien aparcados —responde Rober—. Allí nos va a costar encontrar sitio, y además mi coche está justo enfrente. Vamos todos en él, que es mi plaza de garaje y no tendré problema a la vuelta.

—¿Vivís aquí? —pregunta Laura, con esa naturalidad inocente que, sin saberlo, abre la caja de Pandora.

—Rober vive aquí —respondo—. Yo vivo en Parque Coimbra.

Ellas se miran entre sí. Después me miran a mí. Luego a mi vientre.

Y ahí, lo entiendo todo.

—No vivís juntos —dice Noelia, casi como una afirmación.

—Mmm… no —respondo, sonriendo con calma, mientras ellas continúan mirándome con cara de confusión absoluta.

Silencio. Dos segundos. Tres. Y entonces lo veo venir.

—Chicas —añado, divertida, tocándome la barriga con una mano —, creo que además pensáis que el bebé es de Rober.

—¿CÓMOOOOOOO? —gritan las dos al unísono, tan alto que, hasta los profesores, que venían bajando detrás, giran la cabeza.

Yo no puedo evitar reírme.

La cara de horror mezclada con sorpresa que ponen es impagable.

CAPÍTULO 35

—Lo peor de todo es que no sabe ni de quién es el niño —suelta Rober de pronto, con una voz dramática digna de telenovela venezolana, mirando a las chicas con una pena tan fingida que hasta parpadea despacio, como si quisiera que le pusieran violines de fondo.

¡Será cabrón!

Mi boca se abre casi tanto como la de ellas en este preciso instante.

El aire se queda suspendido.

Silencio absoluto.

Tres segundos de incredulidad colectiva.

—¡JENNIFER! —gritan al unísono, con todas las letras y con el mismo tono con el que mi madre me las suelta cuando hago algo imperdonable.

Ese «Jennifer» con mayúsculas, con tilde emocional, con toda la intención del universo. Solo les falta el segundo nombre y el apellido para completar la escena.

Yo lo miro con una mezcla de horror y ganas de reírme que me está costando contener. Rober, mientras tanto, mantiene su papel como si estuviera nominado al Goya.

—¡ROBEEEER! —le grito, entre indignada y muerta de risa, dándole un manotazo en el brazo—. ¡No seas idiota!

Laura y Noelia lo miran con los ojos como platos, sin saber si creerle o llamar a un programa de sucesos.

Yo no puedo más.

La risa me sale en forma de carcajada, esa que no puedes disimular ni aunque lo intentes.

Las chicas parpadean varias veces, mirándome primero a mí, luego a él, luego otra vez a mí, intentando recomponer la escena.

Rober sonríe, satisfecho de su broma, como si acabara de hacer el mejor número cómico del año.

—Bueno, era por romper el hielo —dice, alzando las manos—. Las veía tan tensas que quería ayudar.

—Ayudar, dice… —respondo, cruzándome de brazos—. Casi las matas de un infarto y a mí me dejas sin reputación.

Me giro de nuevo hacia ellas, que siguen con la mirada perdida, procesando lo que acaban de escuchar.

Nos hemos quedado a mitad de camino hacia el coche de Rober, en pleno *parking*, entre farolas parpadeando, el eco de nuestros pasos y el aire frío de noviembre colándose por el abrigo.

—Veréis… —empiezo, levantando las manos, intentando poner algo de orden en la situación—, me he inseminado.

Silencio.

Un silencio tan absoluto que puedo escuchar el clic metálico de una puerta de coche al cerrarse en el fondo del aparcamiento. Las dos se miran, luego me miran a mí. Laura abre la boca. Noelia pestañea dos veces seguidas, como si su cerebro estuviera reiniciándose.

Y entonces…

—¡Espera, espera, espera! —dice Noelia alzando las manos, dramática, teatral—. Yo necesito el chocolate y los churros en la mano para digerir esto.

—Totalmente —secunda Laura, ya con media sonrisa—. Porque esto no es información para asimilar con el estómago vacío.

Rober se lleva la mano a la cara, intentando no reírse.

—Os juro que sois un cuadro —murmura, entre dientes.

—¡Tú calla, que bastante lío has montado ya! —le digo, señalándole con el dedo mientras intento contener la risa.

Esta no es una situación extraña para nosotros. Desde que me quedé embarazada y la curva de mi vientre empezó a hacerse visible, parece que el mundo entero ha decidido otorgarle a Rober el título de «padre oficial».

Da igual dónde estemos, o con quién: siempre hay alguien que, al vernos juntos, nos lanza una sonrisa cómplice y un «¡enhorabuena, papá!» que él recibe con su mejor cara de póker.

Al principio intentábamos explicarlo: contábamos la historia, detallábamos los acontecimientos, hablábamos del tratamiento, de mi decisión, de mi sueño de ser madre. Pero poco a poco dejamos de hacerlo. Era agotador repetir una y otra vez la misma historia, ver la confusión en las caras ajenas, las preguntas que a veces no venían a cuento, o los silencios incómodos de quien no sabe qué decirte después.

La gente cercana a nosotros sí lo sabe. Siempre lo ha sabido. Pero cada vez que nos cruzamos con alguien nuevo y nos da la enhorabuena, simplemente sonreímos.

Creo que nos rendimos oficialmente en Portugal.

Fue durante aquel viaje, en pleno verano, cuando decidimos dejar de explicar nada.

Comimos en un restaurante pequeño, de esos que parecen una casa disfrazada de local. Lo llevaba una pareja muy mayor, una de esas parejas de las de antes, de las que se nota que han compartido toda una vida, desde los desayunos hasta las arrugas.

La mujer no dejaba de traer platos: sopa, pan, bacalao, pastel, café… Yo ya no podía más, creí sinceramente que iba a explotar. Pero ella insistía, señalando mi barriga una y otra vez, haciéndome entender, con un portugués dulce y gestos firmes, que *tenho que comer muito agora, para o bebé ficar forte.*

Rober se reía, encantado, mientras yo asentía como podía, intentando no rodar bajo la mesa de tanto comer.

En algún momento, entre cucharadas y sonrisas, entablamos conversación.

Y, claro, asumieron que el padre de la criatura era él.

Nos miramos. No hizo falta decir nada.

Explicarlo habría sido un reto lingüístico y emocional que, honestamente, no teníamos fuerzas para afrontar. Así que sonreímos, asentimos y seguimos con la comida.

Total… ¿qué más daba? Era una pareja adorable, nos habían tratado como a sus propios nietos y sabíamos que no volveríamos a verlos.

Aquel día salimos del restaurante rodando, riendo y con la decisión silenciosa de dejar de justificarnos.

Que pensaran lo que quisieran.

Lo importante era que nosotros sabíamos la verdad.

Ya en el bar, sentados en torno a la mesa, con el olor a chocolate caliente y el chisporroteo de los churros recién hechos, sentí que el momento era perfecto para contarlo todo. El camarero tomó nota: chocolates, cafés, churros, porras y una montaña de servilletas que nunca serían suficientes.

Rober se recostó en la silla con ese aire tranquilo de quien ya ha vivido la escena demasiadas veces y espera mi turno. Las chicas, en cambio, estaban al borde de la silla, expectantes. Así que respiré hondo y empecé.

Les conté cómo había tomado la decisión antes incluso de conocer a Rober. Cómo pasé noches enteras dándole vueltas, con miedo y emoción a partes iguales. Cómo hablé conmigo misma, con mi reflejo en el espejo, con esa voz interior que tantas veces me había hecho dudar y, por primera vez, me empujó hacia adelante.

Les hablé del proceso, de los nervios, del momento exacto en el que supe que funcionó. De las lágrimas que derramé y de las

sonrisas que vinieron después. De ese día en el baño, con el predictor en la mano y el corazón latiendo tan fuerte que parecía que iba a salir corriendo.

Cuando terminé, había silencio. Pero no de los incómodos. De esos silencios que pesan lo justo para no romperse, que se llenan de respeto.

—A ver… —empieza Laura, aún con la sonrisa en la cara—. ¿Entonces de verdad… tú sola… o sea, decidiste hacerlo así?

Asiento despacio, sin apartar la vista de mi taza.

—Sí. Yo sola. Porque quería ser madre, y no quise esperar a que la vida decidiera por mí.

—Guau… —dice Noelia, con los ojos brillándole un poco—. Pues me parece precioso, tía. Y valiente. Y de película.

—Bueno, más de serie española de sobremesa que de Hollywood —bromeo, encogiéndome de hombros—, pero, oye, tiene su encanto.

—Y su banda sonora —añade Rober, moviendo las cejas.

—Exacto —respondo, riendo—. Con salsa, bachata y una pizca de drama, como todo en mi vida.

Las chicas se miran, sonríen y, sin pensarlo demasiado, se levantan para abrazarme. No sé si lo hacen por sorpresa, por cariño o porque el instinto les dice que eso es justo lo que toca hacer.

Las tres nos fundimos en un abrazo cálido, torpe, con olor a chocolate y a azúcar.

Rober nos observa desde la mesa, con esa sonrisa suya que mezcla ternura y diversión. Sacude la cabeza despacio, como si pensara «ahí están mis locas favoritas».

Y mientras me separo del abrazo, siento una patadita suave dentro de mí. Ariel, siempre puntual, marcando presencia.

Pienso que no hay mejor forma de terminar la mañana: con una revelación inesperada, risas, un bebé bailando salsa dentro de mí… y el chocolate caliente esperándonos al final del camino.

CAPÍTULO 36

Las clases de preparación al parto, he de decirlo, son bastante chulas.

Voy sin pereza, con curiosidad, y hasta con una especie de emoción tranquila que me hace sonreír cada vez que cruzo la puerta de la sala. Hay colchonetas, pelotas de pilates, cojines, muñecos bebé de goma y una matrona que tiene la paciencia de una santa y el sentido del humor de una madre con cuatro hijos.

Después de varias conversaciones conmigo misma —y con media lista mental de candidatos— sobre a quién pedir que me acompañara el día del parto, lo tuve claro.

La matrona nos había dicho: «Elegid a alguien que os dé paz. Que no se altere fácilmente. Que sepa estar. Que os mire y os calme sin hablar».

Así que, tras darle mil vueltas, respiré hondo y se lo pedí a Rober.

Él me miró con cara de «¿estás segura de lo que acabas de decirme?», las cejas arqueadas y los ojos entre sorpresa y ternura.

—¿Estás segura? —preguntó, como si todavía esperara que le dijera que era una broma.

—Sí —le respondí, con una sonrisa suave—. La matrona me ha dicho que elija a alguien que me dé paz y calma, que no se altere fácilmente, que sepa estar para mí, respetando mis decisiones…

Primero pensé en mi madre, pero luego me recomendaron que no. Al final, es mi madre, y un parto puede ser una situación muy delicada…

Rober asintió despacio, sin apartar la mirada. Durante unos segundos no dijo nada. Luego se pasó una mano por la nuca y soltó, con esa naturalidad que tiene para convertir cualquier momento tenso en uno humano:

—Como tú quieras, gorda. Si quieres que esté, estaré. Y estaré bien, ¿vale? Sin drama, sin alterarte. Solo para apoyarte.

—Y yo te lo agradezco —le respondí, notando ese calorcito en el pecho que siempre aparece cuando me demuestra, una vez más, que puedo contar con él para todo.

Poco después empezaron las clases de preparación al parto.

La primera sesión fue… peculiar.

El ambiente era casi cómico: una decena de embarazadas, barrigas redondas por todas partes, y a su lado, nadie. Los acompañantes no habían ido, directamente.

Y entonces, él.

Rober.

De pie, puntual, con una libreta en la mano —porque por supuesto llevó una libreta—, tomando notas como si se estuviera preparando para un examen final.

La matrona lo adoró desde el minuto uno. Las futuras madres también. Las parejas ausentes… bueno, digamos que, si hubieran estado, se habrían hundido en la silla de pura vergüenza.

Durante la clase, Rober se implicó tanto que parecía parte del equipo médico. Me sostenía la espalda en las posturas, me corregía suavemente el ritmo de la respiración, y hasta me sujetó la pelota cuando rodó a mitad del ejercicio.

Cuando la matrona pidió a los acompañantes que se colocaran detrás para simular el apoyo durante las contracciones, él se tomó el papel tan en serio que me dio por pensar que, si me pusiera de parto ahí mismo, sabría exactamente qué hacer.

Pero la reacción cuando salimos fue de otro nivel.

—Me parece increíble… en serio —dijo nada más cruzar la puerta, con el ceño fruncido y las manos agitándose en el aire—. He sido el único acompañante. ¡El único! Ni un solo padre se ha dignado a acompañar a su pareja… ¡y soy precisamente yo, el que no tiene ninguna responsabilidad «oficial» con la criatura que va a llegar a este mundo!

Su indignación era tan auténtica que tuve que morderme la lengua para no soltar una carcajada.

—Me parece totalmente… ufff —siguió, gesticulando—. No sé si sentirme orgulloso o triste por el resto.

—Puedes sentirte ambas cosas —le respondí, riendo—. Pero sobre todo orgulloso. Eres el único que sabe hacer una respiración de parto sin hiperventilar.

—Eso y que casi me da un tirón en la espalda cuando hiciste lo del movimiento de pelvis —contestó, tocándose la zona lumbar—. Pero, oye, lo he dado todo.

—Ya lo vi —le dije, conteniendo la risa—. Si llegas a traer una pelota de yoga, te nombran monitor suplente.

Rober me miró con fingido enfado, pero sus ojos brillaban de diversión.

—Lo peor es que creo que ahora entiendo lo que significa un pujo —añadió, poniéndose teatral—. Creo que necesito un diploma.

—Te lo haré yo misma —le dije, riendo—. «Rober, acompañante ejemplar. Sobresaliente en respiraciones, masajes y paciencia».

Él asintió con solemnidad, llevándose la mano al pecho.

—Lo colgaré en la nevera.

Nos miramos y, sin poder evitarlo, estallamos en risas. De esas que te limpian por dentro, que se sienten como un abrazo en mitad del cansancio.

Caminamos hacia el coche bajo el cielo de la mañana, con ese aire frío de invierno que huele a ropa limpia y a chocolate caliente de cafetería. Y mientras él hablaba de lo mucho que había aprendido en

una sola clase, yo lo observaba de reojo, pensando en lo afortunada que me sentía.

No porque fuera el padre que todos imaginan, sino porque es *mi persona segura*.

Esa que me sostiene la mirada cuando me tambaleo. La que me arranca una sonrisa cuando el miedo asoma. La que convierte cualquier momento complicado en uno de esos que te dejan pensando, bajito y convencida: «Vale, sí. Todo va a salir bien».

Estamos sentados en la cama, con un bol de palomitas, viendo una película… Un gran plan para estas fechas, con la manta, calentitos y juntos.

La habitación está en penumbra, iluminada solo por el parpadeo de la pantalla, que tiñe las paredes con destellos azulados. Afuera se oye el viento suave de invierno, pero aquí dentro todo es calma: el crujido de las palomitas, el roce de las sábanas, su respiración acompasada junto a la mía.

Hoy el plan es simple… pese a que sigo siendo una persona activa y no tengo problemas en moverme… soy una peonza andante… este último mes parece que me he comido a mí misma, dos veces, no una. Estoy ya de treinta y seis semanas de embarazo, en la recta final… las Navidades han pasado volando, mi baja por embarazo comenzó a principios de diciembre. Y lo agradezco mucho… estaba muy cansada, la espalda me dolía a cada rato… cambiando la postura cada vez que podía encima de la pelota. Pero tantas horas delante del ordenador me empezaban a pasar factura, y aunque hubiera agradecido haberla empezado antes, he de decir que mi jefe consiguió que me la dieran antes de lo esperado, pues pretendía dármela para esta semana… ya casi a punto de explotar… me da algo…

Ahora, mientras me acomodo entre los cojines y siento cómo mi cuerpo ocupa cada rincón de la cama, pienso en lo mucho que ha cambiado todo en tan poco tiempo. El cansancio se ha vuelto mi sombra constante, y cada movimiento es una pequeña odisea. Pero

también hay algo dulce en esta lentitud, en este parón forzoso que me obliga a escucharme, a mirar hacia dentro y a reconocer que, pese al dolor de espalda, pese al insomnio, pese a todo… soy feliz.

En fin, a lo que nos atañe, yo nunca he sido de rechazar tarde noche de peli y arrumacos… no nos vamos a engañar…

La manta cubre nuestras piernas, el bol de palomitas descansa entre nosotros y, aunque intento seguir la trama, mis pensamientos se escapan por otros derroteros. El bebé se mueve despacio, marcando su presencia como si también quisiera participar del momento. Cada pequeña patada me recuerda que falta poco, muy poco, para tenerle conmigo.

Rober ha elegido la película, no sé… pero me huele a encerrona… está muy pendiente de mi cara…

Le noto cómo me observa de reojo, más atento a mis gestos que a la pantalla, como si esperara alguna reacción concreta. Yo intento disimular, pero esa mirada suya me hace sonreír sin remedio.

El calor, la calma, el sonido de fondo… todo se mezcla en una sensación de serenidad que me envuelve. No necesito más. Este es el tipo de noche que no brilla en los calendarios, pero que se queda grabada en la memoria.

—¿Tengo algo? —le pregunto extrañada.

—No, no, tranquila —responde, con esa media sonrisa suya que me desarma siempre, y se reacomoda en su lado de la cama.

Estamos viendo la película *Mira quién habla*. Las películas de esa época me encantan… suelo quedar mucho con mi amigo Rubén para hacer tarde de peli de películas antiguas… tenemos un gusto bastante parecido en ese aspecto: *Loca academia de policía, La máscara, Regreso al futuro…* clásicos que nunca fallan.

Estamos cómodamente uno junto al otro, cuando veo por el rabillo del ojo, cómo Rober coge el teléfono…

Qué raro…

—No te preocupes, pienso decirle a todo el mundo que me he hecho una inseminación artificial.

Agrando los ojos según la protagonista suelta la frase. Ahora entiendo la cara de Rober…

—¿¡Qué!? —La siguiente escena es ella misma hablando con su madre, la cual se queda a cuadros ante la noticia. Cierra el congelador de golpe como si acabara de ver un fantasma en los guisantes.

—Mamá, creí que te iba a alegrar —dice ella.

—¿Cómo has podido hacer una cosa así? —recrimina alterada la madre, con ese tono de telenovela que te despeina del susto.

¿Por qué tengo la sensación de que esta parte de la película no va a gustarme?

—Muy fácil, fui a una clínica, me dieron esperma congelado, lo descongelé en casa, lo inserté y estoy embarazada.

Casi me atraganto con las palomitas. Perdona, ¿qué? ¡Ja, ja, ja, ja!

—¿Eso es todo? —pregunta la madre con la decepción inundando los ojos—. *Y ahora papá congelado y tú vais a tener un hijo.*

—No es un papá congelado.

—No es un marido tampoco —la indignación de su madre aumenta por momentos—*, ¿¡Luis, has oído!?*

—Mamá, tú dijiste que debería controlar mi vida y he tomado una decisión, quiero tener un hijo. —Esto último, la protagonista lo dice con una determinación que ni *Braveheart* con falda.

Llegados a este punto de la película, veo cómo Rober se incorpora un poco y dirige su móvil hacia mí…

—No lo entiendo, esas cosas las hacen las chicas muy feas, o las lesbianas…

—¿¡CÓMOOO!? —pego tal bote en la cama que la mitad de las palomitas salen volando y acaban formando una constelación sobre

la colcha—. ¿Esa señora me acaba de llamar fea o lesbiana?

Rober no para de reírse en su lado de la cama, casi sin poder respirar.

Y yo, entre indignada y al borde del ataque de risa, miro el desastre de palomitas y pienso: «Ahora entiendo la insistencia del plan de peli y manta… el cabrito lo tenía planeado».

Creo que voy a matarlo…

Eso sí, después de recoger las palomitas, que ya parezco la madre de *Mira quién habla*, pero con más barriga y menos paciencia.

A la mañana siguiente, vamos a la clase de baile, y de verdad que lo intento —porque soy de las que no se rinden ni con contracciones, si las hubiera—, pero no soy capaz de mantenerme de pie en las explicaciones. Entre el peso de la barriga, el calor del local y los giros infinitos, siento que me he ganado el cielo. Terminamos la vuelta con cambios de pareja y tengo que sentarme sí o sí en el sofá. No me queda ni una gota de energía, así que me bebo lo que me queda de agua y, cuando acabo, ataco sin remordimientos la botella de Rober.

—¿Estás bien, gorda? —pregunta con esa mezcla de ternura y preocupación que se le nota en los ojos.

—Sí… —respondo jadeando, apoyando una mano en el costado —. Es solo que mi cuerpo ya pesa demasiado. Y tanta vuelta me ha dejado mareada. Creo que tengo las piernas en huelga.

Rober sonríe con paciencia, me pasa la mano por la espalda y me deja que respire un poco. Gastón, nuestro profe, levanta la voz desde el centro de la sala.

—Vamos a grabar el vídeo de la clase de hoy para mandarlo al grupo y con eso damos por finalizado el día, ¿vale? —dice mirando a todos—. Jenn, ¿te apetece salir en el vídeo?

Yo lo miro, dudo un segundo, pero luego sonrío.

—Bueno… ¿por qué no? Puestos a salir rodando, que sea con gracia y salero.

La clase estalla en risas. Gastón me tiende la mano con ese gesto caballeroso suyo y me ayuda a levantarme. Bailar con él es fácil, siempre lo ha sido. Tiene esa delicadeza que agradeces cuando estás en modo «ballena elegante». Te guía con suavidad, me acompaña con cuidado en los giros y disimula mis torpezas con un arte que ya lo quisieran muchos. Mientras marcamos el paso, pienso que ojalá todos los hombres del mundo supieran manejar a una embarazada con esa elegancia.

Grabamos el vídeo, sonriendo, riéndonos entre paso y paso, y cuando termina, siento que he corrido una maratón. Me despido y me voy directa a casa. Necesito una ducha. Y silencio. Y un sofá.

La tarde me la tomo con calma. Me tumbo con el ordenador, mirando y mirando sillas para el coche, que es lo único que me falta por comprar. Bueno, eso y un poco de paciencia. Mis amigas ya están desesperadas conmigo, no paran de recordarme que «no me puede pillar el parto sin la silla puesta». Me tienen frita, pero sé que lo hacen con cariño. Así que, entre webs, modelos y comparativas, me paso un buen rato hasta que me decido: compraré la misma que tienen ellas.

Hablo con el grupo por WhatsApp y, entre memes y risas, me confirman cuál es, me pasan el enlace y me animan a comprarla cuanto antes. Así que me pongo manos a la obra: reviso tiendas, veo precios, busco la más cercana.

Cierro el portátil, me acomodo las almohadas detrás de la espalda y acaricio la barriga con una sonrisa. El cuerpo ya no me pertenece del todo, pero, de alguna forma, tampoco quiero que se acabe todavía.

Cada patadita me recuerda que estamos cerca. Muy cerca.

CAPÍTULO 37

Treinta y siete semanas y cuatro días.

Ya es jueves, y mi misión del día está clara: ir a por la silla, montarla en el coche, llevarlo a limpiar por dentro y por fuera y, de paso, hacer de una vez la mochila del hospital… porque sí, tampoco la tengo hecha. Pero voy sin prisa, o eso me digo. A estas alturas ya no corro, ruedo.

También aprovecho y pido cita para mañana: toca quitarme el esmalte permanente. No tengo ganas de que me pille el parto con las uñas hechas y los médicos me miren con miradas de reprobación y dejar las manos limpitas, por si acaso.

Una vez realizada la odisea de la compra de la silla… porque sí, ha sido una aventura de proporciones épicas digna de un documental.

Primero he ido a una tienda, y no la tenían. En la segunda, estaba cerrada por inventario. Y en la tercera —oh, milagro—, ahí estaba: la silla perfecta, esperándome, resplandeciente como el Santo Grial de la maternidad moderna.

A la tercera va la vencida, dicen. Y tenían razón.

Silla en mi carro de la compra, sonrisa de campeona, y ahora… toca la parte divertida: meterla en el coche.

Si alguien me hubiera grabado, habría ganado un premio en cualquier programa de vídeos caseros. Mi barriga y yo, intentando levantar aquella caja enorme que parecía pesar una tonelada. No exagero. ¿En serio los bebés van a ir ahí dentro? Porque os juro que lo que pesa eso es lo mismo que cargar un bebé de tres años con armadura.

Mi coche no es pequeño, pero a estas alturas de embarazo cualquier maniobra es una coreografía de riesgo. Intento girar, empujar, subir un poco la caja, bajar otro tanto… y en una de esas me veo sudando, jadeando, con el pelo pegado a la cara y pensando: «Si rompo aguas aquí, me niego a que en el parte médico pongan *parto por meter en el maletero una silla de coche*».

Tras varios intentos —y unos cuantos «madre mía» entre dientes —, consigo colocarla de tal manera que el maletero cierra. No me preguntéis cómo, porque no tengo ni idea. Creo que ha sido una combinación entre física cuántica y milagro divino.

Me dejo caer en el asiento del conductor, resoplando, con la camiseta empapada y la sensación de haber corrido una maratón sin dorsal. Miro por el retrovisor y le hablo a mi barriga:

—Bueno, campeón, misión cumplida… y todavía seguimos los dos enteros.

Ahora toca la siguiente fase de mi itinerario maternal: llevar el coche a lavar. Porque, claro, no puede venir el bebé y subirse en un coche lleno de migas, pelusas y huellas de zapatos. Eso no sería digno.

Así que allá vamos, al centro comercial, donde el chico del lavado automático me mira con cara de «¿segura de que puede bajarse sola del coche?».

—Tranquilo —le digo con una sonrisa—, aún no he roto aguas, te aviso si pasa.

Se ríe nervioso. Yo también, aunque no tanto.

Después de un par de horas, que yo aprovecho para comer algo en el centro comercial, el chico me avisa para decirme que tengo el coche listo, impecable. O al menos lo suficiente para que pueda presumir de que «ya está listo para el bebé».

Llego a casa a una hora decente, agotada pero satisfecha. Y, loca de mí —porque ya hay que estar un poco ida a estas alturas—, decido montar la silla en su sitio. Sí, lo sé. Error de principiante.

Lo que parecía una tarea sencilla se convierte en una pesadilla tecnológica.

Abro el manual de instrucciones: cincuenta páginas, tres idiomas y ni un solo dibujo que tenga sentido. Intento seguir el paso a paso, pero aquello parece una ecuación de la NASA. Cinturón por aquí, anclaje por allá, base *isofix* que no encaja ni de broma…

A los diez minutos, ya estoy sentada dentro del coche, con la silla torcida, el manual entre las piernas y la mirada perdida en el infinito.

¿Recordáis esas clases de tecnología del instituto, cuando te pedían construir un puente con palillos para soportar peso? Pues eso era mucho más fácil que montar esta condenada silla.

Resoplo. Me río sola. Y decido que, si he conseguido llegar hasta aquí, sobrevivir al embarazo y montar medio coche, esto no me va a ganar.

Pero, siendo realistas… una ya sabe cuándo ha tocado su límite.

Así que, con la dignidad en pausa y el orgullo en remojo, cojo el móvil y llamo a mis hermanas.

—Chicas, misión de emergencia —les digo sin rodeos—. Necesito refuerzos. La silla del coche me está ganando por goleada. Traed destornilladores, agua y paciencia. Mucha.

Ellas, como siempre, acuden al rescate, con la misma energía que los bomberos cuando suena la alarma. Una llega con coleta y cara de «esto lo arreglo yo», la otra con una bolsa de chuches por si la tarde se alarga. *Spoiler*: se alargó.

Diez minutos después, estamos las tres sudando, despeinadas y al borde de la histeria.

—Esto parece un mueble de Ikea con trampa —murmura una de ellas, frotándose las manos—. Y sin *Allen*.

—Peor —respondo yo, apoyándome en el coche para descansar —. Porque en Ikea al menos te ponen los tornillos numerados.

A los veinte minutos, ya no sabemos si estamos montando la silla o construyendo una catapulta.

Y así, entre carcajadas, juramentos y un par de pausas estratégicas para respirar, conseguimos, milagrosamente, que todo encaje.

El clic suena. Y la base queda firme, recta, segura.

Nos miramos las tres con cara de victoria.

Nos reímos tanto que acabo llorando. Pero no sé si de la risa, del agotamiento o de la emoción de ver por fin ese trozo de plástico infernal en su sitio.

—Vale —dice una de ellas, cerrando el coche—. Ahora solo falta el bebé.

—Y la mochila del hospital —añado, suspirando.

Treinta y siete semanas y cinco días.

He cumplido con todas las tareas pendientes: coche limpio, silla montada y mochila.

Estoy tan a gusto, metida bajo el nórdico, con Rober a mi lado, que casi me parece mentira. Su respiración es lenta, profunda, acompasada. Yo, en cambio, me muevo cada dos por tres, intentando encontrar una postura que no me haga sentir como una tortuga dada la vuelta.

Pero claro, el universo no perdona.

Justo cuando empiezo a relajarme… me entran unas ganas terribles de hacer pis. Otra vez.

—No puede ser… —susurro en voz baja, rodando los ojos hacia el techo—. Si acabo de ir.

Intento levantarme sin despertar a Rober, moviéndome con la sutileza de un rinoceronte con sueño. El pobre ha venido a buscarme a casa a las tres de la mañana, después de salir del trabajo, solo para que durmiéramos juntos. «Así mañana nos vamos directos al cumpleaños de Álvaro», me dijo, dándome un beso en la frente. Y aquí está, dormido como un tronco, completamente ajeno a mi viacrucis nocturno.

Camino hacia el baño medio a oscuras, porque a estas alturas ya conozco cada esquina, cada mueble y cada ruido. Pero de pronto, al bajar la vista, lo veo. Una mancha.

—Oh, no… —susurro, con un escalofrío recorriéndome la espalda.

Sangre.

El corazón me da un vuelco. El aire se me queda a medio camino entre el pecho y la garganta. Durante unos segundos no soy capaz de moverme. Intento respirar hondo, pero la cabeza me zumba, y siento cómo las piernas me tiemblan.

Entonces reacciono. Salgo del baño como un rayo y me acerco a la cama.

—Rober, despierta —le digo, sacudiéndolo con la mano—. Rober, cariño, despierta, por favor.

—¿Qué pasa…? —balbucea medio dormido, frotándose los ojos.

—Sangre. He sangrado.

No hacen falta más palabras. En un segundo está de pie, con los ojos bien abiertos, cogiendo el pantalón, las llaves y las zapatillas como un autómata perfectamente entrenado. Yo apenas puedo pensar. Solo sé que tengo miedo. Ese miedo instintivo, antiguo, que te atraviesa por dentro.

En el coche el silencio pesa. Yo miro por la ventanilla, sujetándome el vientre, intentando notar los movimientos. «Está bien», me repito una y otra vez. «Está bien, está bien». Rober me aprieta la mano cada pocos segundos, sin decir nada. Su forma de calmarme.

Al llegar al hospital nos reciben rápido y me conectan a los monitores.

El sonido del corazón del bebé llena la habitación: *tum-tum-tum-tum*, rápido, constante, firme. Nunca un ruido me ha sonado tan hermoso.

La ginecóloga revisa todo con calma.

—Tranquila, no es nada grave —me dice con voz suave—. Has expulsado el tapón mucoso. Es normal a estas alturas. Puede pasar días antes de que se inicie el parto… o puede que sea inminente, no se puede saber con exactitud. Pero el bebé está perfectamente.

Asiento, aliviada, aunque sigo con las manos frías. Tras varias horas enganchada a los monitores, nos dejan volver a casa. Son más de las seis de la mañana, y la ciudad empieza a despertar mientras nosotros solo soñamos con una cama.

Llegamos, aparca, y apenas cruzamos la puerta, nos dejamos caer sobre el colchón. Sin delicadeza, sin conversación. Solo el cansancio, el alivio y ese silencio que suena a promesa.

Cierro los ojos, con su respiración mezclándose con la mía. Siento a mi hijo moverse despacito, como si también necesitara asegurarse de que todo está bien.

—¿Cómo te encuentras? —me preguntan Lúa, Rebe, Ana y Johanna casi al mismo tiempo, mientras se acercan a darme un abrazo. Tienen esa mirada entre curiosa y protectora que delata que Rober ya les ha contado nuestra aventura nocturna.

—Bien, en realidad —respondo con una sonrisa, aunque por dentro me siento como si me hubiera pasado un camión por encima —. Noto ligeras contracciones, pero nada preocupante. La matrona dijo que estaba dilatada de un centímetro y que podía tirarme semanas así, así que no me preocupa. Eso sí, estoy reventada.

—¡Normal, cómo no vas a estarlo! —dice Johanna, mientras se sienta a mi lado.

La tarde transcurre entre bromas, risas y chanzas, mientras el grupo juega, lanza pullas y hachas, se pican entre ellos como si estuvieran en un torneo. Yo, por mi parte, me dedico a observar, reírme y comer patatas sin remordimientos. Entre risas, bocados y comentarios absurdos, me siento bien, tranquila. Me hacía falta una tarde así.

Cuando cae la noche, terminamos cenando todos juntos en un bar de barrio. De esos sin decoración moderna ni vajilla bonita, pero

donde las raciones son generosas y los camareros te tratan como si te conocieran de toda la vida. Pedimos croquetas, bravas, calamares, y Rober, como siempre, me mira cada dos por tres, preguntándome con los ojos si sigo bien.

—Estoy bien, de verdad —le susurro riendo—. Y sí, aún puedo comerme otra croqueta.

Él sonríe, resignado, y me pasa la última del plato. Y así, entre charla y anécdotas, se nos hace tarde.

Al llegar a casa nos cambiamos casi sin hablar, con ese entendimiento automático que se da cuando el cuerpo ya va en piloto automático.

Rober se sienta y, suspira. Mientras que a mí las lumbares me están matando, así que decido sacar la pelota de pilates. Mi fiel compañera de las últimas semanas. Me siento sobre ella y empiezo a hacer movimientos circulares, despacio, soltando aire.

El alivio es inmediato. Cierro los ojos y dejo que el cuerpo se balancee, suave, rítmico.

Giro las caderas hacia un lado, luego hacia el otro, buscando el punto justo en el que la tensión de la espalda se disuelve. Y entonces, entre un giro y otro, lo escucho.

CRACK.

El sonido es seco, inesperado, y por un segundo no entiendo de dónde viene. Me quedo quieta, inmóvil, esperando volver a oírlo. Y de pronto lo siento.

Una presión, una sensación tibia, un cosquilleo que se transforma en humedad. Miro hacia abajo.

—No puede ser… —murmuro, con los ojos abiertos de par en par.

Y sí. Puede ser. Un hilo de líquido comienza a deslizarse por mis piernas, silencioso, inevitable.

CAPÍTULO 38

Treinta y ocho semanas.

—Rober, no te acomodes mucho —le digo mientras lo veo tumbarse y cubrirse con la manta.

—¿Qué? —pregunta medio dormido.

—He roto aguas. Tenemos que irnos al hospital.

—¿Qué...? No... ¿Estás segura? ¿No será que te has hecho pis? —dice, con esa voz de quien reza por un milagro que no va a llegar.

—No, Rober, no me he hecho pis —respondo rotunda.

—Ven aquí, que lo vea.

—¡Roberto! ¡Que no me he hecho pis!

Resopla, agotado. Y no le culpo: llevamos dos noches durmiendo mal y los dos solo queremos eso, descansar… no ponerme de parto, precisamente.

Empiezo a notar las contracciones, leves todavía, pero distintas. Son más profundas, más reales. Pasan ya de las doce de la noche y mi cuerpo está tan cansado que apenas me queda energía.

—Voy a ducharme —le digo—. No pienso ir al hospital así. Y busca un cargador para tu móvil, y el mío también, que los tenemos sin batería.

Asiente y se levanta enseguida, vistiendo de nuevo la ropa y metiendo cosas en la bolsa con una calma sorprendente, mientras yo subo las escaleras con cuidado.

Arriba, me encuentro a mi hermano con su novia en la habitación.

—Por casualidad… aaaahhh —contracción—, ufff… ¿no tendréis un cargador que dejarme?

—¿Qué te pasa? —pregunta Mayte, entrecerrando los ojos.

—Nada, nada… es que he roto aguas —digo, agarrándome la parte baja del vientre.

—¿¡Quéeee!? ¡Corre, vamos! —grita, tirando de Luis—. ¡Te llevamos al hospital!

—Tranquila, ja, ja —respondo entre jadeos—. Rober está abajo. Solo voy a darme una... aaaaahhh —otra contracción—, ducha, y nos vamos.

—¡Jenn, que estás de parto! ¡Vete ya al hospital!

—No sin antes ducharme. ¿Tenéis cargador?

—Sí, sí, ahora se lo doy a Rober.

—Gracias —respondo con una media sonrisa.

Me encierro en el baño. Entre contracción y contracción, consigo lavarme sin caerme. No sé si el agua caliente alivia o engaña, pero, al menos, me da la sensación de estar haciendo algo antes de que empiece la verdadera batalla.

De camino al hospital, suena mi teléfono. Son la una de la mañana y, al ver el nombre en pantalla, sonrío. Miriam. Con ella no existen los horarios, está claro.

—¡Hola, amiga! ¿Cómo estás? Estaba pensando que hace como dos días enteros que no hablamos, y eso es rarísimo… —dice con tono alegre.

—Eres bruja, ¿verdad? —le contesto entre risas—. Voy camino al hospital… he roto aguas.

—¡¿Qué me estás contando?! ¡Lo sabía! Tenía la sensación de que algo pasaba, por eso te llamé.

—Si es que lo tuyo es de otro nivel… peor que la bruja de las tres mellizas eres tú —le digo riendo.

Charlamos apenas unos minutos, pero enseguida colgamos: las contracciones ya venían más seguidas y tenía que concentrarme.

Al llegar al hospital, nos atienden enseguida. He de decir que lo estoy llevando sorprendentemente bien. Tanto, que hasta el celador me mira y dice, medio en broma:

—Pues se la ve muy tranquila.

Y tiene razón. A cada contracción me da la risa. Rarita hasta para esto, claro… cómo no iba a serlo.

—Todo va bien —me dice la matrona con voz serena, mientras revisa los monitores—. Vamos a ponerte el antibiótico, ¿de acuerdo? Como diste positivo en la prueba del estreptococo, tenemos que administrártelo antes de que avance el parto. Luego solo queda esperar.

Asiento, confiada. Todo parece en orden. Las contracciones son soportables, el ambiente tranquilo, y Rober está justo a mi lado, atento, sosteniéndome la mano. Por primera vez en horas siento que puedo respirar tranquila.

Pero esa calma dura exactamente tres minutos.

—Rober… —le llamo, al principio casi en un susurro—. Tengo calor… mucho calor… —me llevo la mano al pecho, intentando aflojarme la bata—. Me pica todo, me pica muchísimo…

En segundos, el picor se vuelve insoportable. La piel me arde, el corazón se me acelera y siento que el aire, de pronto, pesa demasiado. Intento inspirar, pero el oxígeno no llega.

—Rober… no puedo respirar… —alcanzo a decir, con voz entrecortada—. Llama a la doctora.

No pasan ni diez segundos. La puerta se abre de golpe y la matrona entra, seguida de otra enfermera.

—Dios mío, estás muy roja —advierte con un tono que ya no suena tan tranquilo.

Y ahí se apaga todo.

El siguiente recuerdo llega fragmentado, borroso, como si estuviera viendo la escena desde fuera. Estoy sentada en un sofá, apenas consciente, dando ligeros botes mientras mi cuerpo tiembla sin control. Siento manos por todas partes: una enfermera me abanica con lo primero que encuentra, otra me sujeta los brazos para que no me caiga, y una tercera aprieta con fuerza el bote del goteo, haciendo que el líquido entre a presión por la vía.

Mi cuerpo arde, pero al mismo tiempo tengo frío. No sé si estoy sudando o temblando. El zumbido en los oídos es ensordecedor.

Miro al frente. Entre las figuras que se mueven rápido, alcanzo a ver a Rober. Está quieto, blanco como una pared, los ojos muy abiertos, la mandíbula tensa. No dice nada. Solo observa, con ese miedo puro que no necesita palabras para entenderse.

—Una reacción alérgica —me dicen cuando por fin empiezo a volver en mí. La voz de la matrona suena amortiguada, como si viniera desde el fondo de un túnel—. Eres alérgica a la penicilina, cariño. Muy alérgica. Y, por lo visto, lo hemos descubierto de la peor manera posible.

Me cuesta asimilarlo. Todo me da vueltas. Siento el cuerpo entumecido, la garganta ardiendo, los brazos pesados.

—Hemos corrido bastante riesgo —añade otra enfermera, con ese tono entre alivio y susto que no intenta disimular—. Pero lo hemos controlado rápido. Ya estás bien.

«Bien». Qué palabra tan relativa. Estoy viva, sí, pero agotada. Fundida. Siento como si mi cuerpo hubiera corrido una maratón de la que no me acuerdo.

Me han pasado a una habitación. Las luces son más suaves, el ambiente tranquilo, pero mi cuerpo sigue vibrando por dentro. Entre el cansancio acumulado, las horas sin dormir y los restos de medicación, no tengo fuerzas ni para mantener los ojos abiertos.

Las contracciones siguen llegando, puntuales, crueles, como olas que no avisan. Rober está a mi lado, fiel, paciente, con una mezcla de ternura y pánico en la cara. Me da la mano, me acaricia el brazo,

intenta ayudarme a respirar. Y yo, en modo supervivencia, le doy instrucciones sin sentido, en bucle, entre jadeos: «No me toques. No te vayas. No te muevas. Muévete».

El pobre obedece a todo, aunque una orden contradiga a la anterior. No se atreve ni a respirar sin permiso. Y, aun así, no se separa ni un segundo.

De repente, me viene un retortijón horrible, de esos que no dejan lugar a dudas.

—Necesito ir al baño —digo, con una urgencia que no admite réplica.

Rober se levanta de inmediato.

—Venga, te ayudo.

—Ni de coña, guapo —le suelto, clavándole la mirada—. Vamos a dejar una cosa clara: me verás parir, pero cagar no. Eso lo dejo para mi intimidad, *¿capicci*?

Él se queda un segundo callado, intentando no reírse. Asiente despacio, con esa expresión de quien ha aprendido que discutir con una mujer en trabajo de parto es una idea suicida.

Llego al baño a duras penas. No sé cómo consigo sentarme sin desmontar el lavabo del tirón. Las contracciones no dan tregua, me doblan, me dejan sin aire. Entre empujón y empujón, solo pienso que si esto es un ensayo general del parto… no quiero ni imaginar el estreno.

Y sí, lo diré sin pudor: cagar mientras tienes contracciones es una experiencia cercana a la iluminación. Dolorosa, intensa y absolutamente inolvidable.

Salgo del baño unos minutos después, medio doblada, sudando y con la dignidad colgando de un hilo, pero con una extraña sensación de alivio.

Rober me mira desde la cama, con los ojos muy abiertos, como si no supiera si aplaudirme o llamar a un exorcista.

—¿Todo bien? —pregunta con cautela.

—Digamos que he sobrevivido a otra contracción... y a otra batalla —respondo.

Finalmente, pese a mis protestas, deciden ponerme la epidural. Consideran —con bastante razón, para qué negarlo— que, después de la reacción alérgica, si no descanso, no llegaré con fuerzas a los pujos. Mi cuerpo está al límite, mi mente también, así que cedo. Y menos mal.

Cuando el efecto empieza a hacer su magia, siento una calma casi celestial. El dolor se disuelve poco a poco, como si alguien bajara el volumen del sufrimiento. Por primera vez en toda la noche, puedo respirar sin miedo, sin tensión, sin esa sensación de estar a punto de romperme. Y duermo.

Dormimos. Los dos. Unas horas benditas, milagrosas. Porque, seamos sinceros, no podía más. Ni física ni mentalmente.

A las diez de la mañana, la puerta se abre y entra la matrona, con esa energía que solo puede tener alguien que ha dormido bien y ha desayunado tostadas.

—¡Buenos días! —dice alegre, mientras se coloca los guantes—. Vamos a ver cómo vamos con la dilatación.

Me explora con la calma de quien ya sabe lo que va a encontrar.

—Tres centímetros.

—¿Cómo? ¿Solo tres? ¿Desde que llegué? —pregunto, con cara de «me estás vacilando, ¿no?».

Ella sonríe, paciente.

—Claro, es que lo de ayer no fue el parto, cariño. Ayer lo que tuviste fue una reacción alérgica. Tu parto empieza ahora.

¿Me río o lloro? No lo tengo claro. La matrona promete traerme un Aquarius de naranja en cuanto pueda —como si fuera el premio de consolación por semejante noticia— y se marcha, dejándonos solos.

Rober me mira. Yo lo miro. Silencio. Hasta que dice:

—Gorda, voy a salir un momento. Tengo que llamar a mi jefe para pedir los días de vacaciones.

—Ahhh, no, de eso nada —respondo al instante—. Esa conversación quiero escucharla.

—¿Qué? No… me da vergüenza.

—¿Vergüenza? Vergüenza la mía, que me vas a ver abierta en canal en cualquier momento, ¡como para negarme ese entretenimiento! —le digo tajante, pero riendo.

—Ay, madre… —resopla, llevándose la mano al pelo mientras marca el número.

Un tono. Dos tonos.

—Buenos días, Fernando —empieza, con voz tensa—. Verás, esta conversación pensaba tenerla la próxima semana, pero… bueno, la situación se ha adelantado. Mi pareja se ha puesto de parto.

Del otro lado se oyen felicitaciones y comentarios tipo «¡qué calladito te lo tenías!».

—Oh, no, no, gracias, pero… no es mío —aclara enseguida, mirando al techo como quien pide que se lo trague la tierra.

Más murmullos. Rober traga saliva.

—Sí, bueno… a ver… cuando la conocí ya había empezado el proceso de inseminación y… bueno… —pausa dramática— me gustaría pedirte cinco días de vacaciones, de lunes a viernes, para poder estar con ella.

Se escucha al fondo la voz de alguien diciendo: «¡Pero si le pertenecen los días, hombre!», y otro responde: «¡Que no es el padre!».

Yo, mientras tanto, me muero de risa. Literalmente. Me tapo la boca con las dos manos, intentando que no se note, pero cada frase me hace temblar más.

—Sí, sí, claro —dice su jefe finalmente—. Tranquilo, Rober, coge los días. Ya me contarás a la vuelta… ¡y enhorabuena igualmente!

Cuando cuelga, me mira con resignación.

—Eres mala.

—No, amor —le digo sonriendo—. Soy testigo. Y esto, créeme, pienso contárselo a mi hijo en cuanto aprenda a hablar.

Son las dos de la tarde. Han pasado ya cuatro horas desde que oficialmente «me he puesto de parto», y la matrona entra en la habitación con paso ágil y sonrisa profesional.

Yo, mientras tanto, sigo esperando algo mucho más importante: mi Aquarius de naranja. Ese que me prometió hace horas y que, empiezo a sospechar, fue una vil mentira para mantenerme entretenida.

—Vamos a ver cómo vais por aquí… —dice mientras se coloca los guantes y se inclina hacia mí.

La observo en silencio, con esa mezcla de esperanza y miedo que solo puede tener alguien que lleva medio día entre contracciones, sueros y emociones extremas.

De pronto, abre mucho los ojos.

—Vaya… parece que te ha costado ponerte de parto, pero una vez que has empezado… —levanta la vista y sonríe— ya estás de diez centímetros. Calculo que, para las siete de la tarde más o menos, habrá nacido ya. En un ratito vuelvo y te enseño cómo pujar.

Yo, medio incrédula, medio emocionada, asiento.

—¿Y mi Aquarius de naranja, por favor? —pregunto con voz seca, de verdad muero de sed.

—Ay, madre, es verdad, no te lo he traído. Ahora le digo a mi compañera que te lo traiga, disculpa.

Spoiler: no vino la compañera. Por tanto, no vino el Aquarius.

A estas alturas, ya ni me sorprende. Pero sigo soñando con él como si fuera el oasis en mitad del desierto.

Las contracciones continúan, pero he de reconocer que las llevo bastante bien. Siento mi cuerpo, cada movimiento, cada avance. Esa

sensación de bloqueo total de cuando me pusieron la epidural —cuando no podía mover ni un dedo del pie— ha ido desapareciendo poco a poco.

Ahora, lo único que tengo dormido es el pie izquierdo. El resto de mi cuerpo ya va por libre.

Me muevo un poco en la cama, probando hasta dónde puedo llegar. Y por primera vez en muchas horas, entre el cansancio, el sueño y el calor del momento, empiezo a creer que de verdad… ya no queda tanto.

—Roberto, por Dios, te lo pido, avisa ahora mismo a la matrona.

—Pero si ha dicho que venía ella en un rato, tranquila…

—¡Que no, Rober, que no! —le corto de golpe, con los ojos muy abiertos—. ¡Que yo noto cosas! Que necesito empujar, te juro por Dios que como no la llames ahora mismo…

No hace falta que termine la frase. Rober me mira, duda un segundo, y justo cuando está a punto de salir corriendo por el pasillo, la puerta se abre de golpe.

—¿Qué ocurre? ¿Me buscabais? —pregunta la matrona, asomando la cabeza con calma, como si no tuviera una mujer a punto de dar a luz y a otro al borde de un infarto.

—¡Por favor! —le digo entre jadeos—. Necesito empujar, de verdad, no puedo aguantar más.

Ella se acerca, con esa serenidad que solo tienen las matronas que ya han visto de todo. Se coloca los guantes, levanta la sábana y, en cuanto echa un vistazo, abre mucho los ojos.

—Madre mía… —dice, medio riendo, medio sorprendida—. Pues parece que lo de las siete de la tarde se nos ha adelantado bastante.

Yo respiro entre dientes, agarro con fuerza la mano de Rober, que ya está tan pálido como el albornoz del hospital, y solo pienso: «¿Ves, alma de cántaro? ¡Que yo lo notaba!».

—Tranquila, que ya estoy aquí —añade la matrona, preparando con rapidez todo lo necesario—. Vamos a hacerlo despacito, ¿vale?

Respira conmigo, que tu bebé ya está en camino.

Son las cuatro y media de la tarde. Y cuando pensé que «ya no quedaba tanto», jamás imaginé que tan poco era literal.

En ese instante lo supe: o me ayudaban, o lo sacaba yo misma, pero mi hijo o hija iba a salir en cuestión de minutos.

El tiempo se detiene. Rober me aprieta la mano, la matrona da órdenes rápidas, y yo solo tengo una certeza ardiendo en el pecho: ha llegado el momento.

EPÍLOGO

—¿Es niño o niña? —pregunta la matrona entre un pujo y otro, con una sonrisa que intenta camuflar el esfuerzo del momento.

—Lo sabremos cuando terminemos con esto —respondo, concentrada, agarrándome con fuerza a los bordes de la cama. Siento cómo la siguiente contracción se aproxima, imparable, creciendo desde la espalda hasta el vientre, como una ola que no puedes contener ni aunque quisieras.

El sudor me cae por la sien. El aire está cargado, caliente, denso. Todo se reduce a un único objetivo: empujar.

—¿Es tu primer parto? —pregunta de nuevo, arqueando una ceja, con una tranquilidad que me desconcierta.

—Te puedo asegurar que sí —le contesto entre dientes, con una mueca que mezcla dolor y sarcasmo. Si hubiera pasado por algo así antes, lo recordaría perfectamente.

¿Me está vacilando o solo intenta distraerme? No lo sé. Ni me importa. Estoy demasiado ocupada sobreviviendo a mi propio cuerpo.

—Entonces has estado haciendo ejercicio durante el embarazo, ¿verdad? —insiste, como si estuviéramos tomando un café en lugar de trayendo una vida al mundo.

—Sí… bastante… ¿Por? —respondo jadeando.

—Se nota —dice con una risita amable, justo antes de que me golpee otra contracción que me dobla por la mitad.

Cierro los ojos, aprieto los dientes y siento la presión, esa fuerza animal que no se razona, que simplemente ocurre. Todo mi cuerpo trabaja al unísono, sin que yo tenga ya ningún control.

Y entonces, de pronto, escucho la voz de Rober. Suena tensa, preocupada, y con un punto de pánico que me hace abrir los ojos

entre pujo y pujo.

—Perdonad… pero… ¿es normal que esto esté desenganchado? —pregunta, sosteniendo en alto algo que parece… un tubo.

La matrona se gira lentamente. Frunce el ceño.

—¿De dónde has sacado eso?

—Estaba colgando de la almohada… —responde Rober, mirándolo como si temiera que explotase en cualquier momento.

La matrona se queda unos segundos en silencio, parpadea y exclama:

—¡Eso es de la epidural! —Me mira de arriba abajo, incrédula—. Ahora entiendo que lo notes tanto… se te ha salido el catéter.

Yo no sé si reír o llorar. Entre jadeo y jadeo, consigo soltar una carcajada rota:

—Bueno… mirad el lado positivo… cumplimos con el parto sin epidural, ¿eh? —bromeo, justo antes de que otra contracción me robe el aire.

Rober me mira como si acabara de presenciar un milagro… o una locura. Yo, por mi parte, ya no siento miedo. Solo una determinación feroz, salvaje, instintiva.

—Venga, que ya no te queda nada, la próxima contracción y…

Pero no llega a terminar la frase. Mi cuerpo decide por mí.

Una última ola me atraviesa entera y, entre un grito y un suspiro, siento cómo todo se libera.

El aire se llena de un sonido nuevo. Fuerte. Limpio. Un llanto.

El primer llanto de mi hijo. El sonido más hermoso y desgarrador que jamás haya escuchado.

Mi pecho se agita, los ojos se me inundan sin poder evitarlo.

La matrona sonríe, lo levanta con cuidado, aún cubierto del milagro de la vida.

—¡Es un niño! —anuncia emocionada, y su voz me parece un eco lejano dentro del torbellino de sensaciones que me atraviesa.

Sonrío. Exhausta, rota, pero feliz. En el fondo, lo sabía. Lo supe siempre. No sé explicar cómo, pero lo sabía.

—Oh, lo siento, no sé si querías descubrirlo tú o… —dice la matrona, mientras me lo coloca sobre el pecho.

—Tranquila, así está perfecto —susurro, con la voz temblándome.

Y entonces, todo se detiene. El ruido, las luces, el movimiento alrededor… desaparecen. Solo quedamos él y yo.

Siento su calor pegado a mi piel, su respiración temblorosa, el peso de su cuerpecito sobre mi pecho.

Sus manitas se mueven torpes, buscando algo que todavía no sabe qué encontrará en mí. El mundo podría derrumbarse a nuestro alrededor y yo seguiría ahí, anclada a ese instante.

Una lágrima me resbala por la mejilla. Noto la sal, el calor, la vida.

Ya está.

Ha pasado.

Soy madre.

Lo miro y sonrío con el alma entera.

—Ariel… estás aquí —susurro, y el nombre se me escapa con un nudo en la garganta, como si al pronunciarlo sellara algo eterno.

Son las cinco y once minutos de la tarde…

Ariel.

Mi hijo.

Mi principio y mi revolución.

Fin

AGRADECIMIENTOS

Este libro nació de mí, sí… pero fue creciendo gracias a todos los que me acompañaron, sostuvieron y empujaron cuando mis fuerzas flaqueaban.

Así que estas palabras son para vosotros.

A mi familia, por ser mi raíz y mi impulso.

A mi madre, la primera, siempre. Por ser mi faro, mi abrigo, mi ejemplo y mi casa. Por enseñarme que el amor no siempre se grita, pero se siente hasta en los silencios. Por las llamadas, las frases de ánimo, las risas a destiempo y la forma de estar, sin preguntar demasiado, pero sabiendo exactamente cuándo. Gracias por recordarme que no hace falta ser perfecta para ser suficiente.

A mi padre, por su apoyo incondicional, por no juzgarme nunca, por insistirme siempre en que lo importante es ser feliz, sin importar el camino que elija. Por recordarme que, pase lo que pase, siempre va a estar ahí, queriéndome igual, con todo.

A mi hermana, mi cómplice desde el comienzo, por entenderme sin palabras, por ser risas, desahogo y refugio cuando el mundo se pone del revés.

A mis tías y tíos, por su cariño incondicional, sus consejos y esa forma de cuidar que se siente como abrazo.

A mis primas, por ser parte de tantas memorias, por compartir risas, confidencias y raíces.

A mis abuelos, por enseñarme el valor de lo sencillo, por su amor constante y por ser ejemplo de fuerza, ternura y vida.

A los que están cerca y a los que, de una u otra forma, también me acompañan desde lejos. Por las comidas, los abrazos, las bromas, los «ya te lo dije» y los «haz lo que te haga feliz». Por todo lo que no se dice, pero se nota. Gracias por ser el suelo firme en el que siempre puedo caer… y recomenzar.

A mis amigas y amigos, los de siempre, los de ahora y los que la vida me ha ido regalando por el camino. Gracias por estar incluso cuando no sabíais muy bien qué decir, por escuchar mis dramas, mis ideas y mis locuras, y por no dejarme caer cuando la vida pesaba demasiado. Gracias por ser hogar, por hacerme reír cuando solo quería llorar, y por celebrar conmigo incluso las pequeñas cosas. Por estar, por aguantarme, por acompañarme en cada versión de mí.

Si algo he aprendido en todo este viaje, es que la amistad (la buena, la de verdad) también es una forma de amor.

A Rober, porque sin ti, esta historia —y muchas otras— no habrían tenido el mismo rumbo. Gracias por tu paciencia infinita, por cuidar de mí cuando yo no podía hacerlo, por quedarte incluso en los días difíciles, por acompañarme con calma cuando todo dolía, y por reírte conmigo cuando el mundo parecía una broma pesada. Fuiste presencia, constancia y cariño en su forma más pura. Gracias por ser mi equilibrio cuando el suelo temblaba.

Y, sobre todo, **a ti, Ariel**.

Por llegar a este mundo para ponerlo todo patas arriba, para enseñarme lo que significa el amor real, ese que no pide nada, que desarma, que te transforma. Eres el motivo de mis desvelos y mi sonrisa. Eres lo mejor que he hecho en la vida, mi mayor logro y mi historia más bonita. Gracias por elegirme. Gracias por existir. Gracias por recordarme, cada día, que incluso en el caos, la vida puede ser maravillosa.

Y, por último, **a vosotros, lectores**.

Por estar al otro lado, por acompañarme sin saberlo en cada palabra, en cada capítulo, en cada emoción. Gracias por leer, por

sentir, por dejarme un huequito en vuestro tiempo y en vuestro corazón. Gracias por hacer que todo este viaje tenga sentido.

Sin vosotros, este libro sería solo un montón de páginas. Con vosotros, es un pedacito de vida compartido.

Gracias por creer, por apoyar, por reír, por llorar, por recomendar, por seguir ahí.

Gracias por dejarme contar mi historia, que también tiene mucho de la vuestra.

Y aunque esta sea la última página, quiero que sepas algo: este no es el final.

Solo es el comienzo de todo lo que aún nos queda por vivir, por escribir y por soñar.

Con todo mi cariño,

Gwen Siora

Si quieres estar al día de todas mis novedades, sígueme en mis redes sociales:

Instagram: @gwenhwifarentrelibros

TikTok: @gwen.siora